Emilia Pardo Bazán

Periodista de hoy

Edición, estudio y notas:
Carlos Dorado

APM
Asociación de la Prensa de Madrid
Fundada en 1895

Emilia

Pardo Bazán

Emilia
Pardo Bazán

Periodista de hoy

Edición a cargo de
Carlos Dorado
Director de la Hemeroteca Municipal de Madrid

APM
Asociación de la Prensa de Madrid
Fundada en 1895

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra —incluido el diseño tipográfico y de portada—, sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico, sin el consentimiento por escrito del editor.

© De la edición: **Asociación de la Prensa de Madrid**
De los textos: **Carlos Dorado**
De las fotografías: **Archivo fotográfico de la Real Academia de la lengua Gallega**

Junio 2006

Recopilación: **Carlos Dorado**
Edición de textos: **Marisa Barreno**
Diseño y maquetación: **Santiago Díaz-H Sepúlveda**
Cubierta: Zaid

Edición no venal

Impreso por Fernández Ciudad, S. L.
Depósito legal: M-24274-2006
Impreso en España • *Printed in Spain*

Índice

Algunas razones para esta edición 7

Emilia Pardo Bazán, ***Periodista de hoy*** **9**

Textos 67
La mujer periodista 69

Instantáneas **73**
Gimnasia… con la vista *(los pelotaris)* 75
Fondas y posadas 77
El prisma histórico 79
Los adivinadores Kreps *y su hija* 81
¿Guerra? 84
El desastre de Zola 86
Viajes 88
¿Agridulces? 90
La educación del valor 92
Desde Mondariz 94
Hace cuatrocientos *años…* 96
Novedad curiosa 98
El hada electricidad 100
Los reyes de Portugal 102
Festejos vivos 104
Portugal *en la exposición histórica* 106
El microbio del crimen 108
Contra la inmoralidad 110
Monumento de Zorrilla 112
Los estrenos *y el patriotismo* 114
Suma y sigue 116
Lo que alborota *a Bizancio* 118
Zola *y su última novela* 120
Doña Pulmonía 122
El toro negro 124
Carta a *Barcelona Cómica* 128

Notas 131

Algunas razones para esta edición

La Junta directiva de la APM prometió desde el comienzo de su mandato una activa política de publicaciones profesionales. Ora en pro de la buena práctica, ora en recuerdo de la vieja práctica. Rescatar historias de periodistas y obra de periodistas nos pareció que merecía la pena. En ello estamos y vamos trazando un surco que será más fértil en el futuro.

Nos propusimos jalonar los actos de entrega de los tradicionales premios de la APM con la edición de un nuevo libro. El director de la Hemeroteca Municipal de Madrid, Carlos Dorado, que acaba de publicar una admirable edición de artículos periodísticos de doña Emilia Pardo Bazán, es el encargado de introducir los artículos aquí seleccionados, que son poco o nada conocidos, lo que dobla el mérito de estas páginas que ofrecemos a los periodistas de este nuestro siglo xxi, hipotéticos tataranietos de doña Emilia.

Había buenas razones para reparar en la figura de la Pardo Bazán. Fue una de las primeras mujeres comprometidas con el oficio periodístico, en un mundo hostil, de hombres excluyentes. Fue independiente en sus juicios, avanzada, culta y con buen criterio. Vivió en Madrid, nació en Galicia, hablaba bien varios idiomas y conoció a los grandes hombres de su tiempo, incluido aquel Victor Hugo, a cuyo entierro acudió todo París, y aquel Emilio Castelar, al que admiraba.

Doña Emilia no llegó a la Academia aunque la sobraban méritos; fue socia activa del Ateneo madrileño y de la Sociedad Matritense, tan cercana a la APM. Y, desgraciadamente, no fue socia de nuestra asociación, aunque mereció serlo. Hubo dos mujeres entre los primeros doscientos socios en 1895. A la Pardo Bazán le sobraron méritos, porque, además de escritora señera, de profesora de literatura, fue periodista atenta a su tiempo y a su alrededor.

Este libro hace el número 7 de los editados por la APM en estos últimos treinta meses, suficientes como para hacer parada y revisar lo hecho y su correspondencia con lo pretendido. El camino parece correcto, por lo que toca subir el listón.

Fernando González Urbaneja
Presidente de la APM

Emilia Pardo Bazán

Periodista de hoy

Desde lejos, parece que todos los escritores de una época van en la misma barca; en realidad, cada uno tripula su esquife[1].

Sabido es el celo con el que ese *tiempo que ni vuelve ni tropieza* se aplica en todos los dominios de la memoria histórica, sin prisa, pausa ni clemencia, a aquello del *limpia, fija y da esplendor*.

También en los cánones artísticos y literarios. Un repaso de esta consideración a la que fue plana mayor de la literatura española de la Restauración descubre muchas figuras hoy desvaídas hasta casi hacerse invisibles. Naufragios que resultaron inmersiones transitorias. Y contadas permanencias, en algunas de las cuales, incluso, la mirada actual advierte valores mayores que los que les fueron reconocidos en sus días.

Uno de esos casos es el de Emilia Pardo Bazán. Gozó en vida de una celebridad que llegaba a ser popularidad y que causa cierta extrañeza. Porque no se le dedicaba la atención lectora que se merecía, lo que determinaba también que no fuera debidamente aquilatada su labor intelectual. Aún hoy, en vías de recuperación y reconsideración, sigue perjudicándole, de arranque, esa deficiencia de partida y, en interrelación todo, prejuicios, no sólo el sexista, no superados definitivamente.

En esta rehabilitación enriquecida de una obra ciertamente poligráfica, quizá la faceta de mayor interés sea la de la actividad periodística. Cuando hablaba de su profesión, doña Emilia misma, a pesar de su testimoniada vocación por la historia crítica, se calificaba de *novelista*. Es razonable que no se presentase como poeta o autora dramática, por más que también escribiese poesía o teatro —aportaciones que aguardan también revisión—. De lo que cabe cada vez me-

nos duda es de que fue una extraordinaria periodista. Una de las grandes figuras de la historia del periodismo español.

Pocos años después de fallecida, atinó el maestro D'Ors en valoración y advertencia:

> *La figura literaria de doña Emilia Pardo Bazán me parece destinada a ir aventajándose en el recuerdo y en el estudio. Empezará a comprenderse su valor el día en que se precise su carácter. Para ello, lo reconozco, la crítica lúcida tropezará con un obstáculo inicial. Tropezará con la calificación de* novelista […]. *Pero, en lo íntimo y esencial de su mente y de su producción, no fue la Pardo Bazán* novelista. *Fue* periodista. *Periodista, el más distinguido, en el más excelente sentido del término. Agitadora de ideas, más que imaginadora de fábulas; comentadora de actualidades del espíritu, más que narradora de peripecias de la acción… ¡Si hasta cuando se encara con figuras del pasado, como la de San Francisco, su labor parece ser, en suma, la de un reportazgo de altura! Si hasta la copiosa serie de sus narraciones parece producida, antes que nada, como vulgarizadores demostración y ejemplo de una de las novedades intelectuales de la hora.* […] *!Y también la estatua de doña Emilia* —escribe a propósito de la instalación del monumento en Madrid— *se parece a la estatua de Diderot…! Y también ella, después de todo, se parece a Diderot —otro periodista*[2].

Y aun en las décadas siguientes, en las que la figura de la Condesa pasó, arrastrada por vanguardias, prejuicios e injusto desconocimiento, a discreta penumbra, no faltaron apreciaciones en el mismo sentido:

> *Tradicionalmente se viene considerando a la Pardo Bazán como la introductora del naturalismo en España. Como este movimiento literario ya está superado, se empolva a doña Emilia con la misma capa de vejez que a otros autores literarios y se reserva su cita como cita o figura de antología.*
>
> *Quisiéramos pasar nuestro dedo sobre su nombre para darle otro brillo, otra apariencia de novedad, que está escondida en este encasillamiento absurdo: En número, porque en cultura y calidad no ha tenido igualmente seguidoras, ha sido la primera periodista española*[3].

El memorable impulso a los estudios biográficos sobre Emilia Pardo Bazán que llevó a cabo Carmen Bravo-Villasante[4] incluyó un intento de relación pormenorizada de esa producción periodística, tan cuantiosa y dilatada en espacio y tiempo que, por lo mismo, no se dará razonablemente nunca por concluida[5].

La actividad de doña Emilia en las páginas de la prensa fue, en verdad, extraordinaria. Aunque ella misma se considerase prioritariamente novelista, su interés por asomarse a aquel mundo llena toda su vida intelectual. Se ajustaba muy bien a su vocación y a sus magníficas dotes de comunicadora. No le pasó inadvertida la importancia de diarios y revistas para la difusión de su obra de crítica y creación. Y también —prolífica articulista— ofrecía una importante fuente de ingresos para quien, pese a una excelente posición económica familiar, aspiraba a la autosuficiencia pecuniaria que afianza libertad e independencia.

> *Y he aquí la gran fuerza y la gran responsabilidad de la prensa en nuestros días. Nunca como hoy una oligarquía gráfica e intelectual ha sido dueña de manejar y dirigir a la grey. No falta quien sostenga que sucede lo contrario, a saber, que es la grey la que influye en la oligarquía. Mis observaciones personales desmienten este supuesto: la grey recibe el impulso. No diré que mil veces no lleve al periódico sus prevenciones, sus sentimentalidades, sus desorientaciones y sus antipatías. Las lleva por muy varios caminos y de muy diversas maneras. Pero en estos casos, en que la grey se encuentra en un estado de equilibrio inestable, la prensa lo hace casi todo*[6].

Tampoco es que se juzgase desprovista de capacidad —consideración ésta que rara vez aparece en el perfil de doña Emilia— como columnista. Tal vez influyó lo, en apariencia, efímero del medio, donde la calidad literaria era de menor apreciación:

> *Ciertamente todos tenemos contra el adjetivo antiguos rencores. Antiguos, es un modo de decir; porque el adjetivo, todos los días, nos da un disgusto gordo. Lo vemos, ante nuestros ojos indignados, degradarse, chapuzarse en el lodo, gastarse como se gasta una moneda, torcerse, desnaturalizarse, y ponerse en ridículo completamente, infundiéndonos sensación de cansancio y aburrimiento muy profunda. La mayor parte de los adjetivos escritos, en verdad, se oyen como quien oye llover.*
>
> *De antemano sabemos la manera en que hay que aplicarlos. Los escritores de raza y altura todavía conservan algo de pudor aunque no siempre; pero, en la literatura corriente, de periódico, es un verdadero desate*[7].
>
> *Por necesidad, por natural ley, lo que se escribe en un periódico (destinándolo a la breve vida de veinticuatro horas) no se tornea, perfila y acicala como lo que (al menos en la mente del autor) está llamado a la posteridad y a cimentar una fama*[8].

También, el bajo nivel de exigencia en el gran público lector:

> *El lector pide extensas revistas taurinas, del género inaguantable, con los ceceíllos patosos y los barbarismos achulados tan en moda; quiere además que le tengan al corriente de las probabilidades máximas y mínimas que en Barba de Puerco o en La Ajosa reúne la candidatura del niño cunero Refulánez o Merengánez; no perdona el escándalo de la calle H o B, ni el* drama conyugal *ni el* crimen pasional*, ni el infundio, ni el timo, ni la* bronca, *ni la* culebra *—en la taberna del Gordo o del Mellao—; pero que no le vengan a* dar la lata *(así se habla, y entre gentes de levita o frac) con todo eso de la educación, de la agricultura, de la cultura nacional, del problema económico y del plan curativo aplicable al cuerpo enfermo. ¿Educación? Para eso están los maestros de escuela con sus ayunos al traspaso y sus hambres calagurritanas. ¿Agricultura? Venga la noria morisca, el arado prehistórico, y tan campantes. ¿Cultura nacional? Nunca; antes la muerte. Perdería esta nación su mayor hechizo, la* pátina *o barniz del tiempo, y además sus virtudes y fuerzas morales, que consisten en eso precisamente, en no tener de cultura ni miaja*[9].

Y teniendo en cuenta que:

> *Los escritores somos, en cierto modo, como diz que son los gobernantes, que cada país tiene los que puede tener, y en nuestra patria, escribir* para *el público es escribir* con *el público, so pena de muerte*[10].

Tiene, como es habitual en ella, ideas muy claras, sensatas e inteligentes sobre la prensa y su ejercicio, incluso sobre *La mujer periodista*[11], y, también como casi siempre, las pone en práctica.

> *Mis artículos de revista serán todo lo que la crítica demoledora o indulgente dictamine; pero en ellos pongo todas mis facultades*[12].

De hecho, sus primeros y últimos renglones impresos en vida lo fueron en las páginas de la prensa, donde apareció su firma a lo largo de cincuenta y seis años y en cerca de un centenar de publicaciones periódicas.

Ya en los traídos y llevados, con razón, "Apuntes autobiográficos"[13] evoca un despunte de atracción por ellas entre sus aspiraciones infantiles:

> […] *garrapateé mis primeros versos, que barrunto deberían de ser una quintillas. ¡Ah! ¡Si yo pudiese soñar con el honor de verlas impresas en los periódicos!*

En fecha tan temprana como la de 1866 aparecen publicados dos relatos suyos, uno en el *Almanaque de La Soberanía Nacional*, de Madrid, y otro, en

El Progreso, de Pontevedra. Ambos son por muchas razones, *ex ungue leonem*, dignos de interés. De los años sesenta y setenta han sido localizadas composiciones suyas, esporádicas, en publicaciones gallegas. En las ambiciones publicistas ayudaron, sin duda, a su manifiesto talento las excelentes relaciones sociales de su entorno. En 1877 tiene espacio continuado en *La Ciencia Cristiana* de Madrid, y en las más difundidas publicaciones periódicas de Madrid comienza a colaborar en 1879; enseguida, en las del resto de España, ocasionalmente del extranjero y, en su madurez, en grandes diarios hispanoamericanos[14].

Un paso importante en la configuración de la Emilia periodista fue la dirección que le fue encomendada de *Revista de Galicia*[15], cuya experiencia tuvo que pesar en la idea, proyecto y gestión misma de aquella admirable empresa que fue la de editar y redactar por entero el *Nuevo Teatro Crítico*, de 1891 a 1893.

Pero lo que la consagró definitivamente como una gran profesional del periodismo en múltiples facetas y por compensaciones de todos los órdenes, fue su trabajo como corresponsal de prensa. Con todo orgullo habla de estar provista de la acreditación como tal[16].

En la década de los noventa intensifica su labor periodística. Ha publicado casi todas las novelas y estudios críticos a los que debe su celebridad, pero ni la cuarta parte de sus cuentos, por el crudo realismo de alguno de los cuales recibe ataques en estos años. Sí ha culminado su admirable empresa del *Nuevo Teatro Crítico*. Profesionalmente parece experimentar, sin embargo, cierto desengaño y el deseo de replantarse —mujer muy pragmática— sus posibilidades. Es cuando da un giro a su *Biblioteca de la mujer*, introduciendo libros de cocina. Percibe nuevos rumbos literarios, por estar al tanto de ellos manifiesta su inveterado interés y poco entusiasmo. Es lo bastante perspicaz como para advertir que asiste, si no al fin del mundo, al fin de un mundo, y está demasiado segura de su credo estético como para sacrificarlo. De una entrevista concedida por aquel entonces a "Claudio Frollo", éste transcribe:

> […] *los periódicos dicen a veces bien poca cosa. A mí me desesperan. Me parece que esos señores, siempre en movimiento, dados por entero al tráfico diario de la vida, podían hacer más, o mejor dicho, hacer de otra manera.*
>
> *Y a los periódicos me atengo* […] *ustedes* [los periodistas] *son los que debían hacer nuestra novela al día, no con malevolencias chismográficas, sino recogiendo todas las palpitaciones de la vida, todas las deducciones de los hechos, todas las efectivas enseñanzas del suceso.* […]
>
> *Si yo fuera hombre y periodista, que es un oficio que juzgo muy útil, y hoy ya indispensable, buscaría un rincón de un periódico donde dedicar diariamente el trozo de existencia experimentado y visto, y andaría por ahí, no pasando por la superficie, sino penetrando en todo para enseñar al público y contarle más que la forma de la herida* […][17].

Alentada por la grata experiencia de comunicar sus vivencias viajeras, de éxito literario, de público y económico, intensifica sus colaboraciones periodísticas, cultivando con más asiduidad la narrativa breve y la crónica costumbrista, que no dejan de guardar cierta relación[18].

Además, continúa colaborando en diarios y revistas de gran tirada[19] y sigue con su excelente planificación comercial. Se reserva siempre los derechos de reproducción y envía en ocasiones —si bien con honestidad y responsabilidad muy profesionales, como cuando los reedita en recopilaciones, pues los relee y modifica muchas veces— un mismo artículo a más de un diario.

Así ha hecho con algunas colaboraciones enviadas a *Las Provincias,* de Valencia[20]. El ilustre Teodoro Llorente había convertido el antiguo *La Opinión* en un gran diario regionalista, con nueva cabecera desde 1866. La participación de la Pardo Bazán en *Las Provincias* parece obedecer al deseo de complacer una invitación de su director. Amiga entrañable de Llorente, tenían afinidades en gustos y opiniones, y se prodigaron mutuas deferencias. Cuando él falleció, ella le dedicó necrológicas bellas y sentidas[21].

En *Las Provincias* inicia en 1892 la serie de "Instantáneas"[22], término entonces muy frecuentado en el mundo periodístico, por la incorporación de la fotografía a las revistas ilustradas. Son rápidas visiones y comentarios sobre acontecimientos y situaciones de actualidad en el momento, antecedente y a manera de ensayo de los artículos más extensos que, con el epígrafe de "La Vida Contemporánea", publicará en *La Ilustración Artística* entre 1895 y 1916. *La Vida Contemporánea* titula la colección de artículos que publica en 1896, donde vienen recogidas cuatro de esas "Instantáneas"[23].

El costumbrismo era género, sin duda, muy del gusto de la autora y de su público lector. También la rotulación de "vida contemporánea" sintonizaba con la mentalidad de entonces —buena conocedora de la literatura francesa coetánea, a doña Emilia no le eran desconocidas las *escenas de la vida moderna* de Baudelaire—. Por lo que se decide a ampliar generosamente la senda emprendida, y el resultado es la espléndida serie de crónicas que con el título de "La Vida Contemporánea" aparecen en *La Ilustración Artística* de Barcelona entre 1895 y 1916. Doña Emilia tenía —u ocultaba— cuarenta y cuatro años, y estaba en la plenitud de aquella vitalidad arrolladora que no la abandonó jamás.

La Ilustración Artística, el semanario con que obsequiaba desde 1882 la Casa Editorial Montaner y Simón a los suscriptores de su *Biblioteca,* figuraba, junto con *La Ilustración Española y Americana,* entre las grandes revistas ilustradas europeas del momento. El componente gráfico de *La Ilustración* de Barcelona era, en efecto, de gran calidad, y, en cuanto a los textos, las firmas más célebres eran las de Castelar y la de Pardo Bazán[24], a quien la revista siempre había

dedicado una atención muy deferente y de quien había incluido colaboraciones esporádicas entre 1886 y 1893. A la muerte de don Emilio, el 25 de mayo de 1899, doña Emilia pasó a ocuparse de la sección encomendada al ilustre político, "Murmuraciones europeas", comentarios de política internacional, ahora "Por Europa"[25], dando una vez más muestra de su sorprendente versatilidad.

En los artículos de "La Vida Contemporánea"[26], Emilia Pardo Bazán hace un ejercicio periodístico tan brillante que bastarían para situarla entre los grandes escritores costumbristas de la historia de la literatura[27].

> *Por mi parte entiendo que en la crónica todo encaja bien: sus dominios abarcan la inmensidad de la vida, y no únicamente la vida social, que al fin es una mínima parte de la vida propiamente dicha, y sólo corresponde a su exterioridad*[28].

"La Vida Contemporánea" es, en efecto, una crónica vital de muy amplios márgenes, que se aproxima al diálogo con el lector —en alguna ocasión lo hace consigo misma[29]— por la extraordinaria capacidad de comunicación de una articulista con lúcida idea de su cometido:

> *En Saint Beuve encuentro las tablas de la ley de la crónica, el decálogo del cronista, para escribir un artículo picante, raudo, alegre, paradójico, no siempre falso; en el cual se debe resbalar y no insistir, rozar a flor de epidermis, sorprender los caprichos y las manías sociales, tomar lo frívolo por lo serio, frívolamente escribir como se habla en un salón, y disfrazar con el buen sentido de la risa, y con el relampagueo de la frase, la vacuidad del fondo*[30].

Sabe de la habilidad de intercalar

> *noticias de las que los franceses llaman* piquantes*, y que se prestan a la glosa ligera, como debe siempre ser la labor del cronista*[31].

Pero considerando

> *la vida, cuya trama da tela a la susodicha crónica* […][32],

el lector inteligente demanda algo más:

> *Son los historiadores literarios y los críticos los que buscan en Jorge Sand un elocuente testimonio acerca del pensar y del sentir de sus contemporáneos*[33].

Va a hablar *De todo*[34], porque todo *se presta a un parrafillo de crónica*[35], y con gran naturalidad:

> *Escribimos sin cautela, con espontaneidad* […] *dejamos correr desenfadadamente la prosa; de fijo la hacemos así, en estilo doblemente propio y personal, mejor que si lo perfilamos y acicalamos para torneo de gala*[36].

De forma que se nos descubre de vez en cuando y como en relampagueo:

> *Interrumpiendo la tarea de deshacer el equipaje para trazar la crónica presente* […][37].
>
> *Apenas se ha secado la tinta con que trazo los primeros renglones de esta Crónica,* […] *cuando recae mi vista sobre un diario que inserta* […][38].
>
> *¿Por qué iba yo diciendo todo esto? ¡Ah! Ya recuerdo* […][39].
>
> *Y apenas escrita la afirmación que precede, acude a mi memoria un ejemplo que parece desmentirla*[40].
>
> *Y ya empiezo a desdecirme ante mí misma (esto me sucede a cada cuarto de hora)*[41].
>
> *¿Adónde íbamos con esta digresión?*[42].
>
> *Escrito lo que precede, gran revuelo en los periódicos: se ha descubierto el crimen, completamente, ¡sin dejar lugar a duda!*[43].

Como ella juzga de Molière, *con un verdor de buen sentido, una frescura vivaz, una observación certera, una gracia continua*[44], o de Lemaître: *Atrayente. Amable, gracioso, risueño e irónico alternativamente. Y su crítica se leía como hubiera podido leerse la más entretenida novela*[45].

Es discernible una mayor distensión en los artículos que envía desde el retiro estival en Meirás, más entregada, sin otras solicitudes, a la escritura. Pero siempre con el cuidado y sentido de la responsabilidad que resplandece en toda su obra:

> *Escribimos sin cautela, con espontaneidad, dejando siempre abierta una ventana del espíritu, por la cual (como suponen algunos astrónomos que sucede a las famosas manchas) se ve el fondo de nuestro ser*[46].

Confesada también cierta insatisfacción:

> *Yo tenía escasa confianza en el resultado del retrato. Muchos me han hecho, y ninguno me ha salido bien*[47].

De lo que la ilustre periodista parecía no apercibirse por entero era de en qué medida quedaba prendida **la imagen de ella misma** en esa crónica quincenal *de todo*, dejando rasgos preciosos para el intento de trazar un perfil de aquella su rica personalidad.

Podría hablar de sí cuando afirma que *El autodidacta es siempre un individuo que rebosa energía y se siente capaz de mucho*[48]. O que *repartía por sus venas fuerza, frescura, vivacidad y energía*, como despide a la marquesa de Squilache[49].

> *Me lo digo a mí propia, que frecuentemente siento impulsos de entregarme al pesimismo. Después reacciono; mi carácter activo y animoso recobra su tensión*[50].
>
> *Y la confianza propia es el resorte que nos sostiene en toda ardua empresa*[51].

Entre líneas de sus columnas de prensa se deja ver una Emilia más cercana. Tanto, que en alguna ocasión nos entera del contenido habitual de su bolso de calle[52]. A veces, sorprendida reflexionando en la soledad de su despacho. Siempre muy atenta a la actualidad. Echando mano de sus recuerdos:

> *Si evoco las memorias de mi niñez, recuerdo que* […][53].
>
> *Cuando yo empecé a escribir* […][54].
>
> *Lo que no quiero omitir es un recuerdo* […]. *Voy a contarlo*[55].
>
> *Ahora recapacito y caigo en que no me han gustado nunca las muñecas. Tuve pocas y se me figura que debieron de ser muy baratas. No cosí para ellas, a pesar de que tuve una excelente maestra de labores, que me enseñó primorosas inutilidades, calados, bordados, desflecados, puntos de toda especie. Las muñecas las sustituí con grabados recortados, por medio de los cuales armé un teatrillo en que los pobres títeres de papel representaban… ¿qué? No me acuerdo; improvisaciones, algo que sería de circunstancias, o que sucedería acaso en regiones completamente desconocidas* […]. *Lo cierto es que también aquello era fantasmagoría de mis deseos de asistir al teatro, goce que no siempre se concede a los niños, y menos entonces, en que no era todavía institución el teatro por la tarde* […]. *Además, adonde se enviaba a los niños era al Circo, a "los caballitos", y mi afán de ver otra cosa que saltos mortales y perros sabios debía de ser aspiración confusa, antes que consciente*[56].

Recuerdos biográficos de todo orden, como la divertida anécdota en su primer baile[57], o de su vida familiar: cariñoso recuerdo del padre[58], dolor por el fallecimiento de la madre[59], orgullo afectuoso por el hijo[60], luto por el esposo[61], recuerdos de parientes más o menos excéntricos[62]. Manifestaciones, en fin, del *sacro fuero de la vida privada*[63] donde, aunque gran comunicadora, la Pardo Bazán se mostró siempre muy cuidadosamente reservada.

> *Tendría algún derecho a suponer que soy de actualidad* [por la cátedra], *y a hablaros de mí misma; pero también tengo derecho a callarme, y lo hago, dejando consignado tan sólo "que no cabe lo que siento / en todo lo que no digo"*[64].

Aplaude a Leconte:

> *Porque no era este poeta del número de los que gustan de exhibiciones, sino al contrario, enemigo hasta no más de entregar el corazón para pasto del vulgo. No cupo acierto mayor que tender sobre su vida íntima un velo de pudor sentimental, y salvarle de toda profanación, convirtiendo en santuario lo que no debe ser plaza pública*[65].

Aristocrático *instinto del decoro social*[66] que se ve obligada a compaginar con un vehemente y gratificante deseo de vivir la **libertad:**

> *El medicamento de la libertad, no ensayado, tal vez nunca lleguemos a aceptarlo los latinos. Pugna con nuestras ideas; es repulsivo a nuestra mentalidad, a nuestro sentido peculiarísimo de restricción y moderación, de orden artificiosamente establecido y conservado. La libertad es a veces un soplo franco y fuerte, a veces un huracán, a veces un terral cálido que todo lo abrasa; le tenemos miedo; no prestamos fe a sus beneficios.*
>
> *Simbólicamente le llamamos* medicina *a la libertad… Consideremos la medicina. Los últimos adelantos de esta ciencia se basan en dos pilares fortísimos: libertad y naturaleza. Es curioso que la medicina demuestre lo que socialmente venimos recomendando: el valor curativo de la libertad*[67].
>
> *La originalidad y la libertad yo las veo como algo interior, de cerebro adentro, pero no manifestado en exterioridades vistosas*[68].

Libertad como divisa en el marear de la vida social:

> *Contra las leyes precipitadas y arbitrarias, indiferencia absoluta y la resistencia de la piedra que no se sale de su sitio*[69].
>
> *Desde que hay censura militar y rigurosa, me han entrado unas ganas vivísimas de hablar de todo cuanto a la censura puede indigestársele* […]. *Reprimo, pues, trabajosamente los impulsos de meterme en vedado, y ya que nos obligan a callar lo presente y actual, hablemos de lo eterno: hablemos, pongo por caso, de las benditas Ánimas del Purgatorio*[70].

No sólo *la libertad* política *(lo único que aquí se suele entender por libertad)*[71]. También consigna vital:

> *Y cuanto menos se sistematice el vivir, más grata será la vida*[72].

Descendiendo al detalle de la vida cotidiana:

> *Considero uno de los muchos abusos del poder del Estado la prescripción del traje. En no ofendiendo al pudor, ¿por qué no se ha de vestir cada cual como mejor le plazca?*[73].

Y en el ámbito más inmediato de convivencia:

> *La familia es muy dulce, muy insinuante y muy contraria a la afirmación de la individualidad. En familia casi no hay modo de almorzar gachas si los demás almuerzan chocolate o café*[74].
>
> *Placer de escurrirse solitos, con dulce secreto*[75].

Sin que le pase por alto el peligro de hipocresía por la "necesidad" de contemporizar:

> [En discusión con el Padre Coloma] *Yo le argüía, y mi argumento no fue rebatido, diciéndole que, según eso, lo que se castigaba no era la falta o pecado, sino su publicidad, y la que acertase a esconder sus diabluras, y fuese lo bastante calculadora para no dejar de ellas ni un rastro, sería respetabilísima; de suerte que, en su aspecto espiritual, para Dios que todo lo ve, el sistema del Padre envolvería una injusticia profunda*[76].

Y sin querer traicionar la **sinceridad**, que fue siempre una de sus grandes cualidades:

> *Tengo el valor de mis convicciones, y como lo pienso, lo digo*[77].
>
> *Yo gusto de una decorosa franqueza, y no hiriendo personalmente a nadie, que esto siempre se debe evitar, digo mi opinión, aunque pugne con lo admitido*[78].
>
> *Y no digo más, no porque no se me atropellen en la pluma mil cosas, sino porque su misma cantidad y calidad me impide dejarlas salir*[79].
>
> *Digo mi parecer, y lo digo allí donde puedan oírlo, en* El Imparcial, *en* El Liberal, *en* El Español, *en* La Época, *aquí, en diez o doce periódicos en los que colaboro*[80].
>
> *Con mi sinceridad acostumbrada* […][81].

Que no es incompatible con el respeto a las mejores maneras:

> [Con Sánchez Pérez] […] *discutíamos sin llegar nunca a discutir*[82].

Amigos, algunos muy buenos amigos:

> [Giner] *era, tal vez, el más querido de mis amigos*[83].

A los que, por su talante franco, no ahorra eventual censura. Por ejemplo, de Cánovas aporta información de estimable interés recogida en charla amistosa, sin dejar de señalar ciertos errores en el político[84] y comentar:

> *Hemos tenido en España una verdadera dictadura, la de D. Antonio Cánovas del Castillo. "Durante algún tiempo —me dijo él mismo— no hubo en España más rey ni más Roque". Nadie, sin embargo, pudo decir que las formas legales fuesen desatendidas: aquel periodo efectivamente dictatorial se desarrolló dentro de la legalidad aparente más completa*[85].

O de Castelar[86]:

> *Todo el cariño, todo el respeto que profeso al grande hombre no me harán suscribir a su estilo oratorio, que jamás fue de mi agrado*[87].

También nos entera de sus buenas relaciones con la Casa Real:

> *Respetuosas peticiones de audiencia, una o dos veces al año*[88].

Afectos que con el paso de los años ve desaparecer desde su jovial observatorio periodístico:

> *Estoy por cambiar el epígrafe y escribir "La muerte contemporánea"; porque, en verdad, desaparece tal cantidad de gente sonada y conocida*[89].

Relaciones humanas cultivadas pulcra e intensamente, muy en consonancia en quien, además de gustar con fruición de la vida social, se movía impulsada por un gran deseo de enriquecer su saber, por esa *apasionada* ***curiosidad***[90] tan característica de su personalidad:

> *Yo he visto las bacterias por el microscopio: he tenido sabios amigos que prepararon para mí diminutas láminas de tejidos*[91].
>
> *Nos interesa estar al corriente de las nuevas direcciones de la mentalidad y la intelectualidad en filosofía, ciencia, arte, sociología y derecho*[92].
>
> *Y quien, como yo, cultiva aficiones múltiples, gustos de arte, de literatura, de sociedad; quien tiene hasta curiosidades intelectuales y psicológicas, puede encontrar en cada amigo una conversación distinta, que responda a tan diversas inclinaciones*[93].

Curiosidad que, aunque mujer en aquella época, no la detiene ni intimida:

> *Los apaches y demás tatuados que tanto gusto dan en los bulevares exteriores*[94].
>
> *Las canciones de la guillotina que escuché en Montmartre*[95].

En consecuencia también, el apasionamiento por los viajes, algunos en esta etapa de su vida casi en loor de multitud. Desusada y sorprendente

popularidad ésta —sólo equiparable a la de algunas mujeres de la Real Familia— alcanzada en la España de entonces por una escritora y a causa de la literatura. Fenómeno lisonjero pero no exento de inconvenientes:

> *De cinco o seis años acá especialmente me valen estas ovaciones y estos halagos, compensación de feroces ataques y rabiosas mordeduras* […], *que son probablemente la otra cara de mi destino literario: mucho odio, muchas simpatías* […], *nunca indiferencia*[96].
>
> *Acaso yo vea este problema como más insoluble y angustioso, porque el ser tan conocido, y a tanta distancia, mi nombre es causa de que carguen sobre mí mayor número de pedigüeños, de todas clases, colores y marcas. Recibo petitorios de sitios donde ni una vez en mi vida he puesto los pies. Conventos que se están cayendo allá en remotas ciudades, los he de reparar y sostener yo. Personas a quienes agobia la suerte en climas lejanos, aguardan de mí su salvación inmediata. Hasta de Francia recibo epístolas que parten los corazones*[97].

Los **viajes**, en fin, como fuente de conocimiento y apertura espiritual:

> *Un viaje en automóvil al través de España, por caminos imposibles y puertos con nieve perpetua no deja de encerrar elementos pintorescos, además de abrir amplio campo a la observación respecto al estado de España, su verdadero estado, fuera del ambiente de Madrid, siempre un poco artificial y distante de la realidad humilde y diaria*[98].
>
> […] *atmósfera letal en que agoniza España. Vamos a salir de ella por breves días, a pasar la frontera y respirar el aire de los pueblos modernos y a sentir con más viveza el contraste*[99].
>
> *En España la afición a viajar sin objeto determinado, por el viaje solo, no se ha difundido todavía. Causa cierto asombro que yo la profese*[100].
>
> *Y si me fuese posible elegir profesión* —escribe esto con 65 años—, *o mejor dicho, quehacer perpetuo, he aquí lo que yo sería: viajera incesante por España*[101].
>
> *Lo que dijo no ha mucho un agudísimo escritor* [Ramalho Ortigâo?], *cabalmente portugués: "La maleta es la antítesis del cetro. Éste esclaviza y aquélla liberta"*[102].
>
> *La vida contemporánea es hacer la maleta e irse por esos mundos*[103].
>
> *Aficionadísima a ver rincones y poblachos en que existen recuerdos y se pueden recoger impresiones de arte, muchas veces he arrostrado todos los inconvenientes de la falta de un hospedaje siquiera mediano, y he sufrido no pocas molestias, a trueque de enriquecer mi memoria con la*

> *fisonomía de los sitios y monumentos que tienen más atractivo, por lo mismo que están, digámoslo así, inéditos y olvidados*[104].

En consecuencia, y coexistiendo con su ardiente patriotismo, ciudadana del mundo. Recogiendo la opinión de que el automóvil suprimirá fronteras:

> *Vendremos a la soñada y apetecida federación de los Estados Unidos Europeos, a la supresión de las tarifas aduaneras y al más completo cosmopolitismo*[105].

Golosa[106] de los libros, aporta veracidad a sus *Apuntes autobiográficos*, donde se le han censurado siempre petulancia y pedantería. Su admiración es producto de un buen conocimiento de *La Ilíada*, *El Quijote*, la Biblia, Shakespeare:

> *Más de un año, acaso dos, me los pasé leyendo y releyendo a Shakespeare en el texto inglés*[107].

La frecuente presencia de citas, versos en diversos idiomas, en los que aparecen inexactitudes aunque no incorrecciones lingüísticas, prueban que recurría más a su extraordinaria capacidad memorística que a la compulsa de biblioteca. Hace pensar que la vanidad que con frecuencia se le atribuye llegaba hasta los límites a los que tenía legítimo derecho, consciente de su continuo esfuerzo por el estudio y el aprendizaje:

> *Una mujer* [dice de sí misma] *que algo ha contribuido, con sus estudios y con el ejemplo de una vida estudiosa, a la cultura y a la elevación del nivel intelectual de su patria*[108].
>
> *No hay nada que cure la vanidad como el sentido de lo real, la certeza del empeño de honor cumplido hasta más allá de lo posible. San Buenaventura colgando de un clavo el escalpelo* [sic] *y mondando patatas en la cocina, y el hidalgo de Cervantes diciéndole al rústico: "Sentaos, majagranzas, que donde yo estuviere allí estará la cabecera", son las dos fórmulas de ese desdén soberano que vuela más alto que las vanidades*[109].

Y llega en ocasiones a manifestarse humildemente:

> *Con Giner no solía yo hablar de estas cosas, sino de la marcha de las letras y de algo de pedagogía, en que tanto tenía él que enseñarme*[110].
>
> [Moret] *Fue siempre estudiante, que es el único medio de ser alguna vez maestro*[111].

Llegado el caso, confiesa abiertamente sus limitaciones:

Soy tan torpe para esas cuestiones en que median números […][112].

Ineptitud para la mecánica […][113].

Mi profunda incompetencia en la materia […] [Matemáticas, a propósito de Echegaray][114].

Mi incompetencia en estas cuestiones físico-mecánicas […][115].

Así como sus fobias, alguna muy curiosa:

Al lado de esta preocupación, tengo la de impresionarme desagradablemente en las habitaciones iluminadas y solitarias. Un salón donde hay mucha luz, sin gente, me estremece.

Yo paso mal rato al escribir, aun estando de luto, una carta en papel de orla negra. El papel de orla negra me es intolerable, me crispa. El lacre negro, no. El papel sólo. ¿Por qué? No sé decirlo[116].

Hay otras manifestaciones musicales que tienen el don de ponerme los nervios tirantes como cuerdas de guitarra, y sacarme de mis casillas enteramente. Sentiré, lector, que seas aficionado a los organillos, a los pianos de manubrio, a las zarzuelas con tangos y a las murgas callejeras. Estos ruidos yo los prohibiría[117].

Con terror a los ratones, prefiere *ver el cañón de un revólver que nos apunta*[118].

También nos entera esporádicamente de sus quiebros de salud:

Me salteó traidora enfermedad que cortó bruscamente mi comunicación con los lectores de La Ilustración Artística. *Un mes hace que no tomo la pluma para conferenciar con el público*[119].

Juvenil padecimiento de viruela[120]; cierta enfermedad grave entre 1903 y 1904[121], una intervención quirúrgica *del galillo*…[122].

En cuanto a enfermedades, dedica una atención casi obsesiva a las epidemias de gripe, como extraña prefiguración de su propia muerte:

¡La gripe! ¡Qué insidioso padecimiento! ¡Cómo hace la capa a los otros males! ¡Cómo se reviste de todas las formas de su proteica naturaleza, y lima y arruina lentamente las constituciones más recias, y conjurada y vencida al parecer, vuelve, vuelve, se desliza en el lecho![123].

La vigorosa doña Emilia se nos presenta no sensiblera, pero sí dotada de una afinada **sensibilidad:**

Yo confieso que lo que me saca de quicio es ver pegar a las criaturas.

E interviene protestando[124].

> *El tratar benignamente a los enfermos, a los locos, a los mismos criminales; el contener la impulsión violenta (criminal ella también) y no abusar de la superioridad material… ¡qué signo profundo de cultura!* [125].

> *¿Qué comen los pobres en Madrid?, suelo preguntarme*[126].

> *Yo no sé qué le daría al que le pegase a un perro mío*[127].

> *He presenciado el espectáculo de una pelea entre vegetales, una pelea sin movimientos, estática, que no por eso dejaba de causar profunda impresión*[128].

Al tiempo que, con los pies muy bien puestos en la tierra, quiere y sabe gozar de los placeres de la vida. Buena gastrónoma:

> *Me he preparado una pequeña biblioteca de libros de culinaria*[129].

> *A fuer de cocinera de afición que soy* […] *rezar y comer, en castellano*[130].

Abstemia, casi vegetariana, muy golosa, intercala comentarios, recomendaciones y aun recetas de cocina[131].

> *Es natural que os hable de cosas de poca monta, pero no quisiera que dijeseis que también de poca sustancia: y el chocolate es de las más sustanciosas que así al pronto se me ocurren*[132].

Aunque experimenta aversión al pan de Madrid[133], confiesa su entusiasmo por la horchata que se degusta en la Villa[134] y su afición a la leche merengada del café de Pombo[135].

En realidad, aunque no es partidaria del utilitarismo:

> *De todos los sistemas filosófico-morales, el que menos me atrae es el utilitarismo, pues aunque Stuart Mill asegura que no es incompatible con la belleza, el arte y el goce, el sentido general, pervertido si se quiere, ha creado una antítesis entre estos dos conceptos; y con la cuestión de cuál es la utilidad de esto o de aquello, se prepara el terreno a la proscripción de las superfluidades necesarias al espíritu*[136].

También:

> *A mí me gustó siempre, y nací con disposiciones caseras, de orden, economía y preocupación minuciosa de lo doméstico*[137].

Así, la vemos muy atenta a la economía y arreglos domésticos[138] y de espíritu práctico y ahorrativo:

> *Ningún español calcula lo que representa, al cabo del año, el derroche de una peseta diaria*[139].

> *He notado siempre que la pequeña economía la despreciamos. "Por eso no voy a ser más rico ni más pobre". "Eso no va a ninguna parte", son nuestras muletillas*[140].

Enemiga de las propinas[141], es divertido leer sus protestas por los abusos de la Compañía de teléfonos[142] o por los precios en el mercado o en el flamante nuevo Ritz:

> *El té cuesta allí medio duro por taza*[143].

O por los billetes de ferrocarril[144], o las esparcidas recomendaciones prácticas:

> *Yo decido contárselo a los lectores, para uso de los cuales voy a emborronar algunas noticias útiles.* (Describe con detalle un procedimiento contra el robo en los equipajes)[145].
>
> *Una de las precauciones más fáciles* [en las epidemias] *es la de quemar las basuras en el fogón, en vez de echarlas a la calle. Este sistema economiza combustible*[146].

Lógica consecuencia de este espíritu práctico, en pugna con su apego por la tradición —una de las muchas contradicciones que asalta, pero no atormentan, el alma de doña Emilia—, es su postura frente al torrente de **inventos** técnicos, ya acelerado en los años de cambio de centuria:

> *A los que cantan las maravillas de la civilización no les llevaré la contraria, así de frente, por no enojarles; pero que ellos me confiesen a su vez que la tal civilización no deja de traer consigo luchas, sofoquinas y un sinfín de trapisondas*[147].
>
> *Las máquinas de oír y hablar pronto, telégrafos y teléfonos, y esa caricatura del sonido que se llama fonógrafo.* […] *Mas ¿qué importa, en realidad, la adopción de estos adelantos, si no se modifica la organización social, si no se cultiva a proporción la inteligencia, la moralidad, la justicia, el derecho?*[148].
>
> *¿Vale decir verdad? Me fastidian esas invenciones. Me fastidia el cinematógrafo, con su parpadeo y su temblequeteo y su pase de chispas continuo; me fastidia el fonógrafo, con su ronquera metálica y su resuello fragoroso de persona que tiene asma; me aburre el fonógrafo, el kalidoscopio me deslumbra, y sólo cuando no tengo más remedio me acerco a esos juguetes de la ciencia, reñidos con el arte, con el bello reposo y la emoción intensiva que el arte proporciona.*
>
> *Son juguetes, sí; juguetes de niños.* […] *No sale de esos juguetes una idea, un sentimiento, una palpitación del corazón, un movimiento del alma. Todo aquello en que entra un elemento matemático*

es contrario a mí. No poseo esa cosilla: no me presto a esa gimnasia intelectual[149].

La evidente complacencia del público en los cinematógrafos y la acogida que dispensa a estas invenciones literarias, morales y gimnásticas, no deja de sugerir reflexiones desagradables a los que un día y otro estamos pendientes de la misma colectividad. Este monstruo, este público de nuestros afanes, ¡qué fácil y qué difícil es de cautivar; qué benévolo y qué exigente; qué cosas traga y qué cosas repele![150].

En efecto, tantas invenciones como trujeron los Infantes de Aragón, tantas ingeniosidades y maquinillas hasta para facilitar el estornudo, lejos de facilitar complican hasta un grado indescriptible, y acarrean una serie de preocupaciones y molestias peores que el mal que remedian[151].

Pero acaba por imponerse la inteligente estima del progreso y las ventajas que reporta:

Por mi parte, todo aquello que es adelanto me gusta naturalmente, y soy a ello inclinada; pero veo los adelantos en su aspecto de cultura íntima, no en el de exageración de un confort que no hace feliz, porque causa una ansiedad continua y una tensión violenta[152].

Claro es que, comparando, confesamos que lo de hoy es gloria. Pero con este argumento demostraríamos tanto, que no demostraríamos nada. ¿Se queja usted del acetileno, del telégrafo, del teléfono, de los tranvías, de los desinfectantes, del tobogán, del cine? ¿Preferiría usted el candil, el mandadero, la calesa, los microbios, el húngaro con el oso o la mona? Claro que no[153].

Pero antes de conseguirlo, [innovaciones en la moda] *¡qué lucha se prepara con la imbecilidad de unos, con el misoneísmo de otros!*[154].

¡Lástima que no pueda uno volver al mundo, después de muerto, siquiera un día, a contemplar las diabluras del progreso![155].

Es posible que, andando el tiempo, ferrocarriles y barcos encuentren la mejor aplicación en transportar, convertidos en cámaras frigoríficas, los alimentos de una a otra nación, de uno a otro continente. El frío mejorará las condiciones de la existencia humana[156].

Adopta enseguida los adelantos relacionados con su oficio: estilográfica, máquina de escribir Yost[157], y es discernible la gradual aceptación y disfrute de los demás. Así, ante el automóvil:

Si hay algo que esté "llamado a desaparecer" no es la forma poética, son los coches tirados por caballos y mulas. Nadie sospecha la revolución que va a consumarse aquí (señalo al planeta) dentro de cortos años, porque esto del automovilismo va deprisa[158].

Estos días andan sueltos los diablos del automovilismo. Y su parte diabólica hay en el asunto; de antiguo sabemos que el diablo es muy expeditivo, y para decir de alguien que va aprisa, decimos que va "como alma que lleva el diablo". […] justamente lo embriagador es eso, volar. Quitarle al automóvil el vértigo de la carrera es quitarle su chiste[159].

Entre los coches que vienen figura uno que requiere, en quien lo ocupe, intrépido corazón. […] Peligro por peligro, yo elegiría éste: peligro completo, reconocido, glorioso en su género; no un semi-peligro, que al fin puede costar la vida. Y disfrutaría, por algún tiempo, la sensación embriagadora de correr sobre el filo de la muerte, de verla próxima a cada instante, de devorar el espacio, de suprimir la distancia, de ser lanzado no se sabe adónde, de dejarse atrás a los otros, por veloces que fuesen[160].

Acabo de viajar en automóvil ocho días. Una excursión deliciosa, sin asomos de panne, *sin que nada se haya roto, pinchado ni paralizado en el mecanismo para mí complicadísimo e incomprensible del artilugio*[161].

Hay una manera de evitar el tren y sus molestias, que no son flojas: este medio es hacer el viaje en automóvil. Para mí es el más grato[162].

Y el automóvil, el día que acabe de inventarse (por ahora está a medio inventar, no cabe duda), dejará de ser artículo de lujo, y se pondrá al alcance, no diré que de los golfos callejeros, pero de las fortunitas modestas[163].

Hay sobre todo aquí plétora de automóviles. […] Y dentro de algún tiempo, sabe Dios cuánto, el automóvil, tal cual es ahora, parecerá un armatoste. Se habrán inventado otros mecanismos, de materias más ligeras y resistentes, de nutrición más regularizada y fácil[164].

Sin embargo:

La aventura del aire […]. Para mí no existe otra tan pavorosa. Me siento animal terrestre, pegado a la corteza del planeta como una planta[165].

A decir verdad, así como D. Juan Tenorio no creía en la otra vida, yo no creo en la aviación. […] D. Juan el burlador se equivocaba de seguro y yo probablemente me equivoco. Pero mientras no venga la estatua de D. Gonzalo a sacarme del error, sin poderlo remediar seguiré escéptica[166].

Hasta que un burgués cualquiera, con su familia, pueda tomar billete de aeroplano, y hacer un viaje con probabilidades de no estrellarse, la aviación será distracción de millonarios, empeño, loable sin duda, de sociedades sportivas.

> *No tendría yo inconveniente en apostar algo bueno a que la aviación jamás será invento de aplicación general. Ojalá los hechos me desmintiesen, y confesaría mi error de buen grado*[167].
>
> *Figurémonos, por ejemplo, que se realizan los vaticinios de Edison y que se descubren o inventan los aeroplanos dirigibles a voluntad. ¿Quién no ve en ese descubrimiento la transformación de la guerra y de otras muchas cosas?*[168].
>
> *Al terminarse la guerra, el espíritu humano y su don de dominar la materia habrán adquirido tal vuelo, que hemos de ver cosas asombrosas —sin hablar de la navegación aérea, de la cual se anuncian tantas maravillas para facilitar el transporte no sólo por tierra, sino al través de los mares, de continente a continente*[169].

También acaba siendo una buena aficionada al cine:

> *Volviendo al cine, confesaré que las películas limitadas a reproducir espectáculos y cuadros de la naturaleza y la realidad me gustan muchísimo.* […] *Y he aquí cómo las teorías ortodoxas y de estética pueden aplicarse hasta a los cinematógrafos —y salir confirmadas*[170].
>
> *Del cinematógrafo no se hacen encomios, pero ha llegado a la perfección, y entrado en los dominios del arte. Mejor que el teatro nos da la plástica y la mímica, y en cuanto a escenografía, pone en juego elementos de realidad, imposibles de llevar a las tablas.* […] *Falta sólo al cinematógrafo la voz humana, que sustituyen imperfectísimamente los carteles con las explicaciones. Éstas suelen ser risibles, y en un castellano que se lo recomiendo a Cavia. El día que estas explicaciones llenen mejor su objeto, habrá ganado mucho el espectáculo*[171].

Su mismo vocabulario en uso refleja esa aceptación:

> *En el café está el completo cinematógrafo de nuestra vida nacional*[172].
>
> *Vivimos en plena película*[173].

Clarín había denunciado la ineptitud de la Pardo Bazán para el **humorismo**. Un repaso a su producción literaria depara, ciertamente, tropezar con propósitos de humorismo que se quedan en ñoñerías. La lectura de los artículos costumbristas permite, sin embargo, conformar una opinión muy distinta. Los artículos, como ella decía de los de Lemaître:

> *Son de amenísima lectura, de punzante y a la par benévola y sonriente ironía, de una gracia delicada y velada, y de un buen sentido que a veces descubre, más que al francés embebido en Voltaire, al latino contemporáneo de Horacio*[174].

Dotada siempre de gran desenvoltura narrativa *(Cuentos de Antaño*[175], *Influencias*[176]), es chispeante y ocurrente lo mismo al hablarnos de un certamen literario[177] que de sus padecimientos como viajera en ferrocarril:

> *Considerad el incidente. ¡Seis horas de retraso! Pase si se tratase de una casualidad; pero la Compañía del Norte, en materia de retrasos, es como el célebre estudiante: tiene llena de casualidades la capa. Los jefes de estación sonríen cuando alguien, que espera, desespera. "Todos los días hay retraso, sí, señor… Con eso se cuenta ya…". ¿Para cuándo son las multas? ¡Bah! ¡Multas! ¡Leoncitos a mí!*[178].

O al hablar de sí misma[179] y contar episodios biográficos:

> *En la elegante y magnífica morada de Madama Barratin que me ofreció una fiesta, salió un actor de la Comedia Francesa a decir… fábulas de Lafontaine. Quisiera yo ver a una reunión de españoles si les brindasen como pasatiempo fábulas de Iriarte o de Samaniego. Dirían que eso ya lo habíamos aprendido en la escuela, que era tratarnos como a chiquillos, y que para la fabulita, el nene que vuelve del colegio*[180].

O tratar de costura:

> *Que la moda prescribiese el tono* cuisse de nimphe émue *o el de* rábano afligido […][181].

O de cocina:

> *Creo hacer un beneficio a la humanidad previniéndola contra los gazpachos en que entra en dosis muy altas el pepino*[182].

Roza la comicidad cuando escribe sobre el servicio doméstico[183], o los hábitos de propinas o regalos[184]. Es antológica la parodia que hace del futurismo de Marinetti[185].

La soltura de expresión contribuye a conseguir esta viveza festiva:

> *Agarrando de un brazo al que intentaba tomarle el pelo, lo metió en el cuartelillo, donde le dieron una soba que encendía el ídem*[186].

El traslado del habla popular o aldeana, muy logrado y no infrecuente en su obra:

> *—Que vais mal por ay, moño… Que estáis trabajando sobre el agua y no sobre tierra. ¿Que éste es ferrocarril del agua, ridiós?, y en diciendo que icen que llueve, se va a blandar, y en hinchándosele al río los morros, ¡se vos güerve la línia lo mesmo que una bizcochá metía en el pilón de la juente!*[187].

Y la inclusión, pese a sus continuas manifestaciones de repulsa de la *chulería y flamenquismo* que inficiona hasta las clases altas a giros y expresiones

populares, especialmente recogidas del habla de Madrid: *Morapio*, *un gachó de los de marca de las Ventas*, *extranjis, romper el alma al duro*, *tomar dos dedos de luz*, *arriar los monises*, *colasas*, *geta*, *pasta*, *pitanza*, *cortar el pescuezo*, *aquí de la cascarilla*, *aflojar la mosca*, *como si llamaseis a Cachano con dos tejas*…

Y hasta algún chiste, si viene a mano aligerar un asunto grave:

> *Como dijo el cura tartamudo al ver que su acólito era tartamudo también, "tenemos misa para rato"*[188].

Buen pardillo, se le ocurre decir del santo patrono de Madrid[189].

La presencia de **Madrid** en estas crónicas merece detenida consideración. Después de leídas, no es gratuito afirmar que el estudio del costumbrismo madrileño quedaría incompleto si se prescindiese de ellas.

Como a partir de 1890 reparte casi por igual los meses del año en estancias en sus casas de Galicia y de Madrid, es lógico que sean:

> *Los dos puntos que yo mejor conozca, el país gallego y la capital*[190].

Madrid *(cuarteles de invierno)* no es lugar que, como ciudad, le entusiasme. Si bien su sentir irá evolucionando, como frente a Castilla, influida, sin duda, por algunos de sus amigos intelectuales:

> *En esa lisura y en esa igualdad hay belleza propia*[191].

Pero se integra encantada, activa, incansable, analista, sugerente, *imprescindible* —ironía manejada por sus enemigos—, a la vida bulliciosa e indolente, alegre y áspera, rutinaria y en transformación, de la diversión y de la cultura de la Corte.

Asiste a *teatros, conciertos, espectáculos y diversiones de todas clases*[192]. Tanto a salones, tertulias —que ella también organizaba en su casa de la calle de San Bernardo—, bailes (de Escritores, de la Caridad, del Centro Gallego, del Círculo de Bellas Artes, de la Prensa, Azul, […] *y cito los más sonados*[193]), como a exposiciones y museos, inauguraciones y conferencias:

> *Ello es que parece haberse despertado en Madrid una gran golosina de conferencias. Cada día se anuncian en mayor número y cada vez acude más gente*[194].

Ateneo, Biblioteca Nacional e Instituto Francés, paseos por la Castellana y el Retiro, Hipódromo, Casa de Campo y tiro de pichón. Hasta asiste al boxeo[195]. Atenta a la actividad política, sigue en persona los debates del Parlamento:

> *Estos días mi* vida contemporánea *se encierra en las Cortes. Unas cuantas aficionadas a la oratoria y a las filigranas del debate vivi-*

> *mos en la tribuna. Allí nos pasamos seis horas. Leemos, para entretener la espera, mientras no se llega a la orden del día, periódicos y hasta libros; comemos dulces, charlamos, y poco a poco nos familiarizamos con los misterios de la política parlamentaria*[196].

Parece no querer perderse cualquier […] *reunión de la gente en un punto dado, a una hora dada, para contemplarse, criticarse, admirarse, comentarse, elogiarse, charlar y reírse*[197].

El Carnaval, cuando *el todo Madrid de la juerga y del bronce se lanza a la Pradera del Canal, a comer, beber, danzar y reír.* […] *morapio azul y aguardiente bala rasa*[198].

> *El Rastro y sus Américas famosas —las únicas Américas que nos quedarán bien pronto a los españoles, por las trazas.*
>
> *La Ribera, con su violento declive, parece un torrente que arrastra en sus ondas los despojos de una inundación*[199].
>
> *Madrid es audaz, jaranero y curioso*[200].

Porque la asidua de reuniones y fiestas aristocráticas, de palacios y casas de alto copete, no deja de ser la escritora de escuela naturalista, excepcional observadora *(En mis últimos flaneos por las calles de la capital* […][201]) que con interés propio del oficio contempla el ajetreo ciudadano:

> *Por diez céntimos se puede él* [el español] *trasladar cómodamente de un punto a otro, en el coche de mejor movimiento que existe, que es el tranvía; el tranvía, del cual se dicen pestes, pero que es una cosa excelente, muy práctica, muy barata, muy superior al parisiense ómnibus, con su peligrosa y glacial* impériale. *Con el tranvía, las ventajas del coche son accesibles a todas las clases sociales; no hay cansancio, no hay distancias, no hay frío; es en verano el mejor abanico, en invierno una garita protectora, y es además, para el pobre, un Casino, una Bolsa donde se entera del alza y baja, recoge noticias, galantea, charla, dice y oye donaires, hace política y hasta implora caridad. En el tranvía las cocineras y criadas de servir se informan de las casas, comentan los precios de los víveres, inician o desenredan intrigas amorosas; las modistillas se citan con los horteras, las chulas se mofan de los señoritos, los rateros hacen su agosto, los empleadillos fraternizan con sus jefes, y las Siervas de María y las Hermanas de la Caridad se codean con los Tenorios callejeros y los perdonavidas, sin que ni ellas se espanten, ni ellos se propasen y desvergüencen. En el tranvía se recoge limosna, se deslizan cartas, se leen y se comentan periódicos, se regalan flores, se hacen amistades, se contrata verbalmente, se disputa, se curiosea, se ríe y se goza con la bulliciosa expansión y la intemperante franqueza propias de nuestro humor y de nuestra tradición democrática jamás desmentida.*

Y una pincelada muy de su paleta:

> *¿Por qué este coche tan divertido y tan a mano no le basta a la gente baja de Madrid?; ¿por qué se enfurecen cuando un coche pasa al trote de su tronco más o menos pura sangre?*[202].

> *Os acosan innumerables quehaceres, infinitas distracciones, impresiones múltiples, reiteradas, de agitación ardorosa y vehemente —noticias, ingeniosidades, chistes, chismes, maledicencias, augurios políticos, juicios literarios fustigadores, solicitudes, asuntos de poco momento pero de gran tráfago, encuentros de amigos, de conocidos que apenas recordáis, de negociantes con quienes tenéis alguna relación momentánea de compraventa*[203].

Denuncia las deficiencias en vías y servicios públicos:

> *Madrid tiene sus vías de comunicación, las que forman precisamente el corazón de la villa, tan ahogadas, tan mal dispuestas, que no ya en festejos magnos como los que se preparan, sino con cualquier ocasión de las que a cada paso ocurren —procesión, formación de tropas, hasta corridas de toros—, se obstruyen; se hace imposible transitar. La gente, por otra parte, no peca de amable ni de complaciente, y la masa humana, solidificada por la carencia de espacio, se aprieta más aún por la terca resistencia a dejar pasar a nadie, aunque el transeúnte alegue la mayor urgencia, y aunque sea un ser débil, mujer o niño, a quien aplastan con despiadada brutalidad*[204].

> [Cuando llueve,] *encharcado, lodoso; Madrid semejante a Londres* […], *sus calles tortuosas y su adoquinado infernalmente molesto*[205].

> *Deficientísimos y escasos son los hospedajes en Madrid; no hay capital europea que en este particular se encuentre peor habilitada*[206].

> *No estaría de más que en ese ombligo de Madrid, los guardias (como hacen en París y en Londres) detuviesen a la gente y alzasen la insignia de mando, para detener el río de vehículos un instante, dando lugar a los peatones a cruzar de acera a acera*[207].

Traza estampas vigorosas de los tipos que pululan bajo la *claridad de un cielo azul cobalto*[208]. Cocheros y serenos. La garapiñera[209]. Los chicuelos repartidores de prensa:

> *¡Dencia! ¡Beral! ¡Parcial! ¡Paña Nueva!*[210].

> *Los vendedores ambulantes que infestan las calles y plazas*[211].

También:

El mosconeo que interrumpe la conversación no deja comprar en la tienda, no permite mirar en paz un escaparate; por alejar al mamón que berrea, a la borracha que hiede, a la vieja que representa la estampa de la herejía, al obrero que os enseña un muñón de brazo, al lisiado que se lamenta, al ciego que rasguea el guitarrillo[212].

Pero hay una plaga de mendigos, que ya se pierde la esperanza de desterrar nunca. […]. *Plaga insufrible, hedionda, muy afrentosa para una capital que es corte* […]. *Los pedigüeños de Madrid se acercan pegajosamente; meten las manos por los vidrios de los coches; se agarran a las portezuelas; imponen la contemplación de su indumentaria y la aspiración de su hálito vinoso; no dejan comprar en una tienda, mirar un escaparate, saludar a un amigo; y claro es que acechan el momento en que un pañuelo se cae de la mano, o un portamonedas asoma fuera del bolsillo, para ejercer la otra faz de su oficio, y pasar de mendigos a descuideros*[213].

Esta polilla de la capital, resuelta a erigir en institución el jaleo, y preciada de graciosa, cuando su gracia es insolencia soez, su alegría mueca de mono, sus travesuras gansadas insípidas, sus chistes la desleidura del género ínfimo y chabacano[214].

Pedigüeños, petardistas, profesores de esgrima de sable, y demás cofrades de la santa hermandad de la cuesta[215].

Rufianes, graciosos chocarreros, viciosos prosaicos y malhablados[216].

Aquí todo el mundo conoce a todo el mundo: timadores, carteristas, vendedores ambulantes, placeras, menegildas, el hampa y la golfemia[217].

He encontrado aún infinitos ejemplares de los varios tipos clásicos de la mendicidad callejera[218].

El vastísimo patio de Monipodio que constituye la villa y corte. El hampa que degüella no es sino el resultado matemático, preciso, fatal, del hampa que estorba, del hampa pedigüeña, insultadora, chirigotera, requebradora, descuidera, colillera, zurcidora de voluntades, procaz, ociosa, que nos infesta sin que nunca se intente la represión de sus demasías[219].

El Gobernador y el Alcalde de Madrid, en calidad de escobas nuevas, han decidido barrer los golfos, mendigos, busconas, hampones, perdularios, artistas de la miseria y otros gusanillos de la gusanera matritense[220].

Asombraría si no supiésemos hoy la libertad de movimientos de la novelista, en ocasiones muy bien acompañada, su buen conocimiento de los bajos fondos, de la *fermentación pútrida de Madrid*[221]:

La mendicidad es hermana gemela del delito y que una ciudad donde bulle lo que ya todos llaman hampa callejera, por milagro sería tranquila y segura así que anochece[222].

Nada falta en Madrid para un coleccionista de atrocidades[223].

El carácter costumbrista de estas crónicas no excluye en la periodista el examen reflexivo de cuestiones más generales y de mayor envergadura; de la **sociedad** misma y de algunos de sus aspectos fundamentales.

Se suele reprochar en doña Emilia su sentido clasista y su impermeabilidad al problema social, cuestión trágicamente palpitante ya en los años que le tocaron vivir. Ciertos párrafos parecen asentar el cargo. Pero es conveniente una revisión en profundidad al respecto.

No es partidaria, de principio, de la "literatura comprometida":

> *Declaro paladinamente que la misma escasa atracción que siento hacia la literatura de intenciones sociales, me infunde la pintura de iguales fines*[224].
>
> *La política, amalgamada con la literatura, es peor que la sal unida a los calomelanos*[225].

Si bien:

> *No cabe duda que los grandes acontecimientos modifican profundamente nuestro criterio y nuestras convicciones, o por lo menos las colocan en tela de juicio ante el tribunal de nuestra propia conciencia. Hasta la fecha creí yo que la literatura debía desentenderse, con cierto aristocrático desdén, de las cuestiones sociales. Sin negar el mérito de obras en que influye directamente el estado de la sociedad, prefería las que sólo nacieron y vivieron en las serenas regiones de la belleza pura. —Hoy no diré que haya variado de opinión por completo; sin embargo, noto que mi fe en la estética libre se ha debilitado. Me duele, me apena ver que las letras propiamente dichas conservan su olímpica impasibilidad en presencia de tan terribles y reiterados golpes. Tratando de hacer mi composición de lugar, tendencia natural en un espíritu ecléctico, saco en limpio que según la situación de los pueblos debe ser y manifestarse la literatura*[226].

Son innegables las preferencias aristocráticas que presiden pensamiento y vida de la Condesa. Dispersa comentarios de un clasismo literal y hasta pintoresco:

> *¿Por qué, a lo menos, ya que el billete se ha de tomar con prisas y angustias, no hay tres taquillas, como en Londres, para primera, segunda y tercera, a fin de hacer que la cola sea menos apretada, mal oliente y desagradable?*[227].
>
> *[El] darvinismo y su principio de la transmisión hereditaria, que es el más aristocrático de cuantos ha proclamado la ciencia*[228].

Pero se muestra de acuerdo, por ejemplo, con el Padre Sarmiento en su estima de una *aristocracia de sabios, o literatos o inventores, o los que de algún modo hayan hecho grandes beneficios al género humano* […]. *Grande sería su sorpresa* […] *al ver que hoy los blasones se conceden al dinero, o a la influencia política*[229].

Es muy exigente hacia esa clase *elevada de suyo, y penetrada de los deberes que imponen el nacimiento y la dignidad*[230].

> *Y ¡qué fútiles ansias distraen de la conservación de sus glorias patrimoniales a muchísimos de nuestros grandes señores! El uno sólo piensa en automóviles o jacas de polo; la otra vive pendiente del pingo y el trapo; aquél se consagra en alma y cuerpo a la devoción de alguna Diosa… eventual; éste cree poner una pica en Flandes con militar dócilmente en las filas de un partido, donde se ignora su presencia como se ignoraría su ausencia. Entre viajes sin objeto o con un objeto de puro* snobismo; *diversiones de tercer orden elevadas a la categoría de importantísimos negocios; juego, galantería,* sport *y* confort *(dos pestes de la alta vida contemporánea), se desliza la existencia de los descendientes de aquellos que pelearon con moros, indios, franceses y flamencos, y no plantaron en sus fachadas blasón que no ganasen a punta de lanza o a tajo de espada bien templada —no tanto como la voluntad—. Ya sé yo que no es tiempo de héroes; que estamos en otro siglo; que las batallas son otras. Otras son, cierto; y sin embargo, son batallas. El influjo social se gana, ya que no vistiendo la cota, embrazando el escudo y blandiendo el hierro, luchando a cara descubierta y a pecho avante en las luchas que caracterizan y preocupan a cada época*[231].

> *Es la* gente conocida *con su relumbrar, unas veces de oro y otras, acaso las más, de similor; con su esnobismo extranjerizado y su alarde frecuente de casticismo; con su mezcla de sangre azul y sangre roja; con su manera de ser peculiar, que conocemos tan a fondo, y que, como en general lo humano, tiene de malo y de bueno, y de indiferente y de mediocre, y de típico y de vulgar, sin que pueda decirse que cualquier tiempo pasado fue mejor, pues acaso lo que se llama alta sociedad no ha empeorado, y muchos de sus defectos graves responden al usual tejido de la existencia en toda Europa, con las nuevas necesidades y exigencias de dinero y lujo*[232].

> *Califico de zánganos a los poderosos que viven en la inacción, sufriendo mayor hastío y tedio que la golfería pedigüeña y mendicante*[233].

> *Enseñaron su hedionda cara la corrupción y la inmoralidad del pueblo bajo madrileño y del señorío inculto, bárbaro y holgazán, que se gasta en rentas sus francachelas, flamenquería y vicios*[234].

> *¿No os decía que estos crímenes se prestan a estudios sociales? Y adviértase que, por respeto a la vida privada de familias humildes, pero*

a quienes no debo tratar con menos consideración que si fuesen ricas y poderosas […][235].

Severa con la burguesía:

El burgués actual, terrible amasijo de vanidades y concupiscencias, guarda la tenue *mientras no le acosan los pagarés —no la miseria, como al proletario*[236].

Sensible a la pobreza:

No se concibe que subiendo todos los productos, se mantenga estacionario uno solo. Se objetará que el pan es el recurso del pobre. No; el pobre también necesita el resto: vestido, calzado, calefacción, bebida, luz y casa. El pobre mismo ha encarecido también; hablo del pobre que trabaja, del que gana su salario. Los jornales han aumentado sensiblemente en todas partes, y sobre todo en los grandes centros el obrero se cotiza quizás a doble precio que hace un cuarto de siglo[237].

¿Qué comen los pobres en Madrid?, suelo preguntarme[238].

¿Qué se come en casa de los pobres? Esta pregunta me la he dirigido a mí misma sin encontrar respuesta satisfactoria infinitas veces. ¿Qué comen los pobres?[239].

Una explosión de caridad se ha producido estos días en Madrid ante el cuadro del hambre, descubierto en una buhardilla del barrio de las Peñuelas. Con este motivo vuelve a agitarse el nunca resuelto problema de la beneficencia oportunamente ejercida. […] *Dad a todos sin desconfianza y sin tasa —dice la caridad mística—. No deis a nadie al menudeo —responde la beneficencia experimental—. Educad, proporcionad trabajo, fundad asilos, no de mendigos, sino de retirados de la labor útil, de inválidos que ostentan con orgullo las cicatrices de una vida laboriosa; suprimid el limosneo de la calle, el ochavito y el centimito, y suprimiréis la mendicidad pedigüeña, astrosa y lucrativa como un oficio… Todos tienen su parte de razón, su fundamento científico o sentimental…, pero el caso es que de pronto se corre una cortina, y aparecen cuatro seres, cuatro semejantes nuestros, agonizando de hambre*[240].

Del pobre nos creemos tutores, por el hecho de sacar perezosamente del bolsillo una moneda de cobre y alargársela en la calle, sin otra molestia. Y parece que nos roban, que nos defraudan, cuando en el albergue de alguno de esos remendados plañideros que nos acechan a la puerta de iglesias, tiendas y cafés aparece algo más que el zurrón vacío y el mendrugo de la víspera. ¿Qué tiene de extraño que esos oscuros trabajadores (pedir limosna es género de trabajo, y también es arte, y es a veces, en la estación de invierno, ruda y peligrosa faena) rellenen su hucha y su

peto y su alcancía, en el temor de una forzosa suspensión de su labor, de un período de enfermedad y reclusión, o meramente por desquitarse, a solas, en la fría y oscura cárcel de su chiribitil, mirando a la luz de una candileja ahumada los bonitos alfonsos brillantes, cuyo reflejo convierte momentáneamente la mísera covacha en mágico palacio por la fuerza de la imaginación?[241].

No sé si será cierto que atravesamos una época angustiosa, que en algunas comarcas españolas la gente se muere de hambre, y que la situación económica de la inmensa mayoría de nuestros compatriotas antes es apurada que desahogada[242].

Las indagatorias de los diarios acerca de cómo lo pasan en Madrid los menesterosos, los que no tienen casa ni hogar, apenan el alma, aprietan realmente el corazón, afligido porque no se ve remedio posible a tanto mal[243].

Cuando hay tanta necesidad, tanta miseria, cuando ocurre que se muere la gente en la acera de hambre y de frío[244].

La nieve, creedme a mí, la nieve, cuando no es cristiana, tiernamente mística, […] *es socialista. Porque nunca como en días de nevada se aprecian, de alto relieve, las diferencias capitales que establece entre los hombres, hermanos según la ley de Dios, el hecho vulgar de tener o no tener dinero*[245].

Y sensible a las circunstancias de la masa trabajadora:

Sí; estos vejámenes recaen sobre el trabajador y el pobre; y aun por eso me enardecen doblemente[246].

Los chicos de las clases trabajadoras no piden gollerías[247].

Comprende, matizando, el inconformismo ante esta situación:

La clase obrera no tiene otra arma legal sino las huelgas: es un arma, naturalmente, de doble filo; es arma terrible: hay que saber descolgarla de la panoplia y manejarla[248].

[Comentando la ley de descanso dominical] *Y mi opinión es completamente favorable al descanso sin excepciones*[249].

La cooperación es la lucha diaria, normal, con la victoria segura. Lo contrario de la huelga, un combate a la desesperada, anormal, en la probabilidad de la derrota. […] *La verdad no suele decírseles a los obreros, generalmente se les adula —aunque no son monarcas— y se les salmodia aquello que puede halagarles. Se les trata como a niños, aunque debiera tratárseles como a enfermos, y enfermos cuya curación nos es indispensable a todos*[250].

[Hablando de la ley de accidentes de trabajo] *La indemnización, la previsión legal de tamañas desventuras, es una de las más sabias entre nuestras modernas instituciones. No tiene esto, me parece a mí, nada que ver con el socialismo, al menos en el sentido de aspiración política y transformación social que encierra la palabra. Hay cosas que son naturales, y uno de los grandes motivos de extrañeza en la lectura de la historia es que no se hayan practicado toda la vida. Tal vez lo sencillamente natural y justo sea lo último que se les ocurre a los pueblos, a la humanidad toda; o por lo menos, lo último que pone en práctica*[251].

El paro general para protestar de la indiferencia con que miran los gobiernos el encarecimiento de los artículos de primera necesidad, me parece, desde afuera y sin que yo siga asiduamente (por falta de ocasión y tiempo) la marcha de estas cuestiones sociales y económicas, una medida puesta en razón, una protesta lógica y justificada […] *porque todos sabemos qué son los intermediarios, y los abusos que libremente cometen, lo que hace tan angustiosa la vida de las clases pobres. Es decir, que ese mal tiene remedio posible, y sólo con atar corto a codicias y egoísmos, se remediarían en gran parte la carestía y la miseria*[252].

Aunque su análisis social peque de candorosa miopía:

Si los obreros economizasen, vivirían (dentro de su esfera, y así debemos vivir todos) bastante holgadamente[253].

Los criados son imprevisores por naturaleza: no saben guardar nada de su salario. La virtud de la economía social, mal desarrollada en nuestra tierra, no la practican sino algunos contados sujetos: la mayoría de los pobres no saben economizar, y los pobres lo necesitan más que los ricos, por multitud de razones que no se escapan a la penetración de nadie[254].

No cabe que viva, sea el que fuere su salario, el obrero que trasnocha y copea[255].

Que las tabernas y los cafés no consuman el jornal que el obrero debe dedicar a su familia[256].

La información de El Imparcial *sobre la vida del obrero en Madrid, extremadamente curiosa, se resiente de la falta de este dato importante: lo que recarga la miseria, muy verdadera, revelada, entre otros síntomas, por el incremente de las casas de empeños, los hábitos de desorden de parte de esa clase, contra los cuales, con sobra de razón, protestan los socialistas.*

Dos defensas tiene el obrero contra la defectuosa organización del trabajo, que deja en manos de intermediarios, en perjuicio del trabajador y cliente, la grosura del beneficio. La primera defensa es la moderación

de sus hábitos; la segunda, la cooperación para abaratar los artículos de primera necesidad[257].

No oculta, sin embargo, su escepticismo de principio ante los movimientos socialmente reformistas:

> *A tal extremo, que la tarea de esos desventurados ha puesto en verdadero aprieto a los teóricos del colectivismo, que construyen según su fantasía una sociedad nueva, de justicia, luz y paz, donde todo el mundo trabaja en todos los oficios de buen grado, reconociendo que el trabajo es deber y satisfacción juntamente. Cubiertas de seguro las necesidades, ¿quién se prestará a ser pocero? No lo saben explicar los teóricos… Sí, esos huelguistas piden en justicia. Y si lo dudáis, tened el valor de verles trabajar una vez sola*[258].

Frente al socialismo, en particular, donde no deja de ver aciertos:

> *Cuando oigo hablar de las explosiones de dinamita de los anarquistas, de las huelgas de los socialistas, o mejor dicho, de incidentes que se producen en algunas huelgas, pregunto: Y qué, ¿los demás partidos visten túnica blanca? ¿No apelan a la fuerza para triunfar? ¿Reparan en medios?* […] *Como ha de decirse la verdad, tengo que confesar que el gran impulso a favor de la mujer lo dan, en todos los países, los socialistas*[259].
>
> *La marea del socialismo, que trae consigo, irremisiblemente, la igualdad ante el derecho del varón y la hembra*[260].
>
> *Las conquistas de hecho que la mujer va realizando, o que, mejor dicho se le realizan, las debe a la marea creciente del socialismo*[261].

Pero:

> *La sociedad se divierte, se expansiona, mientras la minan y contraminan los zapadores del socialismo, aleccionados a la prudencia por Jaurés, y que le encuentran tibio, poco radical*[262].
>
> [Ante el estallido de la guerra] *los socialistas se han acordado ¡por fin! de que la patria existe, que no es un fantasma de ideas*[263].
>
> [Hablando de monopolios adjudicados] *Una de las razones que me hacen temer y dudar del socialismo de Estado, es que el Estado tiene, al menos en España, la propiedad de ciertos ácidos que descomponen cuanto tocan. ¡Ay de nosotros si el Estado se encargase de lactarnos, criarnos, sustentarnos, hacernos trabajar y hasta enterrarnos a su gusto!*[264].

Aparecen ocasionalmente elogios de *El Socialista*[265], frases de admiración por Vandervelde[266]. Pero se acaban imponiendo el talante independiente

y la inclinación conservadora y aristocrática, alentada por el temor a *las muchedumbres anárquicas, revolucionarias*[267]. Para ella la Revolución Francesa fue siempre *la Revolución de 1793*[268], y le dejó profunda huella la visión, repetidamente evocada, del París de la Comuna: *Catástrofes apocalípticas del Año terrible*[269]. *Yo vi a París poco después de la* débâcle *de Metz y Sedán y el horror de la Commune*[270]. Juzga convencida:

> *La lucha social o, por mejor decir, antisocial*[271].

Por lo que viene a desembocar en un virtual conformismo:

> *Querer remediarlo todo… sería un sueño. Yo no sé por cuánto tiempo; no sé si eternamente existirán la miseria, el hambre, las penalidades a que nacen sentenciados tantos seres, bajo la fatalidad y el destino.* […] *Todo el bien nadie puede hacerlo: en el actual estado de la sociedad, único que conocemos, aunque la mente, utopizando, conciba otros, no se ha logrado arbitrar recursos para evitar de raíz que los hombres se mueran, literalmente, de frío y de hambre*[272].
>
> *¿Cómo se concibe, dada la libertad absoluta que posee el hombre para escoger profesión, que haya quien escoja la de pocero, la de alcantarillero, la de lavandera, la de fregadora de pisos? Y sin embargo, nunca faltan los obreros de estos oficios, no sólo humildes, sino penosos y expuestos a asfixias, reumas y tullimientos. Acaso sea obra de la sabia Providencia el que exista gente para cualquier ocupación y trabajo*[273].
>
> *Y ese país nuevo, los Estados Unidos, creyérase que sin clases, sin aristocracia, ha venido únicamente al estadio de la historia para confirmar, con la desigualdad esencialísima del dinero, la noción de la imposibilidad de todas las igualdades*[274].

El pensamiento cristiano y la beneficencia pueden actuar de correctores:

> [Hablando de C. Arenal] […] *entra en la sociedad de su tiempo y señala los mil conceptos en que cabe sin trastornarla, mejorarla, corregirla, e introducir en ella mayor suma de espíritu cristiano y humanitario*[275].
>
> *Yo defendí tímidamente esta forma* [las diversiones benéficas] *de atender a las apremiantes exigencias de la beneficencia contemporánea, que no es ciertamente forma perfecta, pero sí adecuada a nuestra imperfección. Lo mejor es enemigo de lo bueno, y es preciso conformarse con lo mediano*[276].

Aunque, en definitiva:

> *Por otra parte, no me inspira gran confianza, para el remedio de la miseria (hablo de una miseria general, colectiva, como se asegura que es*

> *la de Madrid), el paliativo de la beneficencia. Las instituciones benéficas, con razón lo dice Heriberto Spencer, son para los casos excepcionales, y sólo ese carácter puede atribuírseles*[277].

Apunta soluciones que ella misma debía de sospechar de viciada o ingenua aplicación. Es una de las ocasiones en que se hacen patentes las limitaciones de doña Emilia, quien termina por acudir al refugio del silencio:

> *Del fondo de la cuestión nada digo; y, que se me permita la inmodestia: no es que me falta qué decir; es quizás por lo contrario. El silencio unas veces responde a falta de recursos, otras a plétora de impresiones que exteriorizar. No soy la única que calla. ¡Cuántas personas lo hacen, llenas de ideas, llenas de voluntad! Callar es también una fuerza, y una opinión, y un ejercicio moral, y un recurso de buen género.*
>
> *Y callar es una necesidad cuando las cuestiones, o por mal planteadas desde un principio, o por haber enturbiado su superficie la pasión, han llegado a presentarse en forma tal, que para ilustrarla habría que retroceder, rehacerlas por completo, y gastar, en esta labor, volúmenes en folio, y años de la vida. Esta tarea corresponde a la historia, y la historia no se escribe jamás a raíz de los sucesos. La historia, serena, firme, reconstruirá el período que atravesamos, y arrojará luz sobre los móviles de los hechos. Y será una ilusión, pero ilusión que a nadie daña: los que callamos, nos creemos ya historiadores por dentro, en la superioridad de nuestro juicio no viciado por parcialidad política alguna, y acaso consciente de los errores, las debilidades y las muy antiguas causas de las complicaciones y perturbaciones actuales*[278].

En lo que se refiere a la **política** en general, se declara *ajena a toda pasión política, patriota a secas*[279].

> *La gente ha tenido siempre la manía de afiliarme. Por cualquier acto sencillo o impremeditado de la vida, por cualquier cláusula que brota al correr de la pluma, he sido alternativamente (hablo sólo de estos últimos años) maurista, romanista, datista, ciervista, radical, reaccionaria, beata, subversiva, ¡qué sé yo! No se convencen de que soy la persona más independiente, por lo mismo que mi sexo no me permite tomar parte en política; y a cambio de la desventaja de no aspirar a ninguna cosa, tengo la ventaja de no pensar por pauta ni sentir por papeleta*[280].

Una vez más emerge su sentido práctico:

> *La civilización tanto da que la impulse un autócrata indiscutible, como un presidente de república o un rey irresponsable y constitucional. Hágase el milagro y hágalo el diablo, diría si no me pareciese asaz irrespetuoso*[281].

No es terreno, sin embargo, donde deje de opinar con claridad y contundencia, a veces irónica:

> *Los políticos cambian de grupo lo mismo que cambiarían de casa si en la que habitan no entrase el sol o hubiese una viga en falso*[282].
>
> *Un ministro se ha suicidado en Italia. He oído afirmar que el gozo de ser ministro es tan vivo y tan saludable, que sólo por raro caso se muere un ministro en ejercicio de su cargo*[283].

Centrándose en España:

> *Por más que discurro, en mi serenidad de persona absolutamente indiferente a la política, no acierto a adivinar dónde estará el partido que represente los intereses de la higiene, la ciencia y la salubridad*[284].
>
> *Hay momentos en que se desea que ese partido, que sale a la superficie a la hora de las desdichas y las grandes catástrofes, llegue a la legalidad, para que pierda su carácter de espectro, de* revenant, *de sombra jamás aplacada. Unos años de mando, ¿qué harían de ese partido? La experiencia sería curiosa, a menos que, como muchos creen, mandasen exactamente igual que los liberales, por ser éstos, en realidad de verdad, unos empedernidos tradicionalistas*[285].

Y a problemas muy concretos:

> *El abrojo, el separatismo, claro está, crece con el riego de nuestras lágrimas de patriótico dolor. Para reducirle a sus verdaderas proporciones, quizás harto mezquinas, bastaría que luciese sobre nosotros un rayo de esperanza, que España entrase por el buen camino, que ahorrase, que trabajase, que tuviese muchos buenos maestros de escuela y pocos caciques, que gastase más en aprender que en reforzar un ejército y una marina fatalmente incapaces, aunque se compusiese exclusivamente de héroes, de sostener el día de mañana nuestro pabellón. Bastaría, en fin, hacer lo que sentimos los pocos que desde una situación independiente, desligada de compromisos políticos y con absoluta imparcialidad, miramos el giro de los sucesos. No es lisonja, es convicción: si toda España fuese como Cataluña (¡ojalá!) no habría un separatista para contarlo.*
>
> *Hasta por experiencia personal conocía yo los efectos de la inquietud separatista. Por conocer mi españolismo, no faltaron regionalistas gallegos que me acusasen de desafecto a Galicia, no obstante haberme pasado buena parte de mi vida literaria describiendo costumbres, estudiando caracteres y pintando paisajes gallegos, con filial interés. Así es que se da un caso curioso: mientras los que me traducen allá por lueñes tierras creen que yo profeso el más apasionado regionalismo artístico y que del perfume de mi tierra está enteramente impregnada mi producción,*

los de acá me conceptúan castellana *y no me reconocen. La explicación pardiez que es sencilla: yo seré regionalista por amor e instinto; separatista jamás*[286].

¡Fe en las soluciones carlistas! ¡Pues si están ensayadas; si las han aceptado y practicado los gobiernos de la Restauración, y especialmente el liberal![287].

El sistema parlamentario, en particular, no le inspira simpatía. Más que por el sistema en sí, por su lamentable desarrollo en la práctica. Es de apreciar también aquí el vaivén contradictorio con que se manifiesta en ocasiones el pensamiento de la escritora, ahora entre su condición de *idólatra de la libertad*[288] y ciertas nostalgias del antiguo régimen:

Confieso que no vuelvo de mi asombro considerando el camino recorrido por el parlamentarismo en España en menos de una centuria. Aquel espíritu de libertad, aquel ambiente de discusión y de lucha en que se fraguaron nuestros destinos de pueblo moderno; aquel amor profundo a las instituciones democráticas que expresaban nuestros padres y abuelos en forma más o menos candorosa.

Todo eso ha caducado, todo eso ha pasado, todo eso se ha puesto de moda desdeñarlo, condenarlo y maldecirlo; y no poco a poco, sino de golpe, el catafalco de la mentira parlamentaria se ha venido a tierra, y la aspiración al gobierno absoluto, indiscutido e indiscutible, el ansia enfermiza de la dictadura, se han abierto calle, promulgando el dogma del silencio —el dogma de todas las situaciones de fuerza, la inspiración de los momentos de pánico.

No he sido jamás muy entusiasta del parlamentarismo. En esto parecí reaccionaria, cuando sólo me adelantaba a los sucesos. Un bello discurso me gusta y cautiva como obra de arte, pero raras veces me persuade como obra de sólido raciocinio; y es que los discursos parlamentarios son políticos, *lo cual basta para decir que posponen la sinceridad a un tejido de intenciones y fines peculiares, naturalmente interesados, y que aspiran a ser hábiles antes que a ser heroicamente útiles. No lamento, pues, que el sistema se hunda (y que se hunde es seguro); hasta echaré las campanas a vuelo el día en que las Cortes se nombren de real orden, y no nos pongan en el caso de sufrir los infinitos trastornos y odiosos vejámenes que las elecciones llevan consigo. Si llega a adoptarse tan sabia medida, las Cortes no serán ni más ni menos que hoy la expresión de la voluntad de la patria, pero a lo menos no nos ocasionarán disgustos, y quizás no padeceremos ciertas* vendettas *y castigos que se nos aplican por el delito de que, verbigracia, nuestros colonos den sus sufragios al candidato de oposición*[289].

Y si valiese mi voto, el alcalde sería el primero siempre; el alcalde popular, elegido por el pueblo. Ésta es la tradición, la gran tradición española, que inspiró a nuestros poetas dramáticos, y que nació de nuestro derecho antiguo y de nuestras tradiciones vivas, *naturales, orgánicas*[290].

Muy desacreditado está el sistema. […] *Sin embargo, no se ha descubierto hasta la fecha cosa mejor.* […] *Es el parlamentarismo una de las muchas cosas que aquí no pecan por esencia, sino por cúmulo de accidentes que ha llegado a viciar o a encubrir lo esencial del mismo. ¿Se le ha ocurrido a nadie pensar lo que serían, lo que podrían ser unas Cortes sinceras, una Cortes elegidas libremente por la nación, sin coacciones, sin influencias, sin amaños* […]*? ¿Existiría espectáculo más hermoso? ¿Qué no saldría de ahí? ¿No encontraríamos, en esa reunión de hombres verdaderamente delegados por España, el fondo de nuestra alma y de nuestra voluntad?*[291].

Comprendo cuanto del sistema parlamentario se diga, y no se dice poco… Es realmente la más absoluta de las farsas.

¿Quiénes deberían representar a una nación, si estas cosas se hiciesen con algún respeto a la realidad? Sus magnates, sus celebridades, sus prohombres, sin duda; los mejores. Y la representan los tertulianos de un político, los mediocres irremediables, de inutilidad notoria, los intrigantes, los invertebrados y los indocumentados, los antojadizos que adquieren el acta como adquirirían una localidad para los toros, y los mudos del cerebro, cuya lengua trabajosamente articula el sí *y el* no *de ordenanza*[292].

¿Cómo es posible que, mirando bien lo que lleva consigo el derecho al voto, caiga en desuso tal derecho, y ni aun recuerden los derechohabientes que lo poseen y pueden ejercitarlo?[293].

Palpita entre el torbellino una cuestión electoral. Éstas lo priman todo. He aquí el motivo por el que los pocos patriotas a secas que aún quedamos para guardar en vitrina, no profesemos ardiente amor a las instituciones parlamentarias[294].

Cada día parece más absurdo ese método de gobernar a un pueblo. Quizás, para esa fecha se descubra otro modo de gobernar más sincero, más digno y más fácil que éste de los "comicios" con su mentira legal de las mayorías siempre pertenecientes al partido que manda. Y, juzgándonos por nuestras instituciones políticas, no nos tendrán en "veneración" sino que se reirán de nuestra candidez[295].

En cuanto a las **guerras**, es de opinión clarividente:

Sin que medien serias y positivas razones económicas no se declara hoy guerra alguna.

El error de Tolstoy es creer que las guerras nacen de que "un enloquecido jefe de Estado diga una estupidez cualquiera y otro le conteste con una gansada…". Ni aun en los tiempos de Homero ha ocurrido semejante cosa. Sin que medien serias y positivas razones económicas no se declara hoy guerra alguna[296].

La guerra civil [carlista], *cuyo fondo era religioso, más que legitimista*[297].

Ya se había manifestado muy sensible ante el conflicto de las guerras coloniales:

En ocasiones como la presente, yo desearía que no hubiese periódicos, agencias telegráficas, correos, cables, vapores… Mañana y tarde sufren nuestros nervios una tensión que no se puede resistir[298].

He dicho en otro lugar que la guerra contra España fue incubada artificialmente por cierta prensa energúmena que hoy florece en los Estados Unidos[299].

No hemos poblado ni beneficiado esas comarcas [Filipinas]; *las hemos recogido y poseído como dueño indiferente de mujer hermosa, que no le dirige una mirada y la acaricia distraído*[300].

El espectáculo de la Gran Guerra promueve más reflexiones y pronósticos:

Las naciones más cultas de Europa se enzarzan en la guerra comercial, del dinero, y buscan el triunfo sobre hacinamientos de carne humana sangrienta y palpitante y destrozada y retorciéndose de dolor, y todas sus fuerzas se concentran en lograr vender sus marcas y hundir las marcas del enemigo; y las letras, que han anunciado por esta vez el fenómeno social, no conocen más asuntos que los relacionados con los modos de adquirir y los de traficar y los de destruirse[301].

Nos encontramos como San Agustín moribundo, cuando la irrupción de los bárbaros del norte le hacía creer que el mundo se acababa[302].

Es una victoria para la causa del feminismo, aunque se origine de un momento de inmensa angustia para la patria.

Pues bien; hoy que el hombre, dejando su oficina, su taller, su arado, su máquina, vuela a alistarse para combatir, la mujer, o llamada oficialmente o por impulso natural, sustituye al hombre en mucho de lo que no se creía "propio" de ella, y dirige los tranvías y los trenes, ¡después de tanto como rió París, oh París! la aparición tímida de las cocheras *de fiacre, de simón como aquí diríamos*[303].

Estamos en período en que una sociedad desaparece y habrá de formarse otra nueva. […] *Va pues a sufrir una evolución honda la sociedad,*

cuando el ángel de paz (en cuyos buenos oficios apenas nos atrevemos a creer) tienda sus alas hoy desplumadas por el aire ardiente que levantan los proyectiles[304].

De suerte que considero verosímil lo que piensan bastantes: la guerra no terminará (yendo todo por sus cauces) hasta 1918[305].

El día en que los formidables pájaros de guerra digan su última palabra, tal vez será igualmente el último de esa lucha, espantosa, sobre todo por su duración[306].

Sus análisis son de especial franqueza y rigor cuando están referidos a **España:**

Sólo que aquí, en esta bendita tierra, siempre original, no valen correspondencias. El día que deberíamos ser Heráclitos, con un pañuelo del tamaño de una toalla, somos el Demócrito que se descalza de risa; el día que no tenemos un ochavo le rompemos la crisma a una onza; el día que nos embargan convidamos al alguacil; el día que hacemos bancarrota organizamos una corrida monstruo, y el día en que nos entierran resucitamos tocando las castañuelas y zapateando seguidillas gitanas[307].

Dos de los más graves defectos y extravíos nacionales: la divinización de la torería y el flamenquismo, chulismo y matonismo[308].

Sus juicios sobre la sociedad española de la Restauración, en particular, son de una dureza que asombra en quien fue figura no sólo aceptada, sino acogida amistosamente por las clases dirigentes y mejor instaladas en el sistema:

La concupiscencia verdaderamente criminal de unos gobiernos que, desde hace muchísimo tiempo, sólo vienen preocupándose de ganar las elecciones, de colocar a sus paniaguados, de la política interior, en suma —pero en la acepción más mezquina y secundaria de la palabra—, sin recordar que España aún poseía ricas colonias, más que cuando se trataba de remitir a esa Jauja las balas perdidas que estorbaban por acá…[309].

Nadie se opone declaradamente a que se haga justicia; de palabra siempre os reconocerán el derecho y la acción más amplia, ningún camino cerrado; pero acercaos a la realidad, y ved qué serie de trampantojos, qué dilatada serie de vallas, qué cadenita de eslabones para ataros las manos, coseros la boca, cortaros los vuelos y asegurar las impunidades más increíbles, sacando blanco como el armiño al que os consta que atentó a vuestra seguridad y a vuestra propiedad… Alguien decía: "Si me acusan de haber robado la Giralda, me constituyo preso". Volved la oración por pasiva y decid: "Si es mía la Giralda y se la llevan a presencia de todo Sevilla, no reclamo porque resultará que jamás existió Giralda"[310].

Malo es que nos oprima y chupe la sangre el caciquismo, detestable que nuestra administración sea un tejido de corruptelas y de rutinas, cruel que todo se encuentre en este estado de decadencia y de inferioridad, de podredumbre y de anemia profunda; conviene que mejore nuestra situación material, que se atienda a la realidad, la cual se venga siempre de los que de ella prescinden[311].

Hemos tenido en España una verdadera dictadura, la de D. Antonio Cánovas del Castillo. "Durante algún tiempo —me dijo él mismo— no hubo en España más rey ni más Roque". Nadie, sin embargo, pudo decir que las formas legales fuesen desatendidas: aquel periodo efectivamente dictatorial se desarrolló dentro de la legalidad aparente más completa[312].

Siempre que un régimen se inmoviliza, hay a su sombra intereses creados, que no le permiten variar, que consagran su inmovilidad, erigiéndola en dogma[313].

Todo esto de la política se reduce a un vaivén apariencial, máscaras de intereses. Y el viejo tópico del progreso político se va gastando. Lo prueba el movimiento irresistible de una gran democracia, la mayor de todas, la de los Estados Unidos, hacia el imperialismo. La necesidad de ser fuertes es lo primero, y si la fuerza se consigue imperializando, sería ridículo el fanatismo de la forma de gobierno como esencia de la vida nacional. Los Estados Unidos son demasiado prácticos para dar tanta importancia a cuestiones de forma. Si el Imperio les conviene, harán Imperio. Y se reirán una vez más de las menudencias en que se para la vieja Europa[314].

Pero en nada se parece la política seria a lo actual, mezquina cuchipanda de egoísmos, codicias y ambiciones, y no vemos por ningún lado al que se eleve por encima de cábalas y conjuras de pasillos del Congreso. La verdad es que tampoco la opinión se preocupa de descubrir a la individualidad llena de prestigios, que pueda tomar en sus vigorosas manos la dirección de España[315].

Porque de aplazamientos, habilidades, diabluras, chirigotas, contemporizaciones, vaguedades y demás artificios tan clásicos como el garbanzo y que representan el agarbanzamiento de nuestra política, francamente, estamos cansados… Es decir, estamos cansados algunos, que sentimos hambre y sed de otra España. ¿No es verdad, padre Joaquín Costa?[316].

Con ley y sin ley, se ha gastado un pico en votos. En Madrid, especialmente, parece que ha corrido el oro o, dígase más exactamente, la plata a ríos. Y no concibo crítica más acerba del sistema que esta venalidad[317].

Su *interés vivísimo*[318] por Ganivet es consecuente con su análisis y su temperamento emprendedor. Se adhiere a las aspiraciones regeneradoras:

> *La sátira se embota y el látigo se cae de las manos. Fustigar a algunos, bien; a muchos, pase todavía; a un pueblo entero…, tarea casi imposible. He aquí el problema de España. No basta amputar el brazo; habría que amputar el cuerpo.*
>
> *Yo creo que el español que tenemos más cerca para regenerarla es nuestro propio individuo. Si cada cual se educase a sí mismo, ¡qué España tan robusta veríamos surgir! El caso es que ser capaz de educarse, de corregirse, es ser casi perfecto*[319].

Para esa recuperación es imprescindible apelar a la **educación:**

> *No sabemos qué hemos de hacer para remediar la decadencia española, pero presentimos que será forzoso educar a la generación que actualmente se está formando, educarla como no hemos sido educados nosotros y como es preciso hoy que se eduquen los pueblos serios y grandes*[320].
>
> *Los que creemos que la educación y el respeto de sí mismo podrán hacer milagros, sobre todo en la nación a ratos africana a que pertenecemos*[321].
>
> *Pensar que cuando tanto nos convenía ocuparnos de instrucción pública, de hidráulica, de administración, de sociología, de las doscientas cosas que andan aquí raso por corriente, porque no existen, nos entregamos exclusivamente a discutir* con la acción *lo que no es discutible, porque es del fuero de la conciencia y cada cual lo resuelve sin coacción posible; pensar que andamos todavía como en el siglo XVII, enzarzados en esa lucha religiosa que nos fue tan funesta.*
>
> *A golpes de enseñanza, de universidades, de cultura, me gustaría que luchasen aquí los pro-cleri y anti-cleri que andan a trastazo limpio. Pero, como decía el gitano del cuento, ¡ya verá usted cómo no viene!*[322].
>
> [Giner] *nada diferíamos en la importancia que otorgábamos a la pedagogía para la regeneración posible de España*[323].
>
> *Las naciones son fuertes cuando desarrollan sus músculos por igual; cuando con su ejército guarda proporción su industria, su comercio, su cultura, su acertada administración y régimen; cuando saben economizar y gastar discreta y oportunamente; cuando disciernen las cuestiones de verdadero y vital interés de las cuestiones baladíes, indignas de que se hable de ellas media hora; cuando se preocupan mucho de la instrucción pública, cuando no asfixian a la producción con tributos y vejámenes; cuando organizan su administración de justicia, y cuando para conseguir todo esto se reponen virilmente contra los abusos que cohonesta la políti-*

ca, y no confían a manos pecadoras el mandato en Cortes, camino de la poltrona ministerial[324].

Educación donde figura el deporte, pero sin apreciaciones excesivas que sólo conducen a una involución:

> *Yo no censuro el ejercicio, antes soy su decidida partidaria; sólo que lo estimo como medio, jamás como fin.* […] *No es reprobable (¿qué ha de ser?) todo ese* traquetreo *y esos afanes que siempre paran en ir más aprisa, más aprisa, como si la corriente del tiempo no nos empujase con harta velocidad al oscuro abismo de la muerte.* […] *¡Es bueno, es excelente, montar, cochear, cazar,* alpinistear, *correr, remar y hasta bailar la mazurca!, con tal que no se haga una religión de estas habilidades.* […] *Sí; por regla general, de cien casos, en noventa y nueve, cuando hay que llamarle* sportman *a un hombre, es que no se le puede llamar ninguna otra cosa de este mundo. Si yo perteneciese al sexo que desempeña todos los cargos, puestos y oficios, me enfurecería con quien me dijese* sportman, *que sería tanto como decirme en buenas palabras ocioso, vago de real orden, socio honorario del Inútil Club, y excrecencia o verruga social*[325].

Como cabía esperar en quien se vio alcanzada de lleno por él a lo largo de toda su existencia, doña Emilia dedica una atención especial al problema del **feminismo**.

> *Ni entiendo tampoco que, para juzgar la labor literaria de una mujer, haya que estar pensando, con insistencia de idea fija, en que se viste por la cabeza*[326].

Al abordar este asunto del feminismo es muy consecuente con las líneas recurrentes de su pensamiento. Son necesarios inconformismo, denuncias y sugerencias en cuestiones de todo orden. También el razonamiento, la fuerza de los hechos, la ausencia de manifestaciones escandalosas, la instrucción. Planteamientos realistas. Y no perder la esperanza.

> *La mujer necesita que le reformen el traje, si ha de vivir con salud, haciendo el necesario ejercicio.* […] *Son* [las faldas largas], *en fin, por cualquier lado que se miren, una calamidad de la cual no comprendo cómo no están libres ya las infelices mujeres, cuando sería tan sencillo esgrimir la tijera y dejar las faldas a tal altura que no causen ninguno de los males que dejo indicados*[327].
>
> *Y voto a bríos (lo único que puedo votar), que nada perdemos con la desaparición del sistema parlamentario las mujeres, que tenemos el honor de ser tan contribuyentes como los varones, pero no hemos llegado ni a la dignidad de elegir, prerrogativa que, nominalmente, posee el más*

ignaro de los españoles, y en realidad de verdad sólo ejerce el ministro de la Gobernación[328].

Preguntome la presidente del Ladies' Club si no me parecía un progreso evidente la existencia de un Casino para señoras. Confesé, con mi sinceridad acostumbrada, que el progreso, a mi ver, consistiría en que, sin extrañeza de nadie, a favor del respeto que dicta la buena crianza y que impone la equidad, pudiese la mujer concurrir a los círculos todos[329].

Yo siempre he dicho —aunque me desalentase el comprobar lo pequeños *que son en esto hasta los más* grandes*— que el derecho de la mujer ha de reivindicarlo el varón, al fin más fuerte y más ilustrado ahora*[330].

Es la única gran conquista de la humanidad (la más trascendental, de fijo, en sus resultados y en su alcance) que se habrá obtenido pacíficamente, sin costar una lágrima ni una gota de sangre, sólo con la palabra, el libro, el instinto de justicia[331].

No hemos llegado todavía en España, la "nación católica por excelencia", a preocuparnos de este caso frecuente y baladí: que una mujer que desea y necesita trabajar no encuentre en qué ni en dónde. —En qué… ¡Diablo! Sí; hay un trabajo que siempre encuentra fácilmente, sobre todo en las grandes capitales, la mujer, aunque no sea ni joven ni hermosa, como diz que es la modistilla del crimen. Trabajo llaman a su ejercicio las infelices que, de diez a tres de la madrugada, recorren a paso furtivo las calles sombrías y lodosas de Madrid, tapándose medio rostro con el amarillento mantón[332].

Instrucción, instrucción, instrucción, equidad, equidad, libertad, acceso a todo; que la mujer pueda hacer cuanto le permitan sus facultades, sin tropezar en preocupaciones ni en caprichosas trabas[333].

Noto algo de consolador, que alienta la esperanza: el hecho de que ninguna persona culta e imparcial que examine despacio la situación de la mujer ante la ley y la costumbre, deja de manifestarse en ese sentido que se llama feminista *y que no debiera llamarse más que* humano. *¡Saltan a la vista de tal manera los absurdos ilógicos y las injusticias descarnadas! Esta cuestión se reduciría a un poco de buen sentido y de buena voluntad en los legisladores*[334].

Lo altamente perjudicial a la mujer, lo que parece ardid de sus peores y más sañudos enemigos, es la reducción a un tipo único, la simplificación de su figura, la fundición de su individualidad en una sola turquesa. Es necesario a la mujer diversificarse, y por medio de la diversificación, destruir ese concepto funesto de que hay direcciones, actividades, manifestaciones, actos e ideas impropios de una mujer[335].

Existe en el extranjero una institución que se echa de menos en España: las oficinas de consultas jurídicas gratuitas para mujeres[336].

En el mismo hogar, conviene que se especifiquen los derechos y los deberes de la mujer, que se le reconozca su iniciativa, que no sea sólo el ser obediente y sujeto, la primera criada[337].

Hay convicciones de dos clases: las que nacen de cierta disposición íntima de nuestro espíritu hacia la verdad, y las que impone la vida con sus transacciones, sus desgastes del ideal al áspero roce de necesidades y circunstancias.

Las convicciones primeras hubiesen hecho de mí el más ardiente campeón activo del feminismo. Las segundas me imponen actitud de espectadora, no indiferente, lejos de eso, pero paciente y reflexiva, segura de que no por tirarles de las hojas a los arbustos crecen más pronto, y recelosa, a fuer de individualista, de cuanto la obra colectiva lleva en sí de impuro y turbio. Hablo, entiéndase bien, de la obra colectiva consciente, voluntaria, no de la inconsciente, que es casi siempre admirable y segura[338].

Se ha agitado vivamente la cuestión de si el espíritu de esta señora tenía más de femenino que de masculino, y viceversa. Yo, en aquel momento, me planteaba el mismo problema: después, reflexionando detenidamente, he comprendido que se trata de una puerilidad. Los caracteres morales femeninos y masculinos son imposibles de determinar, y cambiantes y variables según circunstancias que no cabe prever. Es nuestra preocupación anterior la que presume de adivinarlos y definirlos, cuando realmente, si aislamos al individuo de las influencias externas, habremos aislado su verdadero carácter, ni femenino ni masculino, sino humano[339].

Mientras la mujer no disfrute de la plenitud de los derechos civiles, no deben aplicársele las últimas sanciones penales[340].

¿No se considera a la mujer como un niño? ¿No es una menor? ¿En qué quedamos? A los niños la ley los excusa, pero a la mujer, tenida en minoría por el hombre, la ley la condena, y la opinión la juzga de un modo más implacable en sus extravíos y en sus errores[341].

Y sería mucho más sencillo partir de la base de que no hay mujer, sino mujeres, tan diversas entre sí como lo son los hombres, y que por esta diversidad inmensa, aumentada con las diversidades del clima, nacionalidad, etc., todo cuanto de la mujer se afirme genéricamente será de fijo una bobería inefable.

Los que no aceptan que mujeres y hombres son la humanidad, y que la humanidad tiene derechos que son comunes a sus dos géneros, no acertarán nunca[342].

Atención especial merece la cuestión del **maltrato que sufre la mujer** por parte del varón:

> *Ella titubea, llora, luego ríe…, ni siquiera pide auxilio: el bofetón está en el programa. Y ese bofetón es el preludio de lo que vendrá más tarde, en una hora de exasperación brutal de celos o de soberbia: es el anticipo del navajazo feroz, del estrujón de nuez que rompe el cartílago, del puntapié que desgarra las entrañas, del palo que abre el cráneo, del proyectil que se incrusta en la masa encefálica… ¡Va tan poco del primer maltrato al crimen!*[343].
>
> *Ahora ha vuelto el Jurado a dar en la flor de absolver libremente a los ciudadanos —esposos o amantes— que se toman por la mano la venganza de sus celos o agravios sexuales.* […] *¿Acaso es dueño el varón de la vida de la mujer?*[344].
>
> *¿Lo ven ustedes, cómo prosiguen los asesinatos de mujeres? Ahora ya, de una vez, un hombre* despacha *a dos juntas, hija y madre. Sistema perfeccionado, con todos los adelantos de la edad moderna; golpe doble… Claro, el individuo habrá dicho para su navaja: "¿Qué me harán si mato una mujer? Poca cosa. ¿Y si mato dos? Lo mismo. Siempre resultará que procedí arrastrado por sentimientos irresistibles"*[345].
>
> *Siguen a la orden del día los asesinatos de mujeres.*
>
> *El* mujericidio *siempre debiera reprobarse más que el* homicidio. *¿No son los hombres nuestros amos, nuestros protectores, los fuertes, los poderosos? El abuso del poder, ¿no es circunstancia agravante? Cuando matan, a mansalva, a la mujer, ¿no debería exigírseles más estrecha cuenta?*
>
> *El hombre, en general, cree vagamente que por ser hombre tiene derecho de vida y muerte sobre la mujer*[346].

Textos de una viveza expresiva que recurre a la ironía o al sarcasmo:

> *El hombre del pueblo supone también que la mujer anhelada le pertenece, y que al negársele, pena de la vida*[347].
>
> *Lo del masaje como recurso estético me hace pensar si deberíamos ser más indulgentes también de lo que somos con los maridos que administran pescozones, coces y puñadas a sus mitades. De hoy más puede escudarse, justificar sus procederes, con la protesta de que ellos se limitan a cuidar y conservar la belleza de sus consortes, mediante un procedimiento análogo, pero infinitamente más económico que el del doctor*[348].
>
> *Un cronista escribe, humorísticamente, que aún quedan en Madrid, a estas fechas, unas diez y seis o diez y siete mujeres sin degollar*[349].

Faceta muy característica y llamativa en la psicología pardobazaniana es la complacencia en la **morbosidad** descriptiva o **sensacionalismo**. En coherencia, quizá, con su entusiasta adscripción al naturalismo que, de hecho, no abandonó nunca. También, como hábil periodista, no se le ocultaba que las crónicas de crímenes le brindaban tema de fácil interés para los lectores:

> *Esto de los crímenes* sensacionales *ofrece una inapreciable ventaja, que no estimarán en su valor los burgueses, pero que no desdeñan los artistas y jornaleros*[350].
>
> *La más negra es la complicidad de los elementos semicultos o cultos —gobierno, prensa— en estos movimientos torpes del populacho. A los gobiernos les viene bien; ¡como que distrae! Mientras se habla del* crimen *no se habla de otra cosa, y los gobiernos aquí son los eternos mal vestidos, que rehúyen la luz solar y detestan que nadie fije en su cara sucia y en su ropa mugrienta una mirada investigadora. "Música, música" repiten con el profesor de Joaquinito Rodajas. Y todo lo sensacional, sea del género que sea, es* música. *En cuanto a la prensa, es la esclava de sus culpas, añejas ya. Ha contribuido a estragar el paladar del público, y cuando se echan especias a puñados en los guisos, es preciso aumentar la dosis, o viene la inapetencia*[351].

Pero es innegable su afición por la criminalidad:

> *He leído bastantes causas criminales francesas* […][352].
>
> *Yo soy aficionada a leer causas célebres, por mis gustos de novelista*[353].
>
> *El* misterio *de un crimen es su psicología, los abismos del corazón que descubre, la luz que arroja sobre el alma humana, sobre el estado social de una nación, sobre una clase, sobre algo que rebase los límites de la caja de caudales, la cómoda o el armario forzados, el baúl destripado, la cartera sustraída*[354].

Y aun afición en el detalle cruento o brutal:

> *No faltan horrores en lo que voy a referir, pero son horrores algo menos repulsivos, y entre ellos se desliza una nota cómica: la del buen sentido y la malicia*[355].
>
> *Imágenes repulsivas, piernas magulladas, cráneos destrozados e incrustados de vidrios rotos y de astillas de madera, pechos hundidos en que las costillas se enclavijan y se cruzan sobre el corazón, oprimiéndolo y paralizándolo, caras carbonizadas, pies cogidos entre las paredes de la máquina o entre dos maderos*[356].
>
> *Debajo de la parrilla descomunal, las encendidas brasas sostenían el calor necesario para que el cuerpo se achicharrase poco a poco. La piel*

se abría ennegreciéndose y retostándose; la grasa se liquidaba, crujían los huesos a la acción del fuego, que lo acariciaba con horrenda caricia. Y la simpatía por Lorenzo es tal, que por haber sido Valeriano su perseguidor, me alegro de que Sapor, rey de Persia, le venciese, le hiciese despellejar de arriba abajo, como quien vuelve del revés un guante, y tiñendo previamente de rojo su piel, le colgase a la puerta del templo, para escarnio del poder de Roma[357].

Ya se traban de palabras dos guapos (esto ocurre a cada triquitraque), y después de jactancias y amenazas y chungas y mucha saliva por el colmillo, disciernen la cuestión de quién es más animal, sacándose los intestinos o comiéndose (ha sucedido) la nariz o las orejas. Ya un guardia de seguridad apalea a un chiquillo y lo deja por muerto. Ya dos chulas, por un quítame allá esas barreduras, esgrimen el cuchillo, y una de ellas se desploma bañada en sangre, para no levantarse nunca. Ya un esposo calderoniano acecha a su mujer, la ve salir de donde no debiera haber entrado, y le parte el corazón. Ya una Lucrecia de la calle de Postas, perseguida y rondada por un audaz Tenorio de blusa, no encuentra mejor modo de resolver el conflicto que seccionarle la yugular[358].

[Hablando de accidentes de automóvil] *quebrarse los huesos, magullarse las carnes y descolgarse las vísceras*[359].

Donde descubrimos, sin embargo, a la periodista más a su gusto es departiendo de temas culturales. Son de bella inteligencia sus reflexiones sobre la **lectura:**

Las lecturas se devoran entre sí y confunden y borran la memoria[360].

¡Ah! Fomentad el vicio de leer, hasta ofreciendo premios. No creáis que existen malas lecturas. Gentes de pusilánime condición tiemblan ante la cubierta de un libro, como si fuese una bomba de dinamita. No hay libro malo: toda lectura es buena, toda lectura es preferible a la no lectura. La única lectura mala, es la lectura única. Como los fagocitos con los bacilos patógenos, unos libros neutralizan los efectos de otros libros, y leer sin cesar es el remedio eficaz de haber leído algo.

Con el sistema de libertad, con el aire, el sol, el agua, la mortalidad ha disminuido, la medicina obtiene resultados maravillosos. Abrid así la inteligencia: lo único funesto es tabicarla. Leed, leed, leed[361].

Crear la costumbre de la lectura; dar ese pan de papel a ricos y pobres, sería tan bueno como higienizar, como dotar de agua a las tierras sedientas y de semilla a los labradores en años de escasez. El cerebro nacional está tan necesitado de que lo desmonten, aren y siembren como los eriales y los enormes descampados del centro de España.

> *Si hay superstición fomentable, es ésta: la superstición de la lectura, la superstición de lo intelectual. Porque necesitamos leer, y de la lectura saldrá la reflexión, y de la reflexión la extirpación de muchos y muy bárbaros errores. Que hay quien no entiende lo que lee… De acuerdo, pero esta contingencia es desdeñable. Unos entienden, otros barruntan, y todos ganan. Cualquier conflicto es más temible en un país de ignorancia, como toda cualquier infección es peor en una vivienda abandonada y sucia*[362].
>
> *Nada creo tan peligroso para independencia del espíritu como una sola lectura. La triaca del libro es el libro*[363].

Dedica mucho espacio a la crítica literaria, vocación arraigada. Nos entera una vez más de su voracidad lectora, de sus preferencias, de su curiosidad por las novedades y de su apego a los clásicos; de su independencia y evolución estimativa:

> *El silencio es crítica… sobre todo el silencio de personas como yo, que están deseando echar las campanas a vuelo así que aparece en el horizonte un resplandor, una chispa de luz, algo que sea una esperanza y signo para el porvenir*[364].
>
> *Nos interesa estar al corriente de las nuevas direcciones de la mentalidad y la intelectualidad en filosofía, ciencia, arte, sociología y derecho*[365].
>
> *Palabra que no soy de esos escritores que no pueden aguantar las direcciones nuevas en literatura. La única condición que les pongo, para acogerlas sin prevención alguna, es que produzcan cosas relativamente bellas. No digo obras maestras: sería pedir cotufas en el golfo. Con belleza relativa me conformo.* […] *¡Oh Quevedo! ¡Por tu vida! ¿En qué alfiletero modernista se guarda la aguja de marear cultos?*[366].
>
> *Zola, a mi entender, ya había muerto hace años, y especialmente desde el proceso Dreyfus*[367].
>
> *Enranciamiento* de V. Hugo[368].
>
> *El nivel de esta literatura* [la francesa], *sin embargo, va descendiendo: las filas clarean, los muy ilustres caen, los secundarios también… El campo se arrasa*[369].

De su —casi— insistencia en no hablar de autores vivos. Siempre con prudencia y discreción.

> *De los poetas del siglo XIX en España, es D. Ramón de Campoamor, para mí, el predilecto, exceptuando honrosamente algunas composiciones de Bécquer y varias de Gabriel y Galán*[370].
>
> *Yo no gasto prosa con autores españoles que no hayan pasado a mejor vida*[371].

Porque Dios nos libre de varias cosas: de pleiteantes que os explican su asunto; de enfermos imaginarios que os cuentan su mal; de enamorados que os hacen confidencias, y de literatos de vuestra época, que todavía no se han muerto, y de quienes, por consiguiente, sólo primores podéis decir, y sobre decir primores, quedáis indispuestos con ellos todavía, porque nunca cortáis la alabanza a la medida gigantesca de la vanidad[372].

Yo he propendido, en estas materias, en teoría, a la intransigencia más ruda. ¿Que no sirve para cómico? A clavetear suela. Un mal artista hace mucho daño a su país. Pero, llegando a la práctica, esa conciencia que no debiéramos tener asoma su compungida cara…, y vienen las componendas, los eufemismos, las atenuaciones, las perífrasis o el silencio, la abstención… Por todos estos períodos he pasado, antes de decidirme a renunciar a la crítica de obras nuevas y actores y autores vivos. Como nunca llueve a gusto de todos, no falta quien diga que eso de no hablar sino de los difuntos es una cobardía. Que le motejen a uno de cobarde, es menos desagradable que la visión o fantasmagoría de cuatro chiquillos hambrientos, a los cuales arrebatamos el mendrugo que iban a roer[373].

Considera el **arte** un valor axial en la vida del espíritu:

Y reincido siempre en mi idea: lo único emancipador es el arte[374].

Lo único duradero y eterno es el arte[375].

El arte es más necesario que el pan; el pan solo, seco, desabrido, ni gusta ni aprovecha[376].

Y es que mi concepto del arte está influido, fatalmente, sin que para eso haya remedio, por los ideales literarios. Siempre veré, detrás de una obra de arte, un concepto, un pensamiento, un símbolo y una manifestación más o menos clara y expresiva de algo cerebral, superior a los sentidos y a la mera reproducción de la realidad sensible.

El arte, sin embargo, es algo sustantivo. Desvanecidas las circunstancias en que se produjo, adquiere, tal vez, más importancia. […] *Se me objetará que tiene sus fueros el arte. Pero yo responderé que el arte lo que tiene son buenas espaldas para que le carguen responsabilidades que no lo corresponden*[377].

Siente inquietud por manifestaciones nuevas:

En esto se parecen la arquitectura y la moda actuales: no tienen carácter propio: necesitan echar mano de otras épocas, repetir modelos de antaño. ¿Le encargan al arquitecto una iglesia? Reproduce un templo bizantino del XII *o una flecha ojival del* XV*. ¿Se trata de un palacio? Allá va el estilo del* XVI*. ¿Una plaza de toros? El mudéjar. ¿Una*

fuente monumental? Recurre a alguna de las acquas *romanas, y tan campante*[378].

Pero, de hecho, ella misma recurre a modelos medievales para construir sus Torres de Meirás. Siente especial aversión, por ejemplo, hacia el modernismo arquitectónico[379]. Porque se manifiesta incapaz de perfeccionar su apego al clasicismo.

De igual modo, en pintura, admira las grandes escuelas del pasado, a Velázquez, a Goya, es de los pioneros entusiastas del Greco redivivo[380]:

El Greco gusta o no gusta; pero si gusta, no gusta a medias[381].

De sus coetáneos sólo merecen su interés y aplauso los maestros en la técnica formal, en la ilusión de verismo; en la capacidad de reproducir realidad y naturaleza.

En las mismas tentativas extravagantes que provocaban la hilaridad y aguijoneaban el sprit *de las parisienses (verbigracia, la de los* puntillistas), *se veía una intención bien definida, algo más que el afán de acabar pronto y quitarse de delante del caballete para salir a fumar tomando el sol, ¡lo único que inspira tantos lienzos españoles!*[382].

[Beruete] *es un trozo de verdad.* […] *Habrá que pensar…, pero, ante todo, hay que mirar y reproducir.* […] *La realidad palpita en esos lienzos que anima, infatigable, un aliento de amor a lo que es, a la sencillez sublime de lo natural. El arte no necesita más que eso: puede, sin embargo, y hasta debe (si el artista, al hacerlo, obedece a su temperamento, a su sensibilidad especial) salirse de lo real estricto, dar alas a su imaginación, idealizar: pero siempre será esto peligroso en pintura, forma del arte que exige lo concreto, y que de la verdad ha sacado sus mejores triunfos*[383].

Sólo la escuela verdad[384].

Lo agrio, lo discordante del color actual […][385].

Nunca hubo momento menos estético que el presente. La belleza sola tendrá sus adoradores, me complazco en creerlo, pero son minoría, y los escritores y los artistas quieren que el público no pase distraído por su lado, encogiéndose de hombros.

Necesitan la fama, la popularidad, el ruido, la discusión de sus descubrimientos e invenciones ideales, de su labor, de lo que en ellos difiere de lo ya conocido y visto por otros. Y eso lo hacen buscando la extravagancia, la rareza, lo que excite la curiosidad, pasión propia de las decadencias y que tiene algo de senil[386].

En cuanto a la **música**, siempre consecuente consigo misma:

> *Debo confesarlo humildemente: tengo fama de sorda* […] *es una fama injusta* […]. *A mí no me encanta toda la música que oigo* […]. *A mí esas piezas tan científicas, tan importantes, no me importan. Por eso asisto a conciertos rara vez. Es preciso que el programa me satisfaga por completo para que me resuelva a arrostrar tres horas de música* di cámera *en un local cerrado, y por la tarde, que es el momento de respirar un poco al aire libre.* […] *Dos clases de música me interesan especialmente: la religiosa y la popular*[387].

Pero es ferviente wagneriana desde los tiempos en que esta postura sufría de desconocimiento o de rechazo mayoritario; son abundantísimas las referencias:

> *Y se estrenó* La Walkyria, *y no gustó, y salió todo el mundo hablando de jarabe de adormideras, de* lata *insufrible, y renegando de Wagner, y hasta —frase textual— de su señor padre, que lo engendró tan pesado.* […] *Y así y todo es de esperar que Wagner triunfará en el "regio coliseo" como ha triunfado ya en los conciertos*[388].
>
> *El tango no será tan inmoral como dicen; pero seguramente es algo grotesco, al lado de un vals. Es una señal del nivel bajo de las costumbres, que han perdido su elegancia y su aire señoril. Todos esos pasos que llevan nombres de animales —del oso, del pavo, del faisán, de la mona, etc.— han de ser forzosamente danzas de caricatura, y lo son faltándoles la graciosa euritmia de los bailes artísticos*[389].

Parece que por tantos caminos por donde se aventuró doña Emilia siempre nos lleva a la encrucijada de tradición y modernidad, de innovación y conservadurismo, de donde no supo, porque no quiso, salir.

> *¿Cómo podríamos resistir la España actual, si no nos refugiásemos en la antigua?*[390].
>
> *Pronto se disipó aquella especie de alucinación, en mí tan poderosa, que determina la evocación, por imágenes sensibles, de las edades pasadas. Al subir al automóvil, la realidad se impuso. No estamos en la España de entonces, sin que por eso estemos completamente en la Europa de ahora —al menos en la Europa claramente orientada hacia la vida moderna—. Y estoy por creer que, si estuviésemos de lleno en esta última, miraríamos con más respeto y cariño a la primera. Forma superior de cultura es el amor, la veneración hacia lo tradicional*[391].
>
> *La tradición es el escudo más recio contra el enemigo; la tradición hay que conservarla como la sangre de las venas*[392].

Tiene empeño en combatir la "leyenda dorada" del pasado español, tan funesta como la leyenda negra. Siente antipatía por una figura como Felipe II

y aun señala los errores de Isabel la Católica[393], a quien por lo demás, como cabía esperar, admiraba. Pero no oculta su añoranza de pasadas épocas:

> *El tren me despertó. ¡No era el siglo XVII! ¡Qué lástima!*[394].
>
> *Nosotros suponemos haber descubierto el arte de vivir deleitablemente, pero estoy segura de que eran más sibaritas, en algunas cosas, nuestros abuelos*[395].

Por el siglo XVIII, en particular, *en el cual la sociedad se transformaba*[396]:

> *Los apacibles episodios de la vida literaria dieciochena, que tienen el tranquilo encanto del agua corriente, cuando no revuelve légamo ni alza espuma. Los literatos* […] *practicaban esa dulce comunión intelectual que hoy no asoma, porque la espanta la ferocidad de las luchas*[397].
>
> *Una Francia muy grandiosa que 1793 había destruido*[398].

Evocaciones[399] a veces irónicas[400], quizá por reflejar esa tesitura de compromiso entre dos mundos en que la misma escritora se encontraba.

En su postura ante la **historia** hay desconfianza y cautela de juicio; sobre la que le ha tocado vivir no faltan penetrantes ojeadas:

> *La historia, una ignorante y además una escéptica, desconocedora de la inmensa plasticidad novelesca que encierra la realidad sencilla, no inventada*[401].
>
> *La historia no se escribe jamás a raíz de los sucesos. La historia, serena, firme, reconstruirá el período que atravesamos, y arrojará luz sobre los móviles de los hechos*[402].
>
> *Nuestra curiosidad, tan legítima, tiene que mortificarse, hasta el día, lejano aún, en que un historiador de la talla de un Momsen o de un Thierry se encargue de referirnos lo que sucedió, y que, ocurriendo, puede decirse, ante nuestros ojos, se reviste para los contemporáneos del más impenetrable misterio*[403].
>
> *Así como Jorge Sand deseaba ver a los hombres ilustres de su época biografiados por Plutarco —es decir, al través del prisma de lo pasado—, yo confieso que anhelaría leer en Toreno o en Mariana la historia de los tiempos en que me ha tocado vivir*[404].
>
> *Mil sucesos quedarán en el misterio, y quizás sea obra del siglo XXI restablecer la verdad histórica de lo que presenciamos.Y lo que el siglo XXI rectifique… ¡otros lo leerán, nosotros no!*[405].
>
> *El mundo va a girar sobre su eje, va a sufrir un cambio radical, y serán revisados y tal vez despreciados los valores que obtuvieron alza en el curso del siglo XIX*[406].

> *Pero acaso es más imponente aún la agitación revolucionaria de Rusia, y los cambios que puede imprimir a Europa*[407].
>
> *Amargas inquietudes de la época y de la nación en que me ha tocado vivir* […] *estamos empezando, nada más, a notar los síntomas de algo que nos cogerá de nuevas cuando estalle, porque prevenir aquí no es sinónimo de gobernar*[408].

Su intransigencia en cuestiones como el patriotismo, en aumento hasta una emotividad algo ingenua, o la justicia, no deben ocultar su también persistente, sincera y verificable proclividad a la libertad y a la tolerancia, que ella suele englobar en su sin desmayo proclamado *eclecticismo*.

> *El fanatismo es una* pose: *siempre ha solido contrastar con la conducta de los que más alardean de él. Esa seca rigidez, esa falta de penumbra en el pensamiento, esos juicios cortantes como navajas, no suelen corresponder a una estructura interna de gran rectitud*[409].
>
> *Los consagro a defender mi propia causa, pero sin meterme con nadie. Libres son las opiniones literarias y científicas, y las respeto todas. Libre soy también de exponer las mías, y lo haré con la mayor sencillez*[410].
>
> *Esto, en fin, va con los gustos y con las épocas, y es menester dejarlo, esperando a que la gente se haga comprensiva, y tenga puertas y ventanas en el cerebro, por donde entre el interés del pasado y presente, cómico y trágico*[411].

Tolerancia y liberalismo que asoman también cuando aborda el tema de la **religión**. Pese a sus protestas de acendrado catolicismo y a sus, por lo general, buenas relaciones con el clero, en la religiosidad de doña Emilia hay mucho de tradición, formalismo, espíritu pagano y motivación estética.

> *Ganivet, en el* Idearium, *muéstrase católico, y católico ferviente, pero enemigo de todo empleo de la fuerza, de toda coacción religiosa. Es tolerante… porque cree*[412].
>
> (Hablando de Campoamor) *Era la misteriosa crisis de religiosidad que, en naturalezas poderosas, suele coincidir con los primeros albores del sentimiento sexual y las primeras revelaciones psicológicas*[413].
>
> *Educación religiosa sólida, sin mancha de supersticiones*[414].
>
> *Y el nuevo obispo* [de Jaca] *es un espíritu de esa época* [el siglo XVIII] *tan intelectual: estudioso, apacible, libre de intransigencias, que no siempre son fruto de sólida virtud*[415].
>
> *Como mucha gente de mi época, como fue mi padre, era a la vez ferviente católico y liberal de corazón*[416].

> *No se debe ser supersticioso, convengo; pero es el hombre cosa tan pequeña y deleznable; la suerte le trae y lleva de tal modo, en sus giros, que ante la incertidumbre del destino, y la sombra que nos rodea por todas partes, se comprende que crea en agüeros y en otras niñadas*[417].

Se muestra *aficionadísima a las historias de santas*[418]. Hablando de una procesión:

> *Y yo prefiero esta solemnidad a un tiro de pichón o un campeonato de* Tennis. *No lo miro por el lado de la devoción, sino por el de la fidelidad al modo de ser español, que se afirma en las solemnidades y en los espectáculos. Mirémoslo sencillamente así: de un espectáculo se trata*[419].

Es muy revelador un artículo que quiere dedicar a la Inmaculada Concepción[420]: de un planteamiento de ortodoxia neocatólica deriva, hacia la mitad del texto, a una descripción muy naturalista de las fiestas aldeanas. También el episodio de la misa de rehabilitación de su amigo Verdaguer: invitada, no asiste finalmente, fatigada por haber acudido a una fiesta la noche anterior[421].

Por otra parte, aunque:

> *Nunca recojo aquí nada de lo que se lee en la prensa y en que intervienen sacerdotes*[422]*,*

tampoco reprime sus censuras: a la vanidad en el clero[423] o:

> *Los religiosos escritores se diría que llevan mordaza y que están pendientes siempre del más ligero escrúpulo, del escándalo de los pacatos y pusilánimes y de la infundada opinión de los necios*[424].

Y quiere poner el clericalismo en su sitio:

> *Las manifestaciones anticlericales revelaron, a mi juicio, más que otra cosa, una evolución en la política; las clericales, igualmente, sentido político tuvieron; fueron otro episodio de la lucha entre la España vieja y la España nueva*. [Censura tanto] *el romper los vidrios de los conventos, dispersar las procesiones a garrotazos,* [como] *transformar los signos de amor y dulzura, como el Corazón de Jesús, en bandera de combate*[425].

En realidad, en el espíritu de la escritora, abierto, con contados aunque muy marcados prejuicios y deseoso de un dilatado saber, late su temor reverencial, sigiloso, la suave tristeza ante el misterio que encierran existencia y **muerte**.

> *Miedo también, es preciso reconocerlo, a ese* algo superior *a nosotros, que, según Lucrecio, engendró la creencia en lo supernatural*[426].

Oscuro abismo de la muerte[427].

No pasa un día sin que la segadora incansable, la Muerte, reúna en sus gavillas las espigas de oro con las espigas verdes aún y que esperan la caricia del sol[428].

El misterio que rodea nuestra vida por todas partes[429].

Breve continuidad de "La Vida Contemporánea" vinieron a ser unos artículos aparecidos en *El Día*, de Madrid[430]. En ellos aparece una Condesa ya un tanto otoñal, con indicios de acentuación en sus posturas conservadoras, como lo son ciertas ideas, ingenuas, de reformismo social. Pero siempre beligerante y capaz de explosiones de la vitalidad también de siempre:

Y el "yo" es lo único que no debemos dejarnos arrebatar nunca. "¡Socorro, que me quitan mi 'yo'!" —exclamemos cada vez que nos desnaturalicen, sea bajo el pretexto que sea[431].

De aquella Emilia Pardo Bazán, *fuerza de la naturaleza* que veía Blanca de los Ríos, de aquella singular personalidad, contradictoria, que se confesaba:

[…] *en este particular, como en otros varios, no soy hija de mi siglo, si bien en bastantes me considero hija del que viene*[432],

adelantada a su época en tantos aspectos y que, por otros, se nos antoja una de aquellas grandes aristócratas ilustradas del siglo XVIII, ¿qué queda hoy?

Una espléndida producción literaria —también en el periodismo—, en proceso de revalorización continuo. Y una admirable lección de vitalidad.

De sí misma podría decir lo que tanto gustaba de recordar que había dicho Siéyes:

—¡He vivido![433].

O lo que escribió de su buen amigo Vidart:

Hallábase siempre dedicado a la investigación afanosa, siempre a la descubierta, y cada año encontraba nuevas comarcas que explorar, nuevas campañas que emprender. En este sentido he visto pocas almas más juveniles que la de Vidart, de quien se podría decir que había adivinado lo que Campoamor llama el secreto de la vida: el acto de nacer todas las mañanas; y no con el cuerpo, sino con la mente[434].

O de George Sand:

> *Sus ansias de expansión, de eso que después se ha llamado el anhelo de vivir su vida*[435].

O de Madame de Sévigné:

> *No cupo nunca la queja, la tristeza, el pesimismo; equilibrada como nadie, naturaleza sana y floreciente, la alegría nace en ella de la inteligencia, de la viveza de percepción con que saborea el espectáculo vario y entretenido de la vida*[436].

La Emilia *histórica* —recurrimos a un distingo exegético al uso—, quien, como uno de sus personajes, parecía

> *no había nacido para la mortificación y el dolor, sino para agotar las alegrías de la vida…*[437],

como ella misma reconocía:

> *Yo, cuando llegue el momento de colgar las armas y desceñir el arnés; cuando tenga que retirarme a la sombra de los árboles o a sombra más oscura aún, no podré decir que no he recogido el fruto espiritual abundante y sazonado*[438],

cruzó, acometida, de manera inesperada, por aquel toro negro[439] por el que manifestaba una extraña aprensión obsesiva,

> *el misterioso río que duerme entre márgenes orladas de asfódelos y beleño, y en que el agua que alza el remo recae sin eco alguno…*[440].

Pero la Emilia creada por sí misma para el mundo de la cultura, aquélla a la que

> *Una suprema depurada curiosidad trascendental podría llamarse el impulso constante que la mueve*[441],

será una perenne cuestión palpitante.

Carlos Dorado
Mayo de 2006

Textos

La mujer periodista[442]

Es un rasgo característico de la literatura moderna, que se pueda decir del periódico y del escritor lo que Voltaire del amor y los mortales en general: "Quienquiera que seas, he aquí tu amo: lo fue, lo es, o va a serlo". Nadie maneja la péñola hoy que no pase, haya pasado o espere pasar bajo las horcas caudinas del periodismo. El periódico forma una especie de aglomerado en cuyas capas encontramos todos los cuerpos y todos los elementos del mundo intelectual, así como en el conglomerado primitivo, al contemplarlo de través, se ven reunidos el lindo zoófito, la graciosa conchilla y el despojo del enorme pajarraco antediluviano. Desde el más alto al más bajo, desde el más ligero al más profundo, los autores modernos dejan en el periódico su huella, y del conjunto de tantas inteligencias y de tantos estilos se forma ¿por qué virtud milagrosa? —lo ignoro— un todo homogéneo, algo que tiene la individualidad orgánica, un ser: el periódico.

En esta sinfonía periodística también toman parte las mujeres. La mujer periodista pertenece exclusivamente al siglo XIX, y sobre todo a su segunda mitad. —Cierto que antes no existía Prensa, al menos como necesidad general de los pueblos civilizados.— Cada año aumenta el número de las periodistas activas, que trabaja, no ya en concepto de colaboradoras, sino de redactoras fijas, en la Prensa extranjera. No tengo a la vista estadísticas, pero recuerdo que en Inglaterra y en los Estados Unidos las periodistas forman una legión muy compacta y animosa.

La mujer, realmente, posee condiciones especiales que la hacen apta para el trabajo periodístico. Pronta y sagaz en ver o adivinar lo que no se ve: fina observadora del detalle menudo y del matiz imperceptible que presta a cada objeto su atractivo y su significación; vibrante para sentir, y fácil y rápida en expresar el sentimiento; concienzuda y exacta para el desempeño de la diaria tarea; fresca de imaginación y bien penetrada del criterio más corriente en la

sociedad; compasiva y tierna ante la desgracia; apegada a lo corriente y con un sentido de la realidad que la aleja de las abstracciones, y la adhiere a la tierra y la coloca en el momento presente, por decirlo así, la mujer sirve divinamente para ese oficio literario, que consiste en recibir impresiones de la actualidad y devolverlas sin tardanza en forma agradable, clara y simpática, a la mayoría de los lectores.

Siento no poder apoyar esta afirmación con pruebas y datos. Si yo insertase aquí una lista de las periodistas europeas y norteamericanas que escriben en los periódicos de más circulación, se comprendería hasta qué punto la opinión política y literaria está elaborada por manitas de mujer. El anónimo de la literatura periodística envuelve esos nombres que casi no conocemos. Algunos, no obstante, atravesando la frontera, llegan hasta nosotros precedidos de universal nombradía. La escritora más celebrada que hoy vive en Francia, es una periodista: a Severine no hay que pedirle la reflexión, meditación y construcción metódica del libro, sino la brillante improvisación del artículo sensacional, candente y chispeante. Algo análogo podría decirse de otra ilustre periodista, la señora de Rute, cuyas crónicas son la misma amenidad, y cuyas relaciones de viajes no se caen de las manos. También descuella Paula Minck, decidida propagandista socialista. —Yo no canonizo las ideas de nadie: alabo el estilo y la habilidad tan sólo, y en lo demás, que cada cual mire por sí y responda de su criterio.— Y hecha esta salvedad, digo que los artículos de la Sra. Minck son muy bonitos y conmovedores, y hasta enérgicos y apostólicos, a fuerza de compasión hacia los pobres y los desheredados.

Pertenecen asimismo a la legión de la Prensa la Sra. Adam, Directora de *La Nouvelle Revue;* la Sra. Arsené Arus (seudónimo que oculta un apellido español), y la Sra. Arvéde Barine (otro seudónimo). En París tuve ocasión de conocer a muchas más literatas periodistas; pero —¡ahórcame, lectora, he aquí mi cuello!, como dice Campoamor por motivos asaz diferentes— ya no recuerdo sus nombres, menos notorios que los antes citados, y se me figura que ellas, en justo castigo, tendrán el mío en el olvido más profundo. Porque es increíble cómo se borran y difuman, no sólo los nombres, sino hasta los rostros de la gente que no forma parte de nuestro círculo de amistad, la gente que vemos cruzar como sombras chinescas por un telón blanco. Cada día muere en nosotros parte del tesoro que debiera archivar la memoria.

En Portugal citaré una periodista asidua, siempre en la brecha, infatigable: Dª Guiomar Torrezao. En Alemania debe existir una pléyade de periodistas del bello sexo; recibo incesantemente cartas de muchas de ellas, que tienen la bondad de traducir mis libros y mis cuentos. Un periódico alemán está exclusivamente redactado por señoras y consagrado a la defensa de la causa feminista.

Hay una forma de periodismo femenino que encuentro muy interesante: la que oculta la personalidad de la escritora detrás de un testaferro —marido, padre, hermano o hijo—. Hace bastantes años conocí en Madrid a cierta pareja inglesa, muy ilustrada, que se me aficionó, y pronto fuimos amigos y visitamos juntos el Museo, El Pardo y Aranjuez. El marido, pletórico y buen bebedor, se decía corresponsal de *The Times,* que le pagaba sus correspondencias sobre asuntos políticos y sociales con un sueldo anual de 1.000 libras esterlinas (no es mal país Inglaterra, ni mala finca *The Times)*. La mujer, señora ya madura, de noble y serio continente, gastaba tirabuzones grises, cadena de oro de muchas vueltas, reloj infalible, guantes a toda hora; hablaba con reposo, y preguntaba más que el Catecismo. Todos conveníamos en que, aun cuando él escribiese, ella era doble de lista. ¡Y tanto! Como que al fin y a la postre averiguamos que el verdadero corresponsal era la esposa, aunque siempre firmase el esposo, pudiéndose decir de nuestra simpática inglesa:

Sic vos non vobis mellificatis, apes…

Cuando ya se desgarró el velo del secreto, convinimos en que el ideal periodístico lo realizaba aquella pareja: él recogiendo datos y noticias en Redacciones, librerías, Salón de Conferencias y gabinetes de Ministros, y ella quieta en casa, digiriendo la presa que él traía, digámoslo así, en el pico. De este modo observé de cerca una forma curiosa del periodismo femenino y de la colaboración periodística entre el noticiero y el redactor.

Instantáneas

Gimnasia… con la vista
(los pelotaris)

Madrid, 7 de junio de 1892 [443]

Sr. Director de Las Provincias.

Estos días se discute mucho sobre plazas de toros y frontones, y se hace valer en favor de los *pelotaris* la razón higiénica. "Es —dicen— un juego griego; renovado de la antigüedad: con haberse puesto de moda, ganará mucho el vigor físico, base del perfeccionamiento moral, etc., etc. Gracioso razonamiento en verdad. ¿Con que la afición a asistir a los frontones desarrollará el vigor físico? Sí, desarrollará el de la docena y media de mocetones vizcaínos, ya bastante desarrollados anteriormente, que se disputan hoy el favor del público, ejerciendo de pelotaris. Por lo que hace al vigor físico de la gente que los contempla, no necesito decir a VV. que se quedará lo mismo que estaba. El ejercicio de sentarse en una silla y pasarse la tarde estirando la gaita por no perder lance del juego, o apostando rabiosamente un puñado de duros, no nos promete una generación de Alcides y de Milones de Crotona.

Admito todo lo bueno que se diga del juego de pelota, como ejercicio de la juventud, y hace tiempo que los padres jesuitas, con muy buen acuerdo, lo imponen a sus alumnos: en los colegios de la Compañía es el *sport* favorito. Lo que no puedo comprender; lo que revela (en mi opinión) la decadencia de las aficiones intelectuales y de las aficiones estéticas a la vez, es que el juego de pelota haya llegado a prevalecer *como espectáculo*.

Unos cuantos fornidos mozos, envueltos en deformes calzones y blusas de tela blanca, y con el brazo desfigurado por una especie de tentáculo de pulpo (la cesta); unos cuantos mozos, digo, colocados frente a una enorme pared lisa y embadurnada de indefinible color, y lanzando contra ella, por espacio de cuatro mortales horas, una

pelota de lana… ¿puede calificarse de *espectáculo* sino por quien tenga los sentidos muertos y dormidas la fantasía y la razón?

En los toros hay la animación, la alegría, los vivos colores, la emoción de la lucha, la gracia de las actitudes, la agilidad y donosura del trasteo, y ese no sé qué indefinible que es el espíritu nacional.

En los circos, la belleza de las gimnastas y acróbatas, sus lindos trajes, la humorística extravagancia y originales vestimentas de los *clowns,* la gallardía y destreza de los caballos, el arrojo sorprendente de los equilibristas, el chiste de las pantomimas, la variedad del espectáculo.

No necesito encarecer lo bueno de otras distracciones, ni ponderar las delicias de la ópera, la emoción del drama, y el sano y apacible deleite de la comedia.

Nada de todo esto veo en el frontón. —Gimnasia… higiénica… convenido; sólo que, mientras los pelotaris lo hacen con los músculos, el espectador no lo hace más que con la vista.

Recuérdame esto la anécdota de aquel pastelero que vio a un pobrete olfateando con golosina los pasteles recién salidos del horno, y le reclamó el importe del olor.

"Es justo: ahí va", contestó el hambriento restregándole por la nariz al pastelero una moneda, que después se guardó otra vez en la bolsa.

Fondas y posadas

Madrid, 14 de junio de 1892[444]

Sr. Director de Las Provincias.

Ojalá no se realicen los vaticinios pesimistas de los que creen que el Centenario, en cuanto a fiestas, va a salir muy mal, de remate, y que España, en esta crítica ocasión, lo mismo que en otras no menos críticas, quedará tan deslucida como suele quedar todo el que no tiene dinero, ni criados, ni morada grande y suntuosa, y se empeña en convidar, regodear y obsequiar a los amigos. Si Cataluña, y en especial Barcelona, se encargasen de festejar el descubrimiento de América, creo que saldríamos airosos del compromiso.

Barcelona no se parece a Madrid *ni miaja*, y lo digo en son de elogio para la ciudad condal.

Barcelona es un emperio *[sic]*, nuestra Florencia, con horizontes de superior cultura y progreso urbano.

El que reside en Madrid, el que tiene ya formado su círculo de amigos, organizada su casa, acomodado su vivir, lo pasa bastante bien en la *ciudad de la muerte*, y olvida la insuficiencia de la higiene, la deficiencia de los servicios públicos, lo mezquino y atrasado de la capital, en infinidad de aspectos y relaciones; pero sobre el forastero pesan como plomo esas deficiencias y ese atraso; sobre todo, tiene que abrumarle el estado primitivo de las fondas y posadas.

Si algún día se verifica el advenimiento de la razón y del sentido común en esto de las fondas, la afición a los viajes aumentará un cincuenta por ciento, y como es natural, saldrán gananciosos los fondistas futuros.

Entiendo yo por advenimiento de la razón una reforma y cambio total en el mobiliario, y alimentación y servicio de las fondas.

Prescindo de la necesidad urgentísima e indispensable de que sólo se destinen a fondas casas construidas *ad hoc*, donde la traza de las habitaciones y la distribución de pasillos, escaleras y cámaras indispensables resguarde, como es debido, el decoro, el sueño y el pudor de viajeros y viajeras.

Indico solamente la necesaria reforma del mobiliario y de la comida.

Del mobiliario y decoración debe suprimirse radicalmente mucha parte, en beneficio y acrecentamiento de la otra.

Suprímanse, sin vacilar, los espejos grandes con marco aparatoso, los floreros (de flores de trapo), los relojes de sobremesa (que no rigen), el papel pintado (nido de gérmenes y microbios), los cuadros, ridículos y antiestéticos siempre, las camas doradas, las colgaduras de seda, y otros excesos de falso lujo moderno, que son, hablando en plata, una ridiculez. Las fondas deben tener todas las paredes o estucadas o encaladas, contentarse con un espejo, bien colocado y en el que las personas puedan verse para aliñarse; no usar más cortinas que de terliz o percal, *muy lavadas y planchaditas;* ni más reloj que uno *puesto en hora*, en la antesala de cada piso; ni más cuadros que un calendario americano en cada habitación, un plano de la ciudad y un estado de las horas de llegada y salida de los trenes.

¿Hay cosa más risible que contemplar a la cabecera de la cama a Peral o a Colón, admirar la chimenea adornada con rosas de terciopelo y begonias de hule, y carecer de butaca donde sentarse o de bañadera donde proceder a las indispensables operaciones del aseo?

Cuando los fondistas comprendan sus intereses y procuren que el "salir de casa" no se convierta en "cruz", cuando den a cada viajero mucha agua, muchas perchas para colgar la ropa, un armario que no se abra solo, un recado de escribir que sirva para el caso, toallas a discreción, frescura y limpieza, se acreditarán los viajes y la gente los mirará con menor horror.

¡Ah! Y además… denles también comida sana y abundante, pero sin remilgos franceses. Muy buena es la cocina transpirenaica… de los Pirineos para allá. Aquí las setas parecen recortes de suela, las trufas chispitas de carbón, y la *sauce rousse*… una porquería insulsa. Mauricio Barrés, que acaba de pasar por España como un meteoro, se deshace en elogios del jamón de Trevélez. Claro; para comer magras de Estrasburgo o de York (falsificadas) nadie se toma la molestia de venir *tras los montes*.

Madrid, 22 de junio de 1892[445]

Sr. Director de Las Provincias.

Es sorprendente cómo apasiona y encrespa los ánimos la batalla colombina que tiene por palestra el Ateneo, la prensa y los libros.

Ayer asistí a la última conferencia sobre este debatido asunto; la del Sr. Sánchez Moguel, resumen de las anteriores.

No se notaba la dispersión veraniega en aquel Centro: los socios fueron muchos, las damas no pocas, la atención sostenida, la conferencia elocuente, nutrida y torneada, sin desmentir la curiosa observación, aplicable a todas las demás de esta serie: que un mismo suceso, como es el descubrimiento de América, puede verlo cada conferenciante *desde su individualidad intelectual*, sin dejar de verlo bien y de aportar a su examen y conocimiento datos nuevos y dignos de nota.

A mí se me acusó de aplicar los méritos del descubrimiento a los franciscanos en general, y en particular a un filósofo español.

Si en efecto hubiese yo pecado de parcial (en conciencia no lo creo), tendría para disculparme el ejemplo de Oliveira Martins, que recabó la gloria para los nautos portugueses; de Cesáreo Fernández Duro, que la pide para nuestros marinos; del doctor Alejandro San Martín, que trajo un rayito de ella a fulgurar sobre la cabeza del "físico" de Palos de Moguer; de Vidart, que la considera prez de España y de los Reyes Católicos; y por último, del mismo Sánchez Moguel, que tanto insistió sobre la parte que corresponde a los mareantes andaluces, y especialmente a los sevillanos, en la magna empresa.

De estos variadísimos criterios, deduzco que en la historia, como en la vida, "todo es verdad y todo es mentira".

Los hechos parecen camaleones: en cada inteligencia toman color diferente: según el autor en que leamos su vida; María Estuardo es una santa o una parricida; Lucrecia Borgia un monstruo o una dama infeliz dominada por su padre y hermanos; Catalina de Médicis una excelente señora o una fiera cebada en la matanza; D. Pedro de Castilla, el *Justiciero* o el *Cruel;* D. Fernando de Aragón, el *Prudente* o el *Falso*.

No por eso nos dejamos llevar del escepticismo, y menos de la inclinación a no estudiar, por creer que los libros nada enseñan.

Al contrario.

Enseñan lo mejor, lo más precioso: el arte de ver la historia en *nosotros mismos* para deleite de nuestro espíritu y afirmación de nuestra personalidad.

Los adivinadores Kreps
y su hija

Madrid, 28 de junio de 1892[446]

Sr. Director de Las Provincias

Lo confieso: nada me divierte tanto como escuchar los comentarios del público que asiste a cierta clase de espectáculos.

El asombro de los unos; las pretensiones de profundidad y sibilíticas palabras de los otros, que aparentan estar en el secreto; el escepticismo de aquel que tapa con el brazo el año de la moneda, para que no lo pueda ver la muchacha que está en el escenario con la cabeza metida en un saco; la argucia de otro que, en las formas de lenguaje empleadas por el padre, quiere encontrar la clave de las adivinaciones de la hija, son en extremo detalles graciosos, y prueban dos cosas, que esencialmente son una misma: la repugnancia a admitir la explicación natural de los hechos, y la inclinación a lo maravilloso que domina en las multitudes.

Habrá entre los espectadores de Mr. Kreps quien le crea brujo; habrá muchos que le tengan por habilísimo escamoteador y prestiloquio que, con un casillero de palabras, se lo sugiere todo, hasta lo más variado e inesperado, a una niña que le escucha desde la escena; pero bien pocos serán los que en las experiencias de Mr. Kreps vean tan sólo lo que realmente hay: la hábil explotación de fenómenos naturales, un juego parecido al de hacer danzar monigotes de médula de saúco, por medio de la electricidad que desarrolla el frote.

En mi concepto, la adivinadora (pues el padre nada adivina) es pura y simplemente uno de los muchísimos casos y formas de eso que se conoce ya en los anales científicos por *hipnotismo* y *alteración de la personalidad*.

Una muchacha de unos veinte o veinticinco años, pálida, delgada, con el pelo corto, los ojos expresivos, fosforescentes y como ansiosos, que delatan a las neuróticas, sale a la escena, déjase vendar, se sienta en una silla, y espera.

Su padre, alto, de macilento color, barba y pelo de un rubio indefinible, tipo severo, de retrato de la casa de Austria, y más enigmático en su fisonomía por el ojo tuerto, de párpado caído y cerrado siempre, como símbolo de misterio que todavía envuelve y quizás envolverá eternamente estos problemas de la psicología fisiológica, baja la rampa y recorre el teatro pidiendo a los espectadores que le enseñen un objeto cualquiera de los que llevan en el bolsillo; la muchacha, desde el escenario, dice, sin titubear, con automática precisión, el año de la moneda o su leyenda, el color de la corbata, el dibujo de la fosforera, la clase de la tela… etc., etc.

Un murmullo de sorpresa corre entre los espectadores.

Sin embargo, muchos se cuchichean al oído: "Es una clave. La respuesta va en la pregunta, en el tono de la voz".

Como si hubiese previsto la objeción, el padre cubre con un saco negro la cabeza de su hija, y la entrega una pizarra, llevándose otra, que ofrece a un espectador para que apunte en ella las cifras que guste.

El espectador, con la pizarra vuelta hacia sí, traza guarismos; la muchacha, en el escenario, los traza también; vuélvense las dos pizarras, las cantidades son las mismas.

Y entonces, el público, vencido, rompe en aplausos.

Yo jamás había pensado en clave.

Los experimentos de Kreps, aunque curiosos, son tortas y pan pintado para lo que nos refieren el doctor Cullere en *Magnetismo e hiptonismo;* Bourru y Burot en *La sugestión mental y la acción a distancia* y en *Las variaciones de la personalidad;* el doctor Azaen en *Hipnotismo y doble conciencia;* Beaunis en *El sonambulismo provocado* y la *Evolución del sistema nervioso;* Charcot en varias monografías, fruto de sus experimentos en la *Salpietriere;* y cien y cien médicos más que se han dedicado a estudiar los fenómenos hipnóticos durante la vigilia y el sueño…

Estos últimos son los más extraños y los que a mayor confusión mueven el espíritu, y por eso digo que lo de Mr. Kreps es flor de cantueso, porque el padre, temeroso, sin duda, de fatigar a la interesante señorita, *no la duerme*.

Trátase —lo repito— de una transmisión a distancia del conocimiento; y yo apostaría ahora lo que no tengo, a que sería imposible, *físicamente imposible*, el que la señorita Kreps dijese el nombre de ningún objeto, si su padre no ve antes ese objeto y no lo envía a través del aire que nos envuelve, la especie sensible en misteriosa proyección, para que la hija la deje caer de sus labios.

He dicho la *especie sensible*, porque si se tratase de una idea compleja, de un raciocinio, creo también que puedo negar la posibilidad del experimento.

Que un espectador emita un juicio, y se lo comunique a Mr. Kreps: ¿a que esto no se lo transmite a su hija?

Y no es porque haya clave.

Es porque sólo lo concreto, lo que no exige combinación intelectual, puede transmitirse a distancia.

Por la misma razón, el hipnotizador puede ordenar al sugeto *[sic]* que *dispare un revólver*, y no puede ordenarle que *pinte un cuadro*, ni que *escriba un poema*.

El asunto es peliagudo y requeriría mucha prosa; y como no se trata de eso aquí, me limito a insistir en que lo de los adivinadores *no tiene clave*: es hipnotismo a secas… y del más elemental.

¿Guerra?

Madrid, 7 de julio de 1892[447]

Sr. Director de Las Provincias.

Los rumores que corren estos días, y que dan por segura la necesidad de resolver, en plazo muy breve, el tremendo problema económico del pie de guerra en Italia, Alemania, Francia y Rusia, son en este momento lo que más interesa, lo que suspende y embarga el ánimo, pendiente de las probabilidades de un suceso que modificaría profundamente el mapa de Europa.

¡Guerra! Es decir: o la disolución de la Confederación Germánica y la dinastía de Hohenzollern reducida otra vez al trono de Prusia, sin ninguno de los Estados con que enriquecieron su corona a modo de espléndidos florones; la anexión y la victoria, o Francia aniquilada, despojada de Saboya, Niza y Marsella, sin el dominio colonial de Argelia, y la obra titánica, pero prematura, del capitán del siglo, desbaratada por la obra tradicional, lenta y firme de los Hohenzollern…

Las naciones ven que no pueden seguir así. Toda la sangre de sus venas, los frutos de la Agricultura y la Industria, la enorme labor de panal de la instrucción pública, el esfuerzo perseverante de la política interior, lo devoran esos aprestos prodigiosos, esas selvas de cañones, esos ingentes montículos de balas, ese derroche de máquinas mortíferas de hierro y acero, y ese lujo de máquinas vivas, soldados prontos a reunirse en compacta masa y a marchar resueltamente hacia la muerte.

"Italia se arruina si continúa así", dice el rey Humberto.

Yo había pensado que tenía que arruinarse una nación donde el casco de un general, nada más que el *casco*, imponente y deson-

deante cimera como el de Aquiles, cuesta la friolera de setenta u ochenta duros.

La guerra será una solución, horrenda solución para los padres que tengan hijos en el ejército; pero en estos casos angustiosos de conflicto nacional, el bien general atropella desdeñosamente al interés privado.

La guerra o la bancarrota…

No hay que dudarlo: mejor cien veces la guerra.

Durará tal vez quince días, y asegurará cien años de próspera paz.

Hace veinte que Europa, armada hasta los dientes, espera presa de la zozobra característica de la víspera de un duelo. Ganará mucho resolviendo el enigma de una vez.

¿Y nosotros? ¡Ah! Nosotros, los calaveras retirados, los aventureros incorregibles de los siglos XVI y XVII, recordemos lo que se cuenta de cierto galleguito.

Iba éste caminando a pie descalzo, rendido de fatiga:

Pasó un caritativo carretero, y al ver sangrar los pies del galleguito, ofreciole asiento en el carro. Subió mi paisano, acomodose a gusto y volviéndose a su bienhechor, preguntó con socarronería:

"¿Y cuánto voy ganando?".

Madrid, 14 de julio de 1892[448]

Sr. Director de Las Provincias.

Los temores de guerra prestan duplicado a la aparición de la última novela del más discutido, insultado, comprado y célebre de los autores franceses, vivos.

No sé cuántos ejemplares se habrán despachado a estas horas de *La Débâcle*: sé que el mío, uno de los primeros en asomarse por Madrid, lleva al frente esta cifra (para que rabiemos de envidia los míseros escritores españoles): "Soixante –huitième mille" *[sic]*.

¡Sesenta y ocho mil!

A estas horas, de fijo que no paran en cien o en ciento diez mil los ejemplares de ese libro, que inundan ambos hemisferios.

¿Qué narra Zola en él?

No sólo las desdichas de su patria, sino las causas y orígenes de esas desdichas.

El libro es como un espejo, donde deben mirarse las naciones y aprender.

El ejército francés aparece allí, desde las primeras páginas, a manera de rebaño destinado al sacrificio: falta de víveres y de leña, marchas y contramarchas estériles y mortalmente fatigosas, motivadas por la ignorancia geográfica y topográfica de los jefes; jornadas y más jornadas sin disparar un tiro, sin ver al enemigo siquiera; un material de guerra atrasado; un ejército, en suma, desmoralizado y vencido antes de combatir, rota la disciplina, perdida la fuerza moral, arraigada en todos los espíritus la amarga convicción de que

van a dejar la piel por lujo de dejarla, de que la hecatombe será inútil…

Al estado moral del ejército corresponde el de la nación: los aldeanos, negándole al soldado hasta un vaso de agua; los ricos fabricantes, respirando de gozo al saber la capitulación de Sedán; y las clases ilustradas, los radicales políticos, recordando aquel dicho popular de Roma: "Lo que no hicieron los bárbaros, lo hicieron los Barbarini" *[sic]*, y entregando a las llamas los monumentos salvados del prusiano bombardeo…

Si los pueblos aprenden, mucho tiene que aprender el pueblo francés en el libro de Zola.

En él se demuestra una verdad, que no ignoran los fuertes de espíritu, pero que los débiles olvidan fácilmente, las naciones, como los individuos, se labran su propio destino, y jamás deben acusar a la suerte, sino a sus yerros.

¿Tomarán la lección nuestros vecinos?

¿Sabrán admitirla por benéfica, o la rechazarán por lo que escuece?

Es opinión general que los franceses, desde hace veinte años, convencidos de sus pasados errores, se preparan en silencio, y esperan con el dedo en el gatillo.

Cuando llegue la hora, se verán los frutos de la terrible lección.

Hay quien piensa que, actualmente, Francia está en situación de llevar la mejor parte.

¿Cuándo nos dirá su secreto la esfinge guerrera?

De todas suertes, conste que Zola vota por la paz… y que veinte años son poco para rehacer, no la artillería, ni la administración militar, sino el alma de un pueblo.

Viajes

Madrid, 21 de julio de 1892[449]

Sr. Director de Las Provincias.

¿Los hay en España? Yo creo que no; que no puede llamarse viajar a este trasiego de Madrid a San Sebastián y de San Sebastián a Madrid.

Aquí miramos el viaje desde dos puntos de vista solamente: el que podemos llamar *penal* o de *fatalidad* (viajes indispensables y aborrecibles, verdadera cruz para las familias, traslación de empleados o militares; telegramas que avisan que están enfermos de muerte el padre o el hijo o la esposa; plieto *[sic],* cesantía; etc.), y el punto de vista fasionable o elegante: me voy porque se van las de V, las de Z y las de R P L, y porque en Madrid no quedan ya más que los conductores del tranvía.

El tercer punto de vista, el del viaje *por el viaje,* tan admitido y difundido en otras naciones, verbigracia, en Inglaterra, nos es desconocido.

Viajar por vocación se considera aquí indicio de extravagancia; algo que se acerca a manía. Y es porque, en concepto del español, todo viaje representa una suma de padecimientos y de gastos muy superior a los goces que puede reportar.

Hablando en general, yo creo que no van descaminados los que tal presuponen. Para disfrutar viajando se necesita poseer una fuerte educación, o colectiva, como la del pueblo inglés, o individual: una cultura que comprenda nociones completas de historia, de arqueología, de crítica artística; otra cultura, que dicte la urbanidad más exquisita, unida a la reserva más grave en el trato con las gentes a quienes forzosamente se encuentra y habla el viajero; la firmeza

mayor para hacer valer su derecho, y la rectitud más desinteresada para respetar el ajeno; la precaución más cauta en los ajustes, y la oportuna generosidad en las gratificaciones; el valor para arrostrar los peligros, y la prudencia para sortearlos, y, por último (no me cansaré de recordar esto a mis compatriotas), la *locuacidad* para averiguar lo que conviene saber y el mutismo ante todo lo que sea murmuración, impertinente curiosidad, conato de investigar lo que a nadie importa.

El español tiene la graciosa costumbre de intimar con los compañeros de viaje; de abrirles el corazón; de hablar en las mesas de las fondas como si estuviesen en su casa, y disputar rabiosamente con gentes a quienes no conoce ni ha visto nunca, y cuya opinión, por lo tanto, debiera importarle tres cominos.

En cierta mesa redonda ocurrió, no ha mucho, un curioso incidente.

Sentábase en ella una dama a quien, mientras estuvo presente, colmaron de exageradas atenciones dos o tres caballeros (uno de ellos ocupaba puesto oficial). Despidiose la dama a los postres y se retiró a su habitación, y los… ¿caballeros? Quedaron de sobremesa y entre chupada y chupada de cigarro, poniendo a la antes obsequiada señora como digan dueñas.

Hallábase presente un inglés que, aunque trataba a la señora lo mismo que la trataban sus despellejadores, se había contentado con dirigirle una rígida inclinación de cabeza al verla entrar. No obstante, al oír a los maldicientes, dio el inglés señales de impaciencia, y acabó por advertirles que aquella conversación le parecía muy inconveniente.

Como el más calumniador de todos (el del puesto oficial) replicase con desabrimiento, el inglés se levantó; de un revés de su ancha manaza arrojó al individuo contra la pared y, sin descomponerse ni apresurarse, salió del comedor a largas zancajadas… ¿Ustedes creerán que por eso se corrigieron ni aquél ni los demás indiscretos que en viaje hablan como en el gabinete de su propia casa, y aún peor, si a mano viene? ¡Quiá! Manos había de tener el inglés que los abofetease a todos.

¿Agridulces?

Madrid, 2 de agosto de 1892[450]

Sr. Director de Las Provincias.

He leído el último libro de Antonio Valbuena, y encuentro en él una afirmación sumamente original y donosa: la de que yo ansío complacer a la Academia Española de la calle de Valverde.

Un aficionado a contrastes colocaría, bajo un mismo marco, esta afirmación del antiacadémico jurado, y otra de algunos académicos, que me creyeron ninfa Egeria de un tomo de *Ripios*, donde se les pone como hoja de perejil.

Así, con estas chismografías, se escribe la historia literaria futura. Por eso me siento penetrada de un escepticismo glacial, en lo que respecta a no pocas investigaciones eruditas. ¿Quién duda que si hoy encontrásemos en un libro del siglo xvii una aseveración semejante a la de Valbuena en *Agridulces*, daríamos por averiguada que era una verdad como un puño, y la intercalaríamos sin recelo entre los datos biográficos del escritor de entonces a quien correspondiese?

Refiere el héroe de Swift, Gulliver, que cuando visitó la isla de *Glubbdubbrid* —para alivio de la laringe dígase isla de los *Hechiceros o mágicos*—, en el palacio del gobernador fue servido por espectros, y pudo celebrar una *interview* con las sombras de los personajes históricos, preguntándoles a su saber, con la evidencia de que no le engañarían, pues a los muertos les es ocioso mentir.

Los muertos, en efecto, respondieron con amable franqueza y lisura, y entonces Gulliver vio claramente el reverso de la historia, el por qué los historiadores transforman al guerrero, flojo y cobarde, en esforzado capitán; al necio insensato, en profundo político;

al adulador, en varón integérrimo; al desenfrenado, en casto, y al delator, en leal amigo.

Quizá lo que se entiende por historia no existe, es un ente de razón, pues, o que no podemos saber a ciencia cierta lo que pasó ayer en nuestra casa, averiguar, por ejemplo, quién ha roto un plato o una fuente.

No aplico estas consideraciones, claro está, al párrafo en que Valbuena se refiere a mí, y me sueña dedicada a congraciarme con la veneranda pelucona, autora del *Diccionario*.

El caso es de tan poca importancia, que sólo porque siempre nos importa lo que a nuestra persona atañe, lo saco aquí a relucir.

Y puesto que ha salido a plaza, me parece justo, ¡oh! lector amigo, que sepas la verdad de tan delicada, mínima y sutil cuestión.

Los *Ripios* no se los inspiró nadie a su cáustico y castizo autor: él se basta y se sobra para *ripiar* al lucero del alba, que venga con una torta en la mano.

Y por lo que hace a mis propósitos de congraciarme con la Academia, di siempre, lector, que es jarabe de pico.

Yo sólo aspiro con afán, con empeño continuo, a captarme la benevolencia de una sola persona… ¿De quién? ¡Oh, lector pío y cuán poco sagaz te hizo Dios! ¿Así las gastas? ¿Será cosa de que no me ahorres el rubor de decírtelo?

La única benevolencia a que aspiro, bien sabes, hipocritón, que es la tuya.

La educación del valor

Madrid, 13 de agosto de 1892[451]

Sr. Director de Las Provincias.

Se ha hablado mucho últimamente de un libro de Mosso, publicado en español y titulado *El Miedo*, y su aparición me hizo pensar una vez más en lo poco adelantada que está la ciencia psicológica, puesto que desconoce casi del todo las causas y orígenes de dos fenómenos igualmente dignos de estudio: el *miedo* y el *valor*.

Ambos son multiformes y ambos se presentan en la vida de un modo tan vario e irregular, que su conocimiento científico requiere series de experiencias.

Tal será cobarde de noche, que de día se las apueste con el Cid: tal arrostrará sin pestañear graves peligros de la guerra o en la navegación, que no se atreva por miedo al dolor a meter la mano en una caldera de plomo derretido, como dicen que la metió el príncipe de Gales, porque sabía que a ciertos grados de temperatura el plomo derretido no quema.

Lo que sí juzgo indudable es que la generación actual más se educa para el miedo que para el valor. Lo digo porque a los niños se les cría entre algodones, cultivándoles la sensibilidad, que es la mayor enemiga de la fortaleza. El mimo, la dulzura, el halago, la supresión completa de los castigos corporales, afeminan desde la cuna a los muchachos. Nuestra inclinación es a envolverles en holandas finas, cuando tal vez valdría más acostarles sobre jerga y habituarlos al bodrio espartiata y al ejercicio incesante del vigor físico.

Una escuela de gimnasia existía en Madrid, y las economías que por males de nuestros pecados también cogieron por banda al ministerio de Fomento —cuyo presupuesto más bien debería aumentarse

que disminuirse, porque es el ministerio de la cultura— acabaron con la escuela de gimnasia. Dicen algunos inteligentes que para tener la escuela montada sin la amplitud y grandiosidad que requiere institución tan útil para la república, es preferible que se haya suprimido. Yo no opino así, porque al fin y al cabo, más vale algo que nada.

Hoy la gimnasia llamada *juguetona*, la gimnasia divertida y alegre, es en muchas naciones adelantadísimas un ramo de la pedagogía científica, y los profesores belgas no desdeñan de enseñar a sus alumnos ejercicios corporales. No están ciertamente obligados a enseñar a la vez literatura y movimientos; pero muchos enseñan, por gusto y voluntad, ambas cosas; si no quieren simultanear, el gobierno envía un maestro especial de gimnasia, o para decirlo claro, un *maestro de jugar*. Y así como aquí tenemos lugar señalado para las maniobras militares, en Alemania hay *jugaderos públicos*, grandes emplazamientos destinados a los ejercicios escolares, donde la niñez fortifica sus músculos, órganos de la voluntad, en cuyo temple —el de la voluntad digo— se funda el valor, virtud tan alta, que no en balde los romanos le alzaron templos.

Desde Mondariz

Madrid, 2 de septiembre de 1892[452]

Sr. Director de Las Provincias.

La vida balnearia tiene sus ventajas y sus inconvenientes, como todas las cosas del pícaro mundo.

Entre las ventajas hay que contar, en primer término, la interrupción de ocupaciones acostumbradas, rompiendo la monotonía de quehaceres que bajan y suben rítmicamente a guisa de cangilones de noria, y que acaban por engendrar tedio y hastío.

Entre los inconvenientes, descuella la uniformidad de esta otra vida nueva, en que todos los días se hace lo mismo, y en que se llega a desear como una bendición de Dios lo inesperado.

La consideración de esta vida me trae siempre a la memoria la anécdota de aquel parisiense que, convidado a pasar unos días en el campo, en casa de unos amigos, fue despertado por éstos al amanecer, con grandes voces y mucha priesa.

—¿Qué ocurre? —exclamó, incorporándose sobresaltado en la cama.

—Que si no se levanta V. inmediatamente no lo ve —contestaron.

—Pero ¿qué es lo que no veo?

—La gabarra del carbón que baja a Rouen.

Para los confinados en la aldea, es un acontecimiento ver pasar la gabarra del carbón.

Sin que ni por asomo se me ocurra asimilar lo uno a lo otro —y cualquiera comprenda que no hay la menor analogía— diré que aquí también tenemos en perspectiva nuestro acontecimiento: la venida de Sagasta.

¿Se detendrá aquí el jefe del partido liberal? ¿Vendrá a corroborar con las virtudes de esta agua los efectos de las de Borines? ¿Se nos preparan unas horas de estruendo y bullicio, con fuegos artificiales, bombas de palenque, músicas de Vigo y Ponteareas, arcos de follaje y comisiones de señoritas portadoras de ramilletes con letreros?

No sabemos nada, pero lo tememos todo, como lo temerá el Sr. Sagasta, que debe de tener la cabeza hecha una olla de grillos estos días.

He llegado a suponer que recibir al Sr. Sagasta con cortesía y agrado, sin cohetes, luminarias ni comisiones, constituiría ya para él la más grata sorpresa y el alivio más apetecible.

Si el dueño de estos baños, adicto admirador de Sagasta, nos lo trae a pasar aquí un día *de incógnito*, será una nota original en el viaje y un gracioso imprevisto para los bañistas.

Hace cuatrocientos
años…

Madrid, 12 de octubre de 1892[453]

Sr. Director de Las Provincias.

Sí: no hay en la historia fecha más solemne a no ser la del nacimiento del hijo de la Nazarena María en el establo de Belén, y no hay momento más hermoso para el hombre que aquel en que Cristóbal Colón pisó tierra, el viernes 12 de octubre de 1892.

Si al pisarla tuviese plena conciencia de la índole y magnitud del descubrimiento, acaso entonces Colón no realiza ninguno más: no pasa de allí; no hay fuerzas humanas que puedan resistir tanto gozo: Colón espira *[sic]* sobre la virgen arena de la primera playa americana.

Nadie ignora que Colón no tenía idea de encontrar continentes nuevos, ni archipiélagos de islas que perteneciesen al sistema de nuevas regiones desconocidas. No es que navegase sin rumbo: al contrario, llevaba muy bien calculado su derrotero; y si por casualidad lo desvía un poco más al Oeste, en vez de tocar en Guanajaní, iría a encontrar, según sus cálculos, fundados en las narraciones de Marco Polo, el Japón, la fantástica *Cipango;* o inclinándose más al Sudoeste, las islas Filipinas, o, ¿quién sabe, si el gran continente oceánico, la bella Australia?

Era de todas suertes el viaje osado, generoso, y en las velas de las embarcaciones españolas temblaba, con palpitación de alas de seres divinos, el inmenso porvenir.

Colón, buscando las regiones más viejas del mundo, aquellas donde se meció la cuna de la humanidad y flotó el arca del diluvio y descendieron los arcanos portadores de la civilización, encontró las más nuevas, aquellas donde se había estacionado la edad de piedra,

y donde, en las naciones más cultas, se vivía aún como vivirían los griegos del período fabuloso y heroico, mal curados aún de la afición a los asados de carne humana. Iba en pos, el genovés aventurero, de una decrepitud fastuosa, engolosinado por la leyenda del inconcebible lujo asiático, y encontró una juventud fresca y tímida, unas cabañas de ramaje, unos pueblos sencillos y desnudos, que, como nuestros primeros padres en el Edén, no se avergonzaban de su desnudez candorosa; y en lugar del Catay, cercado de murallas seculares, de la aurífera Manchuria, que cubrió de cicatrices la codicia del hombre, una naturaleza intacta, en capullo, que se entreabría brindando a los descubridores todos los puros aromas de su seno.

Novedad curiosa

Madrid, 24 de octubre de 1892[454]

Sr. Director de Las Provincias.

Lo son, a mi ver, los debates de la sección quinta del Congreso pedagógico que estos días se celebra en Madrid, con gran concurrencia de sabios y profesores americanos, portugueses y españoles.

Esta sección quinta se consagra a la enseñanza de la mujer, y en sus discusiones toman parte activísima las mujeres.

Vestidas con sencilla modestia, y algunas con refinada elegancia; la actitud tan distante del encogimiento como del desparpajo insolente —hablo en general, claro está, y me refiero a la inmensa mayoría—, señoras y señoritas han subido a la tribuna, ya a leer Memorias, ya a perorar, ya a rectificar, demostrando una facilidad de palabra y una lucidez de comprensión, que habrá sorprendido a los que no estuviesen tan convencidos como lo estoy yo de que la mujer, menos *habladora* que el hombre, es tan *oradora* como él.

No piensa así la generalidad, pero no lo dudarán los concurrentes al Congreso pedagógico.

Entre los discursos que han causado más favorable y grata impresión en el auditorio, merece citarse el de doña Berta Wilhelm de Dávila, señora granadina, de dulce y simpática figura, compostura singular, voz clara y notable discreción en todo cuanto dice y siente.

Aboga la señora Dávila en pro de la aptitud profesional de la mujer, citando numerosos ejemplos de damas dedicadas a las profesiones liberales en los países más cultos de Europa y América. Prolongados aplausos saludaron el final de su Memoria.

Como se levantase a objetarla un congresista, la señora de Dávila le escuchó serenamente, y sin perder el compás de su reposada actitud, le rebatió con argumentos que arrancaron nuevas demostraciones de aprobación del concurso.

¿Tengo razón al decir que es novedad curiosa?

Hasta el día, la mujer sólo peroraba en los desgreñados *meetings* políticos, compitiendo quizás en fogoso arrebato con los hombres. Hoy alterna en una Asamblea científica, seria, grave, de altísima importancia, como lo es todo cuanto se refiere a la pedagogía, esa clave de bóveda de la civilización, esa gran mártir de nuestra administración desastrosa, que anda como Belisario, pidiendo el óbolo de la compasión popular.

El hecho es nuevo, hermoso, digno de toda atención. Quizás por eso los diarios de la corte no han concedido a los debates del Congreso pedagógico ni la cuarta parte del espacio que otorgan a los lances de la cancha o al estreno de cualquier sainetillo muerto al nacer.

El hada electricidad

Madrid, 25 de octubre de 1892[455]

Sr. Director de Las Provincias.

Las hojas caen y forman suave tapiz amarillento a nuestros pies, sobre la blanca arena de las calles del Parque. En la fuente ya no hay grupos: algún agüista desperdigado recoge su vaso, a cuyas paredes se adhirieron las sales medicinales, y lo sepulta en el bolsillo del paletó, como diciendo: "hasta otro año, si Dios quiere".

Yo también cojo los últimos miosotis en el arroyo del camino; apago la sed con el último sorbo de agua gaseosa, picante, fresca, que deja en el paladar como un ligero gusto a tinta, arrimo a la pared el *alpenstock* y echo la llave al baúl que guarda los claros y sencillos trajes de la estación balnearia.

En las postrimerías de la temporada nos visitó en Mondariz… ¿sabéis quién? ¿No os acordáis de aquel hombre por el cual tuvo España un acceso de epilepsia de entusiasmo; aquel por el cual salió de su casa y se echó a las calles ebria de gozo, mal ceñido el manto rojo y gualda, ronca la voz de tanto vitorear, desolladas las manos de tanto aplaudir; aquel a quien las Cámaras enviaban mensajes que eran un himno, y a quien la prensa tejía un dosel con las flores arrojadas a su paso por el delirante pueblo; aquel, en suma, que hubo de nombrar delegado para recibir abrazos, porque ya le dolían los hombros, y necesitaba, como el Santo Apóstol de Compostela, maciza esclavina de plata que le defendiese de las demostraciones de sus devotos…? ¿Vais recordando? El mismo, sí; Peral, más cubierto hoy por las densas capas de agua del olvido que por las del mar cuando bajó a su fondo metido en el cilindro de acero…

Peral no vino a Mondariz a beber el agua, como la había bebido en la época de esplendor del invento.

Era su propósito medir la fuerza del salto del río Tea, para instalar la luz eléctrica en el balneario.

Por gusto de ver medir un río, subí al monte con los expedicionarios, y caminamos obra de un kilómetro entre carrascas, pinchadoras aliagas, retamas y pinos.

De pronto, la montaña pareció aplanarse, y allá muy hondo divisamos el Tea, que se rompía mansamente contra negros pedruscos.

Instaló Peral los instrumentos y comenzó la operación de arrojar flotadores a la corriente, para determinar su velocidad.

Entre tanto, yo me refugiaba en el molino, donde una gallarda moza aldeana, de morena tez y zarcillos de coral, aguardaba a recoger el saco henchido de harina de maíz.

Entonces me entretuve en figurarme cómo serían el río, las fragosidades de la orilla, el salto de agua, los pinos de tronco de bronce, a la claridad de una luna muy grande, muy refulgente, que casi quiere ser sol, pues así parece la luz eléctrica.

Porque la electricidad podrá ser cosa muy buena y muy útil; traerá un nuevo elemento civilizador a este país, ya tan mejorado y tan impulsado por la actividad emprendedora del dueño de las fuentes medicinales; pero, con todo, yo no le perdonaría al hada de *Excelsior* que no trajese a la vez un nuevo elemento de belleza.

Los reyes de Portugal

Madrid, 3 de noviembre de 1892[456]

Sr. Director de Las Provincias.

Siempre he mirado con simpatía a la pequeña nación portuguesa. Creo que tiene muchos de nuestros defectos nacionales, pero compensados por un espíritu de dulzura, cortesía y benignidad en el trato, y por cierta inteligente estimación del progreso europeo, cualidades que nos faltan totalmente a los españoles.

En proporción a su magnitud, tiene el pueblo portugués mayor número de personalidades realmente ilustres y hombres de seria y profunda cultura que nosotros. Díganlo los célebres historiadores Herculano y Oliveira Martins.

El contingente enviado para asistir a las fiestas del Centenario es de carácter más bien artístico y literario, que científico, y descuellan en él las figuras de Pinheiro Chagas y de Ramallo Ortiguo. Este último es un gran escritor del género de Larra, cáustico, acerbo, donoso, ora serio ora risueño, siempre elegante en la forma y expresión en el rico lenguaje que emplea. Aunque satírico no insulta ni escarnece; aunque republicano, no maltrata la persona de los reyes, aunque nacionalista, no alardea de cinismo ni de irreverencia.

Ni él ni ninguno de los demás portugueses, que en general son republicanos también, ha tenido sino frases de cortesía y respeto al preguntarle yo su opinión sobre la joven pareja que hoy ocupa el trono de Portugal. Es conmovedor y edificante —me decía alguno de ellos— el cariño, la ternura, el afecto que une a los coronados esposos. El rey difunto D. Luis, aunque de excelente carácter en el fondo, no había tenido la suerte de entenderse del todo con la reina Pía, su mujer. ¿Por qué no se entiende un matrimonio? Por razones siempre secretas; por antipatías indefinibles, por improporciones del

alma, por anomalías caprichosas del organismo, por cien mil motivos que el público no alcanza y que le llevan a acusar de mala voluntad al que no es desdichado. Ello es que los anteriores reyes de Portugal no se entendieron, aunque guardasen al exterior el decoro y armonía impuestos por su alto rango.

No sucede así con los actuales. El amor conyugal —ese niño divino que tiene cortadas las alitas, y que en verano como en invierno ofrece una guirnalda fresca de mirto y rosas— ha labrado su nido bajo el regio dosel de los Braganzas. La reina Amelia, cuya gentil hermosura va a admirar muy pronto Madrid, no desmiente la aptitud para la vida doméstica de los Montpensier, que a la vuelta de varias generaciones han conseguido borrar con sus virtudes el ominoso recuerdo de las hijas del Regente.

Festejos vivos

Madrid, 13 de noviembre de 1892[457]

Sr. Director de Las Provincias.

Yo no sé si la monarquía, como la forma poética, está o no está llamada a desaparecer en plazo más o menos remoto: lo que sé es que sin reyes no se conciben estas interrupciones de la normalidad llamadas fiestas nacionales.

Lejos de Madrid la regente, las fiestas se arrastraban lánguidas y anodinas, casi invisibles, contrastando con las magníficas y pintorescas de Huelva y La Rábida.

Ya que escribo estos renglones para mis lectores de provincias, no quiero que se me quede sin ensalzar, como lo merece, el arte que presidió a la construcción de aquellas carrozas onubenses tan originales, tan lindamente alegóricas, y por lo visto tan bien construidas, pues rodaron sin desbaratarse, como se desbarató la madrileña al punto mismo de emprender la marcha.

Lo cierto es que el regreso de la reina regente, y la llegada de los soberanos portugueses, han venido a dar color y vida a esta larga sangría suelta de festejos.

¿Qué digo color y vida?

Los reyes, por sí solos, ya constituyen festejo.

Son festejos vivos, que andan, que se pasean en coche, que saludan, reciben, se inclinan, dicen una palabrita halagüeña, lucen un traje fastuoso y original, y sin necesidad de exprimir más el caletre, se echa a la calle la multitud y se da por entretenida y regocijada a medida del deseo.

Hoy no se habla en Madrid sino del traje encarnado y amarillo de la reina Amelia de Portugal.

El tono severo y sobrio que tiende a dominar en el colorido del vestir de las señoras, quedó por esta vez prescrito, y la elegante dama —elegante supongo que será, a pesar de los colorines— sacrificó sus delicadezas de gusto a la bondadosa intención de lisonjearnos presentándose envuelta en nuestra bandera "roja y gualda".

No es mi ánimo desagradecer a S.M. Fidelísima tan exquisita atención: sólo creo que podía haberse conseguido el mismo resultado, si la joven soberana luciese, sobre un traje de colores más discretos, algún grupo de claveles amarillos y rojos, o algún lazo de cintas.

De todas suertes, conste que estos monarcas vinieron en buena hora a darnos un poco de *montant*, a levantar espuma en el desabrido *Champagne* de las fiestas del Centenario.

La gente, que no obstante su buen deseo, no sabía dónde ir, ya tiene un pretexto para echarse a la calle: ver a los reyes de Portugal.

Hoy se agolpará inmenso gentío para divisarlos en la apertura de las Exposiciones históricas y en la corrida de toros, histórica también.

Los reyes son igualmente históricos, tan históricos como las Exposiciones, por lo menos; pero mantienen despierto el interés y en ocasiones como la presente son insustituibles.

Madrid, 8 de diciembre de 1892[458]

Sr. Director de Las Provincias.

Nadie duda que las Exposiciones son lo mejor que el Centenario ha dado de sí, y el extranjero que, atraído por la fama de los festejos, se vino a Madrid —he de advertir que son poquísimos los que tal hombrada realizaron—, sólo en ellas puede encontrar plena compensación a la molestia y dispendios del viaje.

La pequeña nación portuguesa, tan grande por su pasado, ocupa en la Exposición lugar modesto, pero lucido. Llama, en primer término, la atención lo original y gracioso del decorado de las salas portuguesas. Parece increíble que tal prestigio se pueda sacar de la cuerda. Con calabrote y soga se han realizado primores: portadas gótico-manuelerías, balaustres calados, cresterías airosas, gallardos frisos y arquitectónicas cornisas. Otra ventaja de tan linda y económica decoración: las dos salas portuguesas huelen a gloria, porque a gloria huele para mí —que tanto aborrezco las esencias de perfumerías— la sana y tónica brea de los cordajes, olor de mar, que recuerda las imperecederas empresas navales de los Lusiadas. De trecho en trecho, completa el adorno un soberbio jarrón de Caldas da Rainha, verde oscuro o azul de lápiz-lázuli; envuelto en algas, entre las cuales serpentea la anguila y bullen las tenazas del cangrejo. No es posible armonía mayor que la de esta cerámica, basada exclusivamente en la artística reproducción de mariscos y peces, y el decorado de cables. Completa la silueta de Portugal en las dos salas, la reproducción de las innumerables formas de embarcaciones que aún hoy surcan el Tajo y el Duero.

Pocos estudios serán más curiosos que el de las tales embarcaciones. Las hay con la proa alta y turgente de las carabelas; las hay

sencillas y largas como piraguas; las hay parecidas a góndolas con el misterioso toldo, que protege del sol y de las miradas indiscretas; las hay con cuadrada vela griega, y con picuda, airosísima vela latina, adornadas de menudo y complicado velamen menor, que el viento estremece con palpitación y aleteo de bandada de palomas. Son las tales embarcaciones, por su traza, objetos de arte.

Tablas flamencas de incalculable mérito; platos y *gomiles* repujados y trabajados con prolijidad y riqueza, de labor inconcebible, soberbios libros de miniaturas; telas antiguas, recamadas de oro, completan el envío de Portugal.

Sin embargo, más que las preciosidades del arte europeo, confieso que atrajeron mi atención unas salvajes preseas de los indios de Brasil. Son las máscaras o antifaces que usaban los guerreros para presentar, como suele decirse, *cara fera* o *inímigo*.

El genio de lo grotesco y de lo horrible se ostenta en todo su esplendor. Unas figuran espantoso pajarraco de abiertas alas y afiladas uñas; otras, un monstruo negro, cuya encorvada nariz se introduce en la enorme bocaza.

Y —a título de contraste— al lado de tan feas carátulas, aparece el casco de un guerrero indio, casco elegantísimo, puramente griego en su hechura, digno de Aquiles, el de los veloces pies.

El microbio del crimen

Madrid, 1 de febrero de 1893[459]

Sr. Director de Las Provincias.

Háblase mucho estos días del contagio criminal y de los crímenes por imitación; y los que siempre tienen en los labios la condena de la edad presente y el encomio de un soñado tiempo viejo, en que las gentes eran ángeles, hablan del desquiciamiento de la sociedad y echan la culpa de todo a la civilización, cuando debieran echársela a la barbarie y a la ignorancia, tan potente en los criminales de la calle del Marqués de Urquijo y de la de San José.

La excursión más sencilla, menos pedantesca, por los dominios de la Historia, bastaría para demostrar a esos enamorados del caduco ayer, que casi siempre hubo más crímenes, y crímenes más horrendos que los actuales, y que el sutil contagio, el inficionador microbio del crimen, hizo en otras épocas estragos cruelísimos, no entre la plebe, sino entre clases muy copetudas y educadas *socialmente* (aunque moralmente no se puede decir que lo estaban). Porque hay momentos en que una lepra invade todo el cuerpo social, y una epidemia de asesinatos se difunde por la atmósfera.

En el majestuoso, aparatoso y solemne reinado de Luis XIV, se verificó uno de estos fenómenos.

Voltaire lo historia con suma concisión y lucidez.

¿Quién no ha oído hablar del famosísimo *asunto de los venenos*, que obligó a formar un tribunal especial, llamado *La Cámara ardiente*, para que entendiese en las causas del envenenamiento, magia y sortería?

Fingiendo buscar la piedra filosofal, dos químicos de afición, un italiano y un aventurero francés, hallaron la fórmula de unos polvos, llamados con delicado eufemismo *polvos de herencia*.

La esposa maltratada por el esposo; la hija impaciente por desposarse con hombre que a su padre desagrada; el hermano menor que veía todo el patrimonio, todos los honores, toda la casa solariega en poder del mayorazgo; el sobrino que aguardaba el fallecimiento del avaro tío para gozar del mundo, se procuraban furtivamente, en malditos antros, la pulgarada de polvos, que, echados en el caldo o en el vino, les aseguraba libertad, oro, amor o consideración.

Los confesores se horrorizaban al ver tantas mujeres acusándose de haber empleado con sus maridos el secreto de Exili y La Voisin.

Otra vez Locusta, la envenenadora clásica, reinaba sobre una sociedad corrompida.

A tan negro cuadro añadía la superstición sus horrores.

Las enamoradas abandonadas creían en los filtros, y el espantoso filtro afrodisíaco era la sangre de un niño inocente.

El contagio se esparcía en las más altas esferas: princesas, duquesas, mariscales de Francia fueron llamados a responder ante *La Cámara ardiente*.

Una de las tentativas criminales quedó, no obstante, velada en el misterio.

La reo era la favorita del rey, la Montespán… y la vida en peligro, la del propio monarca.

¿Habrá, todavía, quien eche de menos, desde el punto de vista moral, los buenos tiempos de antaño?

Contra la inmoralidad

Madrid, 13 de febrero de 1893[460]

Sr. Director de Las Provincias.

Ya sabrán VV. que se ha fundado una *Asociación contra la inmoralidad*, compuesta de padres de familia, y su primer acto público ha sido denunciar a la empresa del teatro donde la Judie representa, o representaba (porque ya tomó el olivo la buena señora) su repertorio *égrillard*, como dicen nuestros vecinos: chusco y picante, que diríamos nosotros.

Creo excusado añadir que los fines de la tal asociación me parecen excelentes.

Combatir la inmoralidad, dicho así en seco, no tiene pero, ni vuelta de hoja.

En cuanto mi poca afición al espectáculo que nos trajo madama Judie, se demuestra con saber que no he puesto los pies en el consabido teatro, a pesar de que no me costaría un real: me convidaban, y en buena compañía.

Pensar en llevar a mis hijas ni a mis hijos a ver tales chabacanadas, ni por un instante se me ocurrió.

Declarando esto, salvo mi imparcialidad.

Salvada, y adelante.

La inmoralidad del espectáculo del teatro de la Princesa es indiscutible.

Pero, indiscutible considero también la de otros muchos que por ahí vemos, en francés o en mal castellano, representados plásticamente sin palabras.

El que lo dude, salga a dar una vueltecita por esas calles de Madrid a la una de la madrugada, o abra los ojos cuando se retira a su casa después de una tertulia o un teatro.

¡Qué grupos, santo Dios! ¡Qué diálogos, qué frases, qué actitudes, qué acciones, qué repugnante fango, esparcido por las aceras y el arroyo, qué ambiente canallesco exhala cada fétida esquina!

¿Por qué no empezar saneando, purificando con clorhidrato de potasa y mucho escobazo de la policía, esas callejas donde el mal olor es un símbolo, y la gente que hormiguea tiene el bullir entrelazado de las gusaneras en fermentación?

¿Por qué? ¡Ah!

Yo creo que la *Asociación de padres de familia* lo deseará mucho…: sólo que no verá el medio de lograrlo.

Y de esta dificultad invencible que encuentra la Asociación para irse derecha al gran foco infeccioso, deduzco la consecuencia siguiente:

"Cuando un mal es general y profundo, los paliativos son estériles, y los grandes remedios, imposibles".

Sólo cabe el sistema que podríamos llamar *preventivo, curativo* y *silencioso*.

Cada cual en su casa, en sí mismo, en el círculo de sus amistades y en la esfera de sus protecciones, use lo mejor que pueda la desinfección y la higiene, y valor, que la influencia general de muchos hombres honrados y muchas familias sanas y dignas, es mayor de lo que se piensa.

Mayor, desde luego, que la de una denuncia al juez.

Monumento de Zorrilla

Madrid, 22 de febrero de 1893[461]

Sr. Director de Las Provincias.

Consecuencia natural de la muerte del gran poeta fue el proyecto de erigir un monumento que perpetúe su memoria (en el orden plástico, por supuesto, pues en el histórico perpetuada está por sus obras), y el Ateneo de Madrid inició los trabajos con gran aparato de juntas, discursos y proposiciones.

La suscripción será suntuosa y sin género de duda excederá de lo preciso para conmemorar la fama de Zorrilla, labrando y erigiendo su estatua, por lo cual, y porque Zorrilla no es una personalidad aislada, sino una fuerza armónica y coherente, con otras fuerzas que sumadas dieron por resultado una época literaria de perdurable memoria, opino yo y manifiesto públicamente mi opinión, aunque nadie me la ha pedido, en uso de mi derecho, y porque también contribuye en el límite de mis medios a que el monumento se eleve, opino, vuelvo a decir, que el monumento no debe consagrarse a Zorrilla sólo, sino a la época poética de Zorrilla, al glorioso Romanticismo.

Hay poetas que tienen significación propia, aunque se les aísle del tiempo en que produjeron sus obras mejores.

Ahí está Campoamor, por ejemplo, que es un poeta aparte; ahí está Bécquer, el gran lírico, que camina solo: tiene imitadores, pero acompañantes, no.

Zorrilla, en cambio, es tan de su tiempo y de su grey, que al fenecer el romanticismo, se le apaga a Zorrilla la inspiración, y por decirlo así, se le caen las alas.

Todo el mundo ha reconocido la diferencia entre el Zorrilla anterior al viaje a Méjico y el Zorrilla posterior a su regreso. Y no es

que fuese inferior en habilidad; al contrario, los años le habían hecho maestro de la rima y árbitro del idioma. ¿Qué le faltaba? Faltábale la sociedad del *tiempo viejo*, la pléyade de los demás insignes poetas del Romanticismo, que compartían sus laureles y a veces los emulaban sin desventaja alguna.

Es de justicia no olvidar a los que pasaron hace tiempo, consagrando todo el entusiasmo al que murió ayer.

Para España es más honroso presentar a la veneración de sus hijos una cohorte de genios que un genio solo, inexplicable, si se prescinde de los que le acompañaban dignamente. Espronceda (el genial y arrebatado y popularísimo Byron español), García Gutiérrez (el prodigioso autor del *Trovador*, más romántico y acaso tan nacional como *Don Juan*), Hartzenbusch (el creador de *Los amantes de Teruel),* Martínez de la Rosa (el que concibió y ejecutó el precioso *Aben Humeya),* y sobre todo el nunca bien ponderado Ángel Saavedra, después duque de Rivas, cuyo *Don Álvaro* disputa aún hoy al *Tenorio* la palma, tienen derecho a figurar al lado de Zorrilla en un monumento que, si se sabe realizar como es debido, será para nosotros lo que es para los alemanes la *Valhalla* o *Sala de la gloria*.

Los estrenos
y el patriotismo

Madrid, 12 de abril de 1893[462]

Sr. Director de Las Provincias.

Por segunda vez en la presente temporada teatral, ha fracasado la tentativa de llevar a la escena un episodio de nuestra guerra de la Independencia.

Por segunda vez el público, en lugar del estremecimiento de las grandes emociones nacionales, ha sentido el hielo de la indiferencia, la impaciencia del fastidio, y, por momentos —¿lo diré?—, hasta la irreverente tentación de la risa.

Sí: el público se ha reído al ver que los defensores de Gerona entregaban al francés nuestra bandera; y el público se ha vuelto a reír, al ver que los franceses, vencidos en Bailén, nos rendían su bandera a nosotros.

¡Y en qué manos estaba la honra nacional!

Galdós, con *Gerona;* Sellés con *El celoso de su imagen,* son los dos atletas que cayeron exánimes, sin fuerza para sostener la lucha y darnos una obra equivalente a *Patrie*.

De estos dos fiascos hay quien deduce que el patriotismo ya está muerto en los corazones.

Ignoro si el patriotismo, hoy por hoy, se halla enteramente a la misma altura que se hallaba de 1808 a 1812; pero no creo que el síntoma de su decadencia pueda ser la frialdad y hasta el desagrado con que se recibieron los dos dramas patrióticos de ingenios tan celebrados como Galdós y Sellés.

Nada se aproxima a lo ridículo como lo sublime.

Un drama patriótico que no logra causarnos impresión de sublimidad, está expuestísimo a la ridiculez.

Además, un drama patriótico, por el hecho de serlo, no está exento de ajustarse a las mismas condiciones generales que los otros dramas: necesita interés creciente, unidad, caracteres, vida… y acaso muchas de estas circunstancias faltaron en los dramas que, con tan mala fortuna, se estrenaron en el empecatado y desventurado teatro Español.

Más bien que afirmarse, podría resentirse el amor patrio cuando un drama de nuestras glorias, sobre no descollar como obra literaria, se pone en escena de tal suerte, que da al traste con toda ilusión, y semeja parodia, no imitación artística, de grandiosas realidades históricas que nos enaltecen.

La mise en scène es de importancia suma en estas clases de dramas. Si se declama mal, si apenas se oye, si las figuras y los tipos de los actores no se apropian a la época nada tiene de extraño que el público salga descontento.

La prensa ha estado unánime en censurar la *mise en scène,* y más aún el desempeño de *El celoso de su imagen.*

Así y todo, yo creo que la obra es defectuosa y falsa, y reconociendo que no la desempeñaron bien, dudo que hubiera podido sacarla a flote nadie.

Suma y sigue

Madrid, 1 de junio de 1893[463]

Sr. Director de Las Provincias.

A la Santa Rusia no se la puede comprender, pero hay que amarla, dicen los eslavos de su patria con conmovido acento.

Siempre me pareció aplicable a España la afirmación de aquellos pobres nihilistas, que, en medio de los horrores del destierro, sin hogar y sin pan, al hablar de Rusia, palidecían o lloraban como mujeres, ellos que habían desafiado el *knout*.

A España la amamos también sin comprenderla.

Nos subleva, al par que nos hechiza. Qué más. Sus anomalías son las nuestras y no las condenamos, porque nos condenaríamos a nosotros mismos.

Qué no se ha escrito en pro y en contra de los toros. Volúmenes enteros, una nutrida biblioteca.

Poco después de la revolución de 1868 el marqués de San Carlos presentó una proposición a las Cortes para que se prohibiese, o al menos se modificase, la lidia taurina.

De boca del respetable señor oí la franca confesión de que desde aquel intento, que fracasó, claro está, a las primeras de cambio, la afición a las corridas de toros creció como la espuma y se construyó la nueva y magnífica plaza, y nunca se vio más atestada su gradería.

Corren los años, los lustros, los cuartos de siglo; sufre nuestra política hondas vicisitudes; ensayamos formas de gobierno; aplácanse los ardores del motín, y llegamos a un período de calma, en que sólo preocupan y soliviantan los ánimos los problemas del orden

económico; y sin embargo, esa fiesta nacional, por los cuatro costados, acusada por mucha gente de causar y sostener nuestra barbarie, se encuentra en el apogeo de su esplendor.

Uno de esos viajeros franceses que vienen a España a inventar embustes, graciosos de puro disparatados, estampó que había en Toledo una gitana tan linda, retrechera y fascinadora, que el arzobispo de Toledo decía la misa de rodillas a sus pies.

Esta gitana, en el día de hoy, es Lagartijo.

Ningún arzobispo dice a sus pies la misa, pero —cosa más grave y que casi embarga de respetuoso temor la pluma del católico— el sagrado cuerpo de Cristo, el inefable Sacramento, cede la hora y el paso al matador que se despide de la lidia… La procesión del Corpus se adelanta para no coincidir con la corrida, y esta decisión de la autoridad eclesiástica, censurada por espíritus díscolos y agrios, es aplaudida por todos los que nos preciamos de castizos españoles…

Sí, ¿a qué ocultarlo?

Esa estética y pintoresca función, yo no aceptaría la responsabilidad de mantenerla; pero me cautiva como al que más; y puesto que las cosas bellas escasean tanto, por lo menos, como las buenas, pido que se me perdone el delito de tener en el cajón de la mesa mi localidad para asistir al *ultimo giorno* militante de Lagartijo.

Pido que se me perdone, porque ya sé que a los cinco o seis mil espectadores nadie les pedirá cuentas, mientras que a mí, ni la personalidad de artista ha de valerme.

¿Es feroz el espectáculo?

Pues somos feroces todos.

No me faltarían argumentos en defensa de la fiesta española; tampoco me faltarían otros para atacarla (o más bien al espíritu que sin duda revela); pero a casi todos los que no asistan hoy al coliseo, en Dios y en mi ánima os aseguro que les habrá faltado sitio o dinero para comprarlo.

Lo que alborota
a Bizancio

Madrid, 12 de junio de 1893[464]

Sr. Director de Las Provincias.

Una francesa descocada, con voz de grillo, algodonadas formas, trajes que, por asociación de ideas, se me figura que deben oler a almizcle y sin vérsela otras prendas que justifiquen el dictado de *artista* que la empresa de Parish la otorga generosamente, ha provocado estos días alborotos sin cuento, artículos sin número, discusiones interminables y hasta incidentes jurídicos, que llevan trazas de prolongarse y acrecentar la curiosidad y la expectación de Bizancio la minúscula, o sea Madrid.

Ya se comprenderá que me refiero a la *Bella chiquita* (atroz galicismo, traducción literal del *belle petite*, clásico en el bulevar de los italianos y las *Folies Bergère),* a sus admiradores y jaleadores, y también a sus perseguidores, los severos *Padres de familia*.

Para que se comprenda bien mi modo de pensar en este ya memorable asunto, empiezo por decir que el espectáculo de la tal *chiquita* y su baile es, realmente, feo, y escandaloso en sumo grado. Semejantes contorsiones y movimientos no es lícito exhibirlos en un circo, adonde se va para presenciar ejercicios de fuerza, destreza, o payasadas inofensivas, curiosidades científico-recreativas como la *danza serpentina*, que nadie desaprobó.

Un baile lupanario no encaja en los programas de los circos, y en el mismo Parish nunca se ve tal mezcolanza. Al circo va todo el mundo; niños, mujeres de alto copete, familias enteras.

Si el circo quería explotar espectáculo tan picante, anunciáralo enhorabuena y cada *quisque* sabría a qué atenerse. "La *Bella chiquita* bailará bailes obscenos". Corriente; no cabe equivocación, señoras, señores, señoritos y señoritas.

Ahora bien, puesto que, a pesar del silencio de la empresa, ya todos saben que el baile es así, sería honroso para la cultura, sería digno, sería elemental que el público, sin necesidad de prohibiciones, demandas, ni cosa parecida, se retrajese de Parish; pero se retrajese en masa y por todo el verano. ¿A que no se retrae? Apostaría cuádruple contra sencillo…

Me seduce a mí poco la moralidad *impuesta*. Reconozco que están en su derecho el gobernador y los *Padres de familia;* creo que en esta cuestión no deben cosechar injurias ni chansonetas ellos, *sino los otros,* los que han presentado un cuadro digno de las selvas de África, donde retozan a su saber los antropopitecos, vulgo monos, ¡pero cuán preferible a toda medida autoritaria sería una protesta de la opinión, protesta general, mesurada, firme, reveladora de cierto sentido, más aún que moral, estético!

Zola
y su última novela

Madrid, 23 de junio de 1893[465]

Sr. Director de Las Provincias.

Va a publicarse el *Doctor Pascual*, otra novela de Zola, la última de la serie de los Rougon Macquart, la torre que remata el colosal monumento alzado por el más discutido de los escritores, y también el más célebre y leído.

Hoy que vemos terminada la basílica, hoy que hasta los más apasionados en contra del arquitecto reconocen la magnitud de la obra y la belleza de alguna de sus partes, podemos decir sin vacilar que en ella el sentido o fondo filosófico caducará muy luego, pero que el autor será considerado siempre como uno de los mejores artistas que produjo la humanidad.

Caducará el fondo filosófico de Zola, porque nada nuevo ni esencialmente profundo nos inculca.

Al principio creía Zola que la palabra del enigma humano era *ciencia;* pero después sucediole lo que a todo privilegiado entendimiento: al estudiar mejor, se sintió más humilde, y reconoció que poquísimo o nada sueña la ciencia de los hombres, en cuanto a las sustancias y razones de ser de las cosas.

Y ahora en *El Doctor Pascual*, Zola sustituye la fe en la ciencia con la fe en la vida.

Tampoco esto de la vida me parece tranquilizador. La *vida* individualmente considerada, *es fenómeno,* no es *razón esencial*. Y colectivamente, es un oleaje que marea y confunde, y lo mismo que en el del mar, ni se explica a sí mismo, ni explica nada de lo que aspiramos a comprender.

Aparte de esto, *El Doctor Pascual* encierra maravillas. La mayor de todas consiste en poetizar y embellecer los amores de un sesentón con una niña encantadora, perdidamente apasionada de él, y que por él desaira a un novio, buen mozo, y en la flor de la edad.

Zola, a quien un crítico llamó *cerdo triste,* es un altísimo poeta: si alguien lo dudase, con el episodio amoroso del *Doctor Pascual* bastaría para demostrárselo.

De ese episodio, un caricaturista prosaico hace la escena más ridícula y bufa: un escritor libertino, la escena más pornográfica; un escritor sentimental y amerengado, la escena más llorosa y babosa; un escritor machacón y servilmente realista, la escena más lastimosa, fea y antipática. Zola ha hecho un poema bíblico que derrama paz, serenidad y ternura.

Los crítico ilustres del siglo XX llamarán a Zola, más que novelista, poeta inspiradísimo.

Él lo cree también, y entiende que esa tendencia de su imaginación a universalizar los particulares y a envolverlo todo en telas de oro recamadas de flores, es lo que le ha incapacitado para hacer en su *historia natural y social de una familia,* obra duradera, indestructible.

¿Será cierto?

Doña Pulmonía[466]

No he visto mujer más flaca y transparente. Como la hoja de un cuchillo es la pícara. Y así y todo, por ella deliran muchos en la época que ahora corre. ¿Que si deliran? A veces se necesita gente forzuda para sujetar a los enamorados de doña Pulmonía en el lecho de la muerte. Quieren arrojarse de él, saltar por la ventana, quieren ir tras la dama de sus frenesíes por las heladas calles y las plazuelas que barre el gris sutil de la sierra.

Como yo diere en renegar de la bruja embaidora que se desliza al través de las puertas entornadas y por la hendidura de las cortinas, ella se me presentó muy embozada.

—¿Por qué me acusáis a mí, y no a vosotros? Vosotros me habéis creado. Vosotros, quiero decir la civilización. Cuando hombres y mujeres andaban por ahí, en verano como en invierno, con un guiñapo atrás y otro delante, cuando desafiaban la intemperie, y no conocían acaso ni el uso del fuego… Mi poder se ha afianzado en bases indestructibles. ¡Oh, las pieles! ¡Cuánto les debo! Esos zorros blancos, esas cibelinas, esos visones lustrados, esas chinchillas donde parece que la nieve acaba de cuajar en copitos sobre una barba gris.

¡Qué bien me deslizo entre ellos, qué bien escondo entre ellos mi frío, delgado y aguzado puñal!

Y doña Pulmonía palmoteaba de gozo. Yo justamente la oía arrebujada en una estola de topo y ocultaba las manos en un manguito de la misma piel, no atreviéndome a sacar la punta de un dedo.

—No te haremos caso. No nos desabrigaremos. Eso quisieras tú, murmuré con la mejor fe del mundo.

Media hora después me vestía para el Teatro Real. El cuerpo escotado, la manga corta, eran de leve seda y tules vaporosos. Y al abrir la caja de los abanicos fue doña Pulmonía quien me presentó el que deseaba.

—En el Real estaré, dijo irónica. Me precio de *diletanti*. Y el aspecto de tantos hombros y brazos desnudos endiamantados me encanta. Mientras las señoras miran al palco regio no sospechan que la verdadera reina de esas fiestas soy yo.

Yo S.M. doña Pulmonía, hija de doña Grippe y nieta de doña Catarro.

El toro negro[467]

Entre los títulos nobiliarios españoles que figuran en los anales taurinos por haber empuñado el estoque o manejado la muleta, el marqués de Tendería fue quizás el único que salió novillero y se atrevió con toros ya formados. Perdidas la agilidad y esbeltez, viejo y algo sordo, le quedaba la autoridad, el derecho de decir como al descuido: "Cuando despaché a *Abejorro*… El día en que le solté la larga a *Choricero*…". Los tres o cuatro bichos sacrificados por el marqués y cuyas cabezas, primorosamente disecadas, adornaban su antecámara y su despacho, le daban guardia de honor, formándole una envidiada leyenda.

Quien quisiese oír de toros y toreros, que le preguntase a Tendería. Naturalmente, el marqués alababa lo de su tiempo, la generación que alcanzó, echando abajo la presente. Lo hacía con ingenio, con copia de argumentos, y como amenizaba sus juicios con anécdotas y detalles interesantes, se le escuchaba y celebraba. Una de sus conversaciones quedó fija en mi memoria —ya diré la causa— y la transcribo fielmente en cuanto a la esencia, aunque las palabras no sean las mismas punto por punto.

—Hoy en día los toreros… nada, unos niños guapines y finitos, que salen a que los achuchen y a correr y a arreglarlo todo dejando que los cojan. Tienen de niños hasta el diminutivo del apodo, regularmente puesto por su mamá. Los diminutivos de antaño sonaban broncos y castizos, como interjecciones: eran en *eto* y en *elo*. Ahora son en *illo* y en *ito*… baboserías. ¡Y las caras! ¡Qué cutis de señoritas, qué hoyuelos, qué lindeza! A mí deme usted aquellos toreros de antaño, negros y feos como aceitunas aliñadas… ¿Que cuál fue mi favorito? Reconozco todo lo que valían el *Tato, Lagartijo* y *Frascuelo*, en su género cada uno… pero vamos, mi preferido era el *Zagal*. A él debí las primeras lecciones. ¡Vaya un maestrazo aquel tío!

Si puede decirse así, el *Zagal* representaba la transición de la época de Romero y *Costillares* a la de califa de Córdoba. Era un

torero a la antigua, española, y uno de los últimos españoles majos que han podido verse aquí. El alias, con su sabor granadino, le caía divinamente, pues más tenía de moro que de bautizado. Su cara azul por donde la descañonaba el rapista, parecía de barro tosco, enérgica pero inexpresiva, cuajada en la impasibilidad del desdén ante el peligro, del cual no se daba cuenta —porque hombre que así tuviese pelos en el corazón como el *Zagal*, ni ha nacido ni creo que nazca—. El valor se le conocía, sobre todo, cuando le llevaban a la enfermería, en brazos —pues sufrió varias cogidas y serias—. En ese momento, al hacerle la cura, al quitarle las galas toreras, raro es el que no se desnuda también de la librea de la valentía, y el instinto natural de conservación recobra sus derechos: el terror desencaja las facciones, la interrogación ansiosa se fija en los labios o en los ojos. El *Zagal*, tan sereno, tan fresco allí como en la plaza. Si le dolía, pedía un cigarrillo para morderlo… y en paz.

De las virtudes del oficio, también poseía el *Zagal*, en altísimo grado, la liberalidad y el rumbo. Donde se encontraba su persona, otra no había de hacer el gasto. La primer onza (aún existía esta hoy fabulosa moneda) que saliese a relucir, el *Zagal* la sacaba de su repleta bolsa de seda roja con anillos de plata. Para soliviantar al *Zagal*, hablarle de la idea —que empezaba a cundir entonces— de que el torero, hecho su negocio como un industrial o un comerciante, debe cortarse la coleta y retirarse a su casa. Es lo único que le sacaba de su grave calma moruna y le hacía prorrumpir en denuestos y maldiciones. ¡Un torero poner en el Banco! A poco más, prestar con usura ¿eh? y andar escatimando y hecho un miserable. El que se gana unas *joras* con muchísima honra, que las gaste y las luzca lo mismo que las agenció. Valiente sucio sería el *Zagal metío* a logrero, ¡Puaaá! que *ajorren* los canónigos —añadía con desprecio de artista y con ironía de niño, fumándose uno de los mejores habanos que se vendían en Madrid, y arqueando su robusto tórax bajo almidonada pechera, que recortaba la chaquetilla de terciopelo guinda y decoraban dos brillantes como garbanzos.

—Y no se te ocurre nunca que si hasta hoy te salvaste, tanto va el cántaro a la fuente… —le pregunto yo con la mejor intención del mundo—. Eres demasiado templado, Zagal, y al fin y a la postre…

—Señor —me contestó el diestro— no vaya usía a dar en la torna de que soy un valentón que me trago el mundo. ¡Valiente, valiente! Eso es pamplina. Lo que pasa, señó, es que entoavía no ha salido

al ruedo para mí el toro negro. Cuando salga, ¡a ponerse a bien con Dios! Mientras no sale ¿qué gracia encuentra usía en que no me esconda en las faldas de mi mamá? Tos los demás toros no son cosa mía, ni yo cosa suya. La fija. Y convencíos, ¿a qué ir temblando, como si tuviésemos la cuartana? El toro negro de ca cual no embiste sino una vez, y de que embiste… a la hoya.

No discutí con el *Zagal;* sería inútil: todos los misioneros saben que el mahometano puede renegar, convertirse, nunca. Su fatalismo de raza me explicó su ciega intrepidez. Hasta ver delante al toro negro…

Por casualidad, en la corrida del domingo siguiente —una de las mejores que ha presenciado Sevilla—, uno de los dos bichos que correspondían al *Zagal,* uno, *Tiritero,* era negro como la noche. A la luz del sol que se reflejaba en la ardiente arena, el completo e intenso negror de la brava res adquiría el tono violeta sanguíneo de las moras maduras. Fuese porque habían impresionado mi imaginación las palabras del espada, fuese que realmente el toro se trajese malas intenciones, me pareció desde el primer momento que buscaba, no el rojo capote, sino el cuerpo del *Zagal*. Dos o tres veces en los recortes y juegos de la capa, las astas finas de la fiera se abrieron paso sacudiendo el engaño y procurando irse al bulto; y el *Zagal,* volviéndose hacia mí, me hizo un guiño que significaba: "De cuidado".

Yo sentía enfriárseme el sudor en las sienes. Mis uñas se clavaban en la barrera. En mi garganta se enronquecía la voz. Ya creía ver al *Zagal* por los aires, volteado, recogido, destrozado y sin vida. El toro le acosaba muy de cerca. Su ardoroso resuello, su baba, los sintió en el rostro el matador. Pero sin turbarse, rápido, animoso, aplomado, mejor que nunca el *Zagal* a la primera magnífica estocada, tendió a su enemigo que, doblando las patas, cayó redondo. ¡Cómo respiré, mientras la plaza deliraba, y el *Zagal* la circula en triunfo, saludando: Afuera supersticiones y aprensiones! ¡Vencido el toro negro!

Al pasar delante de mi barrera tropezó el *Zagal,* distraídamente, en un caballo muerto que no habían arrastrado aún, y le vi sostenerse en la palma de la mano, a fin de incorporarse más pronto. La sacó tinta en sangre de la pobre sardina y diez pañuelos entre ellos el mío —le fueron ofrecidos para que se limpiase—. Entonces notó que tenía un rasguño en la diestra —del estoque, sin duda— y, a

ruego mío, se vendó con mi pañuelo. Para recuerdo lo he conservado después.

Porque el *Zagal* no volvió a torear nunca. El carbunclo del caballo le había inficionado. A las pocas horas deliraba, y aunque le abrasaron la mano derecha con cauterios, a los tres días… ¡Qué muerte tan espantosa!

Así acabó su relato el marqués de Tendería. Y como el invierno, aquel año, vino muy crudo y muy pródigo de catarros y "gripe", se acabaron las historias taurinas: el pobre señor recibió la visita del toro negro, que siempre coge.

Carta a *Barcelona Cómica*

Sr. D. Carlos Ossorio y Gallardo.

Madrid 18 de Abril 1894

Mi distinguido y antiguo amigo: ¿sabe V. que he escrito mi artículo solo para decir que mi fé en la grafología cabe en un dedal?

Es verdad que me sucede lo propio con muchísimas logías de las más flamantes.

Sea como quiera, ahí van los signos de mi mano, y de ellos deduzcan lo que les venga en antojo los maestros de la ciencia.

Le advierto que, sin poderlo remediar, me estoy esmerando y saco una letrita redondeada que dá gozo.

Cuando escribo para el público, (señor de todo mi respeto, ¡ah!) entonces, con respeto y todo, hago cada garrapato… Véase la muestra, y que el grafólogo concierte mis dos caracteres.

Esas líneas que siguen son de mi novela Doña Milagros.

"Respecto á los celos de Ilda, mi ejemplar conducta, mi fidelidad á prueba habían impedido que llegase á adquirir carácter perturbador de nuestra tranquilidad…"

Etcétera.

De V. como siempre amiga afectísima

Emilia Pardo Bazán[468].

El Hombre por dentro

D.ª EMILIA PARDO BAZÁN

Como título ó rubrique—afrancesémonos un poco—no me parece del todo mal eso del *hombre por dentro*; en primer lugar, por lo campanudo que resulta y luego porque nuestro propósito ha sido dar á conocer las interioridades morales de algunas figuras de las más salientes, una vez conocidas las exterioridades de la letra.

Y claro está que todo lo que se refiera á interioridades, debemos suponerlo dentro de algo. ¿De qué?—me preguntarán.—¡Pache! no me las echo de psicólogo y por lo tanto no me permitiré meterme en dibujos, por el temor de meter además, cualquiera otra cosa que no viniese al caso, la pata, por ejemplo.

Al fin y al cabo, santo y bueno es que haya yo puesto á mis artículos el título que haya tenido á bien, estoy en mi derecho, pero me parece no estar lo tanto, si al anunciar que saldrán *hombres* á escena, hago salir mujeres, aun cuando sean de la talla de la eximia escritora gallega, cuyo nombre va al frente de estas líneas.

En definitiva, y vaya de interpelacion, (todo se me va en interpelaciones, desde que Cánovas hizo una el viernes pasado «á hora desacostumbrada para él», segun reza *El Liberal*). Lo dicho, interpelándome á mí mismo ¿es lícito que rotule el examen grafológico de una escritora, lo mismo que el de un escritor?... ¡A Vdes. les es igual?... Pues bien, convenido, dejemos las cosas tal como están y vamos pa adelante, que peor sería meneallo.

Sin duda alguna ignoran mis lectores (y lo seguirían ignorando, si yo no lo dijese, que lo diré), lo primero que me llamó la atención al recibir para su examen, el escrito que presento.

Sr. D. Emilio Pardo y Gar
Madrid 18 de Abril
1896

Mi distinguido y antiguo amigo: ¿Sabe V. que la cosa con artículo del para decirle mi fé en la grafología se le va un dedal?

El verdad que me acuerdo la broma con muchísima lejía de las más flamencas.

Sea como gustia, ahí van los tipos de mi mano, y de ellos deduzcan lo que le venga en antojo los más frotados en la ciencia.

Le advierto que, con

Estoy de acuerdo, con cierto reparo y con una ligerísima reducción, que diré.

Cuanto dicho para el público (mejor de todo mi respeto, ¡ah!) entiendo, con respeto y todo, hago cabe garabato... Vive la mano tan, y que el grafólogo encuentre mas de agradable dos líneas que a quien sobre con cuenta Emilia Pardo

"Respeto a lo alto de Dios, un gruñido animal, mi [illegible] fe debilidad a prueba, [illegible] injusticia [illegible] ") cuanto para [illegible] de nuestra [illegible]

Afectuosa.

De V. como siempre amiga a [illegible]
Emilia Pardo Bazán

Notas

[1] E. Pardo Bazán, "La Vida Contemporánea", *La Ilustración Artística* (1901), 4 de marzo.

[2] Eugenio D'Ors, "Emilia Pardo Bazán periodista", *ABC* (1926), 1 de julio. Reproducido en *Las Subsistencias* III (1926), núm. 50, 3 de julio.

[3] Mª del Carmen Estévez Castromil, "Emilia Pardo Bazán y la prensa", *La Gaceta de la Prensa Española* (1959), núm. 122, mayo-junio, pp. 367-385.

[4] Carmen Bravo-Villasante, *Vida y obra de Emilia Pardo Bazán*, Madrid, Editorial Magisterio Español, 1973.

[5] En esta investigación son ineludibles los trabajos: Nelly Clèmessy, *Emilia Pardo Bazán*, Madrid, 1981; Emilia Pérez Ferrero, *Los artículos periodísticos de Emilia Pardo Bazán* (Tesis doctoral dirigida por Marina Mayoral, UCM, 1999) y "Acercamiento a las colaboraciones periodísticas de Emilia Pardo Bazán", *Cahiers Galiciens*, 4 (2005), pp. 243-265; Juliana Sinovas Maté, "Nuevos artículos periodísticos de Emilia Pardo Bazán. Precisiones bibliográficas", *Voz y Letra*, XI (2000), pp. 115-119. De Ana María Freire López, dedicada a esta difícil tarea de localización y elenco: "Doña Emilia, periodista", *Época* (2001), 16 de noviembre, pp. 72-73; "La obra periodística de Emilia Pardo Bazán", *Estudios sobre la obra de Emilia Pardo Bazán*, A Coruña, Fundación Pedro Barrié de la Maza, 2003, pp. 115-132; "Emilia Pardo Bazán: Periodismo y Literatura en la prensa", *Emilia Pardo Bazán: Estado de la cuestión*, A Coruña, 2005, pp. 19-31.

[6] "La Vida Contemporánea", *La Ilustración Artística* (1908), 27 de marzo.

[7] *Ibíd.* (1912), 2 de septiembre.

[8] *Ibíd.* (1905), 13 de febrero.

[9] *Ibíd.* (1899), 17 de abril.

[10] *Ibíd.* (1899), 2 de mayo.

[11] Véase apéndice de "Textos".

[12] "Otros libros. Bibliothèque Espagnole, par Boris de Tannenberg…", *La Lectura,* III (1903), septiembre, p. 108.

[13] Preámbulo a *Los Pazos de Ulloa*, Barcelona, 1886. Véase "La primera redacción, autógrafa e inédita de los *Apuntes autobiográficos* de Emilia Pardo Bazán", *Cuadernos para la Investigación de la Literatura Hispánica* (2001), núm. 26, pp. 305-336.

[14] Véase, para lo referente a este último apartado —no es posible aquí hacerlo con respecto los otros—: *La obra periodística completa en* La Nación *de Buenos Aires (1879-1921)*, edición de J. Sinovas Maté, La Coruña, 1999; parcial: *Crónicas en* La Nación *de Buenos Aires,* edición de C. DeCoster, Madrid, Editorial Pliegos, 1994, y en *Diario de La Marina,* de La Habana (recopilación parcial: *Cartas de la Condesa en el Diario de la Marina*, *La Habana [1909-1915]*, edición de Cecilia Heydl-Cortínez, Madrid, Editorial Pliegos, 2003); Martha Zárate, *Emilia Pardo Bazán's articles in* La Nación*,* El Imparcial *and* La Época, Lanham, University Press of America, 2002. En el estudio de estas colaboraciones en el diario cubano trabaja Cristina Patiño Eirín, quien ha publicado ya: "Emilia Pardo Bazán en la prensa: Algunas notas y tres crónicas habaneras más", *Cahiers Galiciens*, 4 (2005), pp. 267-295.

[15] Ana Mª Freire López (ed.), *La* Revista de Galicia *de Emilia Pardo Bazán (1880),* Fundación Pedro Barrié de la Maza, A Coruña, 1999.

[16] Las crónicas de viajes fueron publicadas por ella, agrupadas y tras reelaboración más o menos profunda, en *De mi tierra* (La Coruña, Casa de Misericordia, 1888; artículos de *La Ilustración Gallega y Asturiana*, *El Imparcial*, *Revista Contemporánea*, *La Época*, *El Liberal*, *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza…), Mi romería* (Madrid, Imp. Fund. de M. Tello, 1888; artículos de *El Imparcial*, y *Las Provincias*, 1887-1888), *Al pie de la Torre Eiffel* (Madrid, Enrique Rubiños, 1889; artículos de *El Correo Español* de Buenos Aires y de *La Lectura), Por Francia y por Alemania* (Madrid, La España Editorial, *ca.* 1890*), Por la España Pintoresca* (Barcelona, Antonio López, *ca.* 1896; artículos de *El Imparcial*, *Nuevo Teatro Crítico* y *La Época), Cuarenta días en la Exposición* (Madrid, 1900; artículos de *El Imparcial), Por la Europa Católica* (Madrid, Est. Tip. de Idamor y Moreno, 1902; artículos de *El Imparcial*, 1901).

Véase Ana Mª Freire López, "Los libros de viajes de Emilia Pardo Bazán. El hallazgo del género en la crónica periodística", *Literatura de viajes. El viejo Mundo y el Nuevo*, Madrid, Castalia, 1999, pp. 203-242.

[17] "Visiteo. Emilia Pardo Bazán", *Heraldo de Madrid* (1893), 8 de junio.

[18] Véase José Manuel González Herrán, "Artículos/Cuentos en la literatura periodística de Clarín y Pardo Bazán", en Sociedad de Literatura Española del siglo XIX. Coloquio (2º, 1999, Barcelona), *La elaboración del canon en la literatura española del siglo XIX,* Barcelona, 2002.

[19] En "La Vida Contemporánea", *La Ilustración Artística* (1899), 1 de mayo, escribe: "[…] en diez o doce periódicos en los que colaboro […]".

[20] Además de algún otro, entre 1887 y 1888 publicó los artículos de *Mi romería,* que enviaba también a *El Imparcial* en las mismas fechas, puesto que en el diario de Madrid aparecen pocos días antes.

En carta a Llorente de 21 de enero de 1900, le dice: "El adjunto artículo —va en el paquetito de ejemplares— creo yo que estaría bien reproducido en *Las Provincias*. Lo ha publicado *La Ilustración Artística,* de Barcelona". Se refiere a "Al regreso", aparecido en *LIA*, el 15 de enero de 1900. Sirva esta nota de complemento al apartado "Ediciones" de nuestra edición de

"La Vida Contemporánea", citada más adelante. La carta a Llorente en: Xorita, "Cartas de una mujer que escribía como un hombre", *La Estafeta Literaria* (1945), núm. 21, 15 de febrero.

[21] "La Vida Contemporánea", *La Ilustración Artística* (1911), núm. 1547, 21 de agosto; *La Nación*, 11 de agosto de 1911.

[22] Véase apéndice de "Textos".

[23] "El hada electricidad", "Desde Mondariz", "Gimnasia… con la vista" y "Los adivinadores Kreps". El volumen fue editado en Barcelona en la Colección Diamante, y contiene también artículos aparecidos con anterioridad en *La Época*, *La España Moderna*, *Gaceta de Galicia*, *El Imparcial* y *Nuevo Teatro Crítico*.

[24] Véase Eduardo Ruiz-Ocaña Dueñas, *La obra periodística de Emilia Pardo Bazán en* La Ilustración Artística *de Barcelona (1895-1916)*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 2004.

[25] Trece artículos entre el 11 de junio y el 4 de diciembre de 1900.

[26] Reedición de la colección completa: Emilia Pardo Bazán, *La Vida Contemporánea* (edición al cuidado de Carlos Dorado), Madrid, Ayuntamiento, Área de Gobierno de las Artes, 2005. Del prólogo de esta edición trasladamos la semblanza de la autora allí contenida y extraída de los textos.

La propia doña Emilia había incluido, muy reelaborados, cuarenta y cinco artículos de "La Vida Contemporánea" entre los cuarenta y nueve con que editó *De Siglo a Siglo* (Madrid, 1902?).

[27] Las más numerosas e interesantes series de artículos de costumbres están, además de en *La Ilustración Artística*, en *La Nación,* de Buenos Aires, y en *Diario de La Marina,* de La Habana (recopilación parcial: *Cartas de la Condesa en el Diario de la Marina*, *La Habana [1909-1915])*, *op. cit.*, además de los intercalados en sus colaboraciones habituales en otros diarios. En éstos, son más frecuentes los de carácter costumbrista en *El Imparcial*, entre 1887 y 1920; en *La Época*, entre 1889 y 1896; en *La Gaceta de Galicia*, entre 1890 1903; en *El Liberal*, entre 1892 y 1907; en *Las Provincias,* de Valencia, a partir de 1892, y en *ABC*, a partir de 1908; de las revistas, además de en su *Nuevo Teatro Crítico* (1892-1893), en *Blanco y Negro*, a partir de 1908.

Las colaboraciones en *La Ilustración Artística* son las más conocidas y utilizadas como fuente documental. "De sus crónicas —comentará, por ejemplo, una nota necrológica—, las más notables son las que durante varios años publicó en *La Ilustración Artística* con el título de 'La Vida Contemporánea'" (*ABC* [1921], 13 de mayo, p. 9).

[28] "La Vida Contemporánea", *La Ilustración Artística* (1898), 14 de abril.

[29] *Ibíd.* (1904), 30 de mayo, y (1906), 23 de abril.

[30] *Ibíd.* (1900), 26 de febrero.

[31] *Ibíd.* (1909), 21 de octubre.

[32] *Ibíd.* (1908), 4 de noviembre.

[33] *Ibíd.* (1916), 9 de octubre.

[34] *Ibíd.* (1902), 31 de agosto.

[35] *Ibíd.* (1915), 17 de mayo.

[36] *Ibíd.* (1905), 11 de septiembre.

[37] *Ibíd.* (1900), 15 de enero.

[38] *Ibíd.* (1904), 27 de junio.

[39] *Ibíd.* (1905), 13 de febrero.
[40] *Ibíd.* (1902), 20 de octubre.
[41] *Ibíd.* (1905), 25 de septiembre.
[42] *Ibíd.* (1902), 3 de agosto.
[43] *Ibíd.* (1916), 28 de agosto.
[44] *Ibíd.* (1902), 11 de mayo.
[45] *Ibíd.* (1916), 31 de julio.
[46] *Ibíd.* (1905), 11 de septiembre.
[47] *Ibíd.* (1900), 3 de septiembre.
[48] *Ibíd.* (1900), 15 de octubre.
[49] *Ibíd.* (1915), 24 de mayo.
[50] *Ibíd.* (1915), 12 de julio.
[51] *Ibíd.* (1916), 27 de marzo.
[52] *Ibíd.* (1901), 19 de agosto.
[53] *Ibíd.* (1896), 2 de agosto.
[54] *Ibíd.* (1907), 23 de septiembre.
[55] *Ibíd.* (1902), 23 de junio.
[56] *Ibíd.* (1906), 8 de enero.
[57] *Ibíd.* (1908), 2 de marzo.
[58] *Ibíd.* (1912), 15 de enero; (1913), 10 de octubre; (1916), 13 de noviembre.
[59] *Ibíd.* (1915), 1 de marzo.
[60] *Ibíd.* (1909), 30 de agosto y 13 septiembre; (1910), 21 de marzo; (1913), 7 de julio, 18 de agosto y 1 de septiembre.
[61] *Ibíd.* (1913), 17 de marzo.
[62] *Ibíd.* (1898), 14 de abril; (1908), 17 de agosto; (1915), 18 de octubre.
[63] *Ibíd.* (1908), 6 de agosto.
[64] *Ibíd.* (1916), 6 de noviembre.
[65] *Ibíd.* (1913), 13 de octubre.
[66] *Ibíd.* (1915), 24 de mayo.
[67] *Ibíd.* (1901), 9 de diciembre.
[68] *Ibíd.* (1907), 29 de julio
[69] *Ibíd.* (1898), 24 de enero.
[70] *Ibíd.* (1898), 14 de abril.
[71] *Ibíd.* (1901), 4 de marzo.
[72] *Ibíd.* (1916), 13 de noviembre.
[73] *Ibíd.* (1901), 8 de julio.
[74] *Ibíd.* (1908), 28 de septiembre.
[75] *Ibíd.* (1899), 23 de enero.
[76] *Ibíd.* (1915), 26 de junio.
[77] *Ibíd.* (1914), 19 de enero.
[78] *Ibíd.* (1914), 9 de marzo.
[79] *Ibíd.* (1898), 16 de mayo.
[80] *Ibíd.* (1899), 1 de mayo.
[81] *Ibíd.* (1899), 29 de mayo.
[82] *Ibíd.* (1914), 26 de junio.
[83] *Ibíd.* (1915), 1 de marzo.
[84] *Ibíd.* (1901), 2 de septiembre
[85] *Ibíd.* (1908), 17 de febrero.
[86] *Ibíd.* (1908), 20 de julio.
[87] *Ibíd.* (1912), 6 de febrero.
[88] *Ibíd.* (1915), 19 de abril.
[89] *Ibíd.* (1905), 31 de julio.
[90] *Ibíd.* (1908), 11 de mayo.
[91] *Ibíd.* (1901), 25 de noviembre.
[92] *Ibíd.* (1916), 29 de mayo.
[93] *Ibíd.* (1916), 13 de noviembre.
[94] *Ibíd.* (1902), 22 de septiembre.
[95] *Ibíd.* (1911), 8 de mayo.
[96] *Ibíd.* (1905), 10 de abril.
[97] *Ibíd.* (1914), 24 de abril.
[98] *Ibíd.* (1915), 31 de mayo.
[99] *Ibíd.* (1899), 17 de abril.
[100] *Ibíd.* (1899), 16 de octubre.
[101] *Ibíd.* (1916), 8 de mayo.
[102] *Ibíd.* (1900), 26 de marzo.
[103] *Ibíd.* (1900), 6 de agosto.
[104] *Ibíd.* (1916), 24 de julio.
[105] *Ibíd.* (1902), 8 de junio.
[106] *Ibíd.* (1902), 6 de octubre.
[107] *Ibíd.* (1898), 7 de febrero. Son Cervantes y *El Quijote*, en efecto y con mucho, el autor y obra

más citados por ella en toda su producción. También Shakespeare, Dante…

[108] *Ibíd.* (1910), 11 de julio.

[109] *Ibíd.* (1900), 24 de septiembre.

[110] *Ibíd.* (1916), 13 de noviembre.

[111] *Ibíd.* (1913), 17 de febrero.

[112] *Ibíd.* (1901), 10 de junio.

[113] *Ibíd.* (1908), 28 de septiembre.

[114] *Ibíd.* (1916), 25 de septiembre.

[115] *Ibíd.* (1911), 12 de junio.

[116] *Ibíd.* (1905), 16 de enero.

[117] *Ibíd.* (1906), 8 de octubre.

[118] *Ibíd.* (1908), 30 de marzo.

[119] *Ibíd.* (1902), 9 de noviembre.

[120] *Ibíd.* (1913), 29 de septiembre.

[121] *Ibíd.* (1908), 6 de enero.

[122] *Ibíd.* (1913), 23 de junio.

[123] *Ibíd.* (1909), 19 de abril.

[124] *Ibíd.* (1901), 18 de marzo; 28 de noviembre; (1907) 6 de mayo.

[125] *Ibíd.* (1904), 16 de mayo.

[126] *Ibíd.* (1902), 21 de abril.

[127] *Ibíd.* (1904), 5 de septiembre.

[128] *Ibíd.* (1907), 21 de octubre.

[129] *Ibíd.* (1906), 13 de agosto.

[130] *Ibíd.* (1915), 22 de noviembre.

[131] *Ibíd.* (1908), 30 de marzo; (1910), 25 de julio.

[132] *Ibíd.* (1899), 9 de enero

[133] *Ibíd.* (1902), 11 de mayo

[134] *Ibíd.* (1907), 15 de julio; (1909), 26 de julio.

[135] *Ibíd.* (1907), 15 de julio.

[136] *Ibíd.* (1907), 26 de agosto.

[137] *Ibíd.* (1913), 4 de agosto.

[138] *Ibíd.* (1910), 18 de abril.

[139] *Ibíd.* (1902), 3 de febrero.

[140] *Ibíd.* (1904), 25 de julio.

[141] *Ibíd.* (1907), 14 de enero.

[142] *Ibíd.* (1915), 12 de julio.

[143] *Ibíd.* (1907), 25 de febrero.

[144] *Ibíd.* (1914), 6 de julio.

[145] *Ibíd.* (1902), 17 de enero.

[146] *Ibíd.* (1901), 25 de noviembre.

[147] *Ibíd.* (1897), 22 de febrero.

[148] *Ibíd.* (1897), 29 de noviembre.

[149] *Ibíd.* (1902), 28 de septiembre.

[150] *Ibíd.* (1908), 7 de diciembre.

[151] *Ibíd.* (1915), 12 de julio.

[152] *Ibíd.* (1915), 12 de julio.

[153] *Ibíd.* (1914), 6 de julio.

[154] *Ibíd.* (1911), 27 de febrero.

[155] *Ibíd.* (1912), 14 de octubre.

[156] *Ibíd.* (1909), 16 de agosto.

[157] *Ibíd.* (1916), 29 de mayo.

[158] *Ibíd.* (1899), 11 de diciembre.

[159] *Ibíd.* (1902), 22 de septiembre.

[160] *Ibíd.* (1902), 15 de mayo.

[161] *Ibíd.* (1908), 28 de septiembre.

[162] *Ibíd.* (1914), 6 de julio.

[163] *Ibíd.* (1915), 8 de marzo.

[164] *Ibíd.* (1915), 23 de agosto.

[165] *Ibíd.* (1916), 4 de diciembre.

[166] *Ibíd.* (1910), 8 de agosto.

[167] *Ibíd.* (1911), 12 de junio.

[168] *Ibíd.* (1907), 26 de agosto.

[169] *Ibíd.* (1915), 23 de agosto.

[170] *Ibíd.* (1908), 7 de diciembre.

[171] *Ibíd.* (1915), 25 de enero.

[172] *Ibíd.* (1904), 30 de mayo.

[173] *Ibíd.* (1916), 18 de diciembre.

[174] *Ibíd.* (1913), 1 de septiembre.

[175] *Ibíd.* (1896), 26 de octubre.

[176] *Ibíd.* (1897), 28 de junio.

[177] *Ibíd.* (1902), 28 de septiembre.
[178] *Ibíd.* (1916), 24 de julio.
[179] *Ibíd.* (1904), 30 de mayo.
[180] *Ibíd.* (1899), 15 de mayo
[181] *Ibíd.* (1904), 13 de febrero.
[182] *Ibíd.* (1912), 8 de julio.
[183] *Ibíd.* (1906), 13 de agosto; (1909), 16 de agosto.
[184] *Ibíd.* (1907), 14 de enero.
[185] *Ibíd.* (1912), 2 de septiembre.
[186] *Ibíd.* (1901), 19 de agosto.
[187] *Ibíd.* (1904), 11 de julio.
[188] *Ibíd.* (1916), 17 de julio.
[189] *Ibíd.* (1902), 21 de abril.
[190] *Ibíd.* (1902), 21 de abril.
[191] *Ibíd.* (1902), 17 de enero.
[192] *Ibíd.* (1907), 6 de mayo.
[193] *Ibíd.* (1904), 22 de febrero.
[194] *Ibíd.* (1913), 17 de marzo.
[195] *Ibíd.* (1906), 27 de agosto.
[196] *Ibíd.* (1900), 17 de diciembre.
[197] *Ibíd.* (1907), 6 de mayo.
[198] *Ibíd.* (1904), 4 de marzo.
[199] *Ibíd.* (1898), 22 de marzo.
[200] *Ibíd.* (1913), 18 de abril.
[201] *Ibíd.* (1911), 13 de febrero.
[202] *Ibíd.* (1897), 16 de junio.
[203] *Ibíd.* (1906), 16 de julio.
[204] *Ibíd.* (1902), 5 de mayo.
[205] *Ibíd.* (1901), 7 de enero.
[206] *Ibíd.* (1902), 5 de mayo.
[207] *Ibíd.* (1915), 25 de mayo.
[208] *Ibíd.* (1901), 7 de enero.
[209] *Ibíd.* (1907), 15 de julio.
[210] *Ibíd.* (1906), 16 de julio.
[211] *Ibíd.* (1902), 3 de febrero.
[212] *Ibíd.* (1905), 17 de julio.
[213] *Ibíd.* (1907), 22 de abril.
[214] *Ibíd.* (1906), 23 de abril.
[215] *Ibíd.* (1904), 25 de julio.
[216] *Ibíd.* (1902), 1 de diciembre.
[217] *Ibíd.* (1903), 12 de enero.
[218] *Ibíd.* (1911), 13 de febrero.
[219] *Ibíd.* (1906), 7 de mayo.
[220] *Ibíd.* (1905), 17 de julio.
[221] *Ibíd.* (1907), 2 de diciembre.
[222] *Ibíd.* (1899), 6 de febrero.
[223] *Ibíd.* (1901), 19 de agosto.
[224] *Ibíd.* (1912), 24 de junio.
[225] *Ibíd.* (1915), 13 de septiembre.
[226] *Ibíd.* (1899), 17 de abril.
[227] *Ibíd.* (1902), 20 de julio.
[228] *Ibíd.* (1902), 17 de marzo.
[229] *Ibíd.* (1902), 17 de marzo.
[230] *Ibíd.* (1905), 13 de marzo.
[231] *Ibíd.* (1908), 6 de agosto.
[232] *Ibíd.* (1914), 14 de diciembre.
[233] *Ibíd.* (1905), 17 de julio.
[234] *Ibíd.* (1900), 7 de mayo.
[235] *Ibíd.* (1900), 29 de octubre.
[236] *Ibíd.* (1904), 25 de julio.
[237] *Ibíd.* (1897), 15 de noviembre.
[238] *Ibíd.* (1902), 21 de abril.
[239] *Ibíd.* (1904), 4 de abril.
[240] *Ibíd.* (1901), 29 de abril.
[241] *Ibíd.* (1904), 27 de junio.
[242] *Ibíd.* (1906), 27 de agosto.
[243] *Ibíd.* (1914), 23 de febrero.
[244] *Ibíd.* (1915), 18 de enero.
[245] *Ibíd.* (1904), 12 de diciembre.
[246] *Ibíd.* (1901), 15 de abril.
[247] *Ibíd.* (1902), 20 de enero.
[248] *Ibíd.* (1902), 31 de agosto.
[249] *Ibíd.* (1904), 8 de agosto.
[250] *Ibíd.* (1904), 17 de septiembre.

[251] *Ibíd.* (1904), 27 de junio.
[252] *Ibíd.* (1905), 31 de julio.
[253] *Ibíd.* (1910), 26 de diciembre.
[254] *Ibíd.* (1910), 25 de julio.
[255] *Ibíd.* (1904), 19 de septiembre.
[256] *Ibíd.* (1910), 7 de marzo.
[257] *Ibíd.* (1904), 19 de septiembre.
[258] *Ibíd.* (1904), 11 de julio.
[259] *Ibíd.* (1901), 10 de junio.
[260] *Ibíd.* (1902), 23 de noviembre.
[261] *Ibíd.* (1904), 26 de diciembre.
[262] *Ibíd.* (1904), 5 de septiembre.
[263] *Ibíd.* (1914), 17 de agosto.
[264] *Ibíd.* (1897), 22 de febrero.
[265] *Ibíd.* (1913), 6 de junio; (1913), 1 de septiembre.
[266] *Ibíd.* (1904), 8 de agosto.
[267] *Ibíd.* (1916), 26 de junio.
[268] *Ibíd.* (1913), 12 de mayo.
[269] *Ibíd.* (1914), 24 de abril.
[270] *Ibíd.* (1915), 2 de septiembre.
[271] *Ibíd.* (1911), 4 de septiembre.
[272] *Ibíd.* (1907), 25 de febrero.
[273] *Ibíd.* (1907), 29 de julio.
[274] *Ibíd.* (1908), 9 de noviembre.
[275] *Ibíd.* (1907), 23 de septiembre.
[276] *Ibíd.* (1908), 8 de junio.
[277] *Ibíd.* (1912), 15 de enero.
[278] *Ibíd.* (1911), 17 de abril.
[279] *Ibíd.* (1898), 30 de mayo.
[280] *Ibíd.* (1914), 7 de diciembre.
[281] *Ibíd.* (1898), 14 de abril.
[282] *Ibíd.* (1902), 9 de marzo.
[283] *Ibíd.* (1902), 23 de noviembre.
[284] *Ibíd.* (1909), 19 de abril.
[285] *Ibíd.* (1898), 28 de noviembre.
[286] *Ibíd.* (1899), 7 de agosto.
[287] *Ibíd.* (1899), 17 de abril.
[288] *La Nación* (Buenos Aires) (1913), 9 de octubre.
[289] *Ibíd.* (1898), 30 de mayo.
[290] *Ibíd.* (1900), 24 de septiembre.
[291] *Ibíd.* (1901), 24 de junio.
[292] *Ibíd.* (1905), 25 de septiembre.
[293] *Ibíd.* (1907), 6 de mayo.
[294] *Ibíd.* (1902), 28 de septiembre.
[295] *Ibíd.* (1910), 16 de mayo.
[296] *Ibíd.* (1907), 26 de agosto.
[297] *Ibíd.* (1912), 24 de junio.
[298] *Ibíd.* (1898), 16 de mayo.
[299] *Ibíd.* (1898), 8 de agosto.
[300] *Ibíd.* (1898), 27 de junio.
[301] *Ibíd.* (1914), 23 de noviembre.
[302] *Ibíd.* (1915), 4 de enero.
[303] *Ibíd.* (1914), 28 de septiembre.
[304] *Ibíd.* (1915), 26 de julio.
[305] *Ibíd.* (1916), 31 de julio.
[306] *Ibíd.* (1914), 23 de noviembre.
[307] *Ibíd.* (1896), 23 de noviembre.
[308] *Ibíd.* (1916), 20 de noviembre.
[309] *Ibíd.* (1898), 16 de mayo.
[310] *Ibíd.* (1899), 23 de enero.
[311] *Ibíd.* (1899), 6 de marzo.
[312] *Ibíd.* (1908), 17 de febrero.
[313] *Ibíd.* (1905), 31 de julio.
[314] *Ibíd.* (1910), 16 de mayo.
[315] *Ibíd.* (1913), 7 de julio.
[316] *Ibíd.* (1903), 31 de enero.
[317] *Ibíd.* (1916), 24 de abril.
[318] *Ibíd.* (1899), 30 de febrero.
[319] *Ibíd.* (1900), 15 de octubre.
[320] *Ibíd.* (1900), 15 de enero.
[321] *Ibíd.* (1900), 12 de marzo.
[322] *Ibíd.* (1901), 8 de julio.
[323] *Ibíd.* (1915), 1 de marzo.
[324] *Ibíd.* (1898), 2 de mayo.

[325] *Ibíd.* (1896), 3 de febrero.
[326] *Ibíd.* (1916), 14 de agosto.
[327] *Ibíd.* (1898), 16 de abril.
[328] *Ibíd.* (1898), 30 de mayo.
[329] *Ibíd.* (1899), 29 de mayo.
[330] *Ibíd.* (1901), 13 de mayo.
[331] *Ibíd.* (1901), 10 de junio.
[332] *Ibíd.* (1901), 10 de septiembre.
[333] *Ibíd.* (1902), 9 de marzo.
[334] *Ibíd.* (1902), 20 de abril.
[335] *Ibíd.* (1902), 8 de junio.
[336] *Ibíd.* (1902), 31 de agosto.
[337] *Ibíd.* (1904), 28 de enero.
[338] *Ibíd.* (1904), 26 de diciembre.
[339] *Ibíd.* (1907), 23 de septiembre.
[340] *Ibíd.* (1909), 22 de noviembre.
[341] *Ibíd.* (1914), 23 de marzo.
[342] *Ibíd.* (1916), 14 de agosto.
[343] *Ibíd.* (1907), 11 de marzo.
[344] *Ibíd.* (1901), 18 de marzo.
[345] *Ibíd.* (1902), 22 de diciembre.
[346] *Ibíd.* (1901), 22 de julio.
[347] *Ibíd.* (1902), 20 de octubre.
[348] *Ibíd.* (1904), 2 de mayo.
[349] *Ibíd.* (1907), 29 de julio.
[350] *Ibíd.* (1902), 14 de julio.
[351] *Ibíd.* (1902), 28 de julio.
[352] *Ibíd.* (1901), 27 de julio.
[353] *Ibíd.* (1916), 18 de septiembre.
[354] *Ibíd.* (1901), 10 de septiembre.
[355] *Ibíd.* (1897), 29 de noviembre.
[356] *Ibíd.* (1901), 15 de abril.
[357] *Ibíd.* (1900), 20 de agosto.
[358] *Ibíd.* (1901), 21 de enero.
[359] *Ibíd.* (1908), 26 de octubre.
[360] *Ibíd.* (1898), 18 de abril.
[361] *Ibíd.* (1901), 9 de diciembre.
[362] *Ibíd.* (1910), 21 de marzo.
[363] *Ibíd.* (1911), 29 de mayo.
[364] *Ibíd.* (1912), 26 de febrero.
[365] *Ibíd.* (1916), 29 de mayo.
[366] *Ibíd.* (1902), 23 de noviembre.
[367] *Ibíd.* (1902), 20 de octubre.
[368] *Ibíd.* (1902), 22 de septiembre.
[369] *Ibíd.* (1908), 8 de junio.
[370] *Ibíd.* (1913), 15 de septiembre.
[371] *Ibíd.* (1905), 14 de agosto.
[372] *Ibíd.* (1905), 28 de agosto.
[373] *Ibíd.* (1910), 28 de noviembre.
[374] *Ibíd.* (1911), 25 de diciembre.
[375] *Ibíd.* (1913), 21 de abril.
[376] *Ibíd.* (1899), 6 de marzo.
[377] *Ibíd.* (1916), 7 de febrero.
[378] *Ibíd.* (1896), 9 de noviembre.
[379] *Ibíd.* (1916), 31 de julio.
[380] *Ibíd.* (1902), 21 de abril.
[381] *Ibíd.* (1906), 21 de mayo.
[382] *Ibíd.* (1901), 13 de mayo.
[383] *Ibíd.* (1912), 28 de abril.
[384] *Ibíd.* (1901), 15 de abril.
[385] *Ibíd.* (1912), 13 de mayo)
[386] *Ibíd.* (1912), 2 de septiembre.
[387] *Ibíd.* (1906), 8 de octubre.
[388] *Ibíd.* (1899), 6 de febrero.
[389] *Ibíd.* (1914), 9 de febrero.
[390] *Ibíd.* (1896), 14 de septiembre.
[391] *Ibíd.* (1908), 25 de mayo.
[392] *Ibíd.* (1915), 11 de octubre.
[393] *Ibíd.* (1904), 17 de octubre.
[394] *Ibíd.* (1913), 20 de enero.
[395] *Ibíd.* (1913), 24 de noviembre.
[396] *Ibíd.* (1902), 17 de marzo.
[397] *Ibíd.* (1905), 27 de marzo.
[398] *Ibíd.* (1913), 21 de abril.

[399] *Ibíd.* (1899), 9 de enero; (1905), 13 de marzo.

[400] *Ibíd.* (1905), 23 de octubre.

[401] *Ibíd.* (1900), 29 de enero.

[402] *Ibíd.* (1911), 17 de abril.

[403] *Ibíd.* (1914), 9 de noviembre.

[404] *Ibíd.* (1898), 16 de mayo.

[405] *Ibíd.* (1916), 31 de enero.

[406] *Ibíd.* (1916), 10 de abril.

[407] *Ibíd.* (1905), 30 de enero.

[408] *Ibíd.* (1905), 24 de abril.

[409] *Ibíd.* (1916), 17 de enero.

[410] *Ibíd.* (1916), 29 de mayo.

[411] *Ibíd.* (1916), 10 de enero.

[412] *Ibíd.* (1898), 12 de diciembre.

[413] *Ibíd.* (1901), 18 de febrero.

[414] *Ibíd.* (1904), 25 de enero.

[415] *Ibíd.* (1904), 25 de julio.

[416] *Ibíd.* (1912), 29 de enero.

[417] *Ibíd.* (1914), 3 de agosto.

[418] *Ibíd.* (1902), 6 de octubre.

[419] *Ibíd.* (1915), 16 de agosto.

[420] *Ibíd.* (1912), 11 de diciembre.

[421] *Ibíd.* (1902), 23 de junio.

[422] *Ibíd.* (1904), 5 de septiembre.

[423] *Ibíd.* (1900), 24 de septiembre.

[424] *Ibíd.* (1902), 17 de marzo.

[425] *Ibíd.* (1902), 1 de enero.

[426] *Ibíd.* (1906), 17 de diciembre.

[427] *Ibíd.* (1896), 3 de febrero.

[428] *Ibíd.* (1900), 3 de septiembre.

[429] *Ibíd.* (1915), 19 de abril.

[430] Véase Mª Ángeles Quesada Novás, "Una colaboración periodística olvidada", en *La Tribuna* (2005), núm. 2, pp. 223-265, donde vienen editados trece de estos artículos. Que doña Emilia siguió cultivando el apunte costumbrista en los más diversos periódicos lo demuestran textos como el de "Doña Pulmonía", localizado en un periódico de Cádiz e incluido ahora en el apéndice de "Textos".

[431] "Azucarillos", *El Día* (1916), 24 de diciembre.

[432] *Ibíd.* (1913), 29 de septiembre.

[433] *Ibíd.* (1915), 26 de abril.

[434] *Ibíd.* (1897), 4 de octubre.

[435] *Ibíd.* (1916), 9 de octubre.

[436] *Ibíd.* (1911), 27 de noviembre.

[437] "De Navidad", *La Época* (1896), suplemento de Navidad.

[438] *Ibíd.* (1901), 24 de junio.

[439] Véase el relato incluido en el apéndice "Textos".

[440] "El té de las convalecientes", *La Esfera* (1919), núm. extraordinario.

[441] Leopoldo Alas, *Clarín,* "Los Pazos de Ulloa", en *Nueva Campaña*, Madrid, 1887.

[442] *El Mundo de los Periódicos: Anuario de la Prensa Española y Estados Hispanoamericanos* […]: 1898-1899, Madrid [¿1897?], pp. 1520-1522.

[443] *Las Provincias* (Valencia) (1892), núm. 9399, 9 de junio.

[444] *Las Provincias* (Valencia) (1892), núm. 9406, 16 de junio.

[445] *Las Provincias* (Valencia) (1892), núm. 9414, 24 de junio.

[446] *Las Provincias* (Valencia) (1892), núm. 9420, 30 de junio.

[447] *Las Provincias* (Valencia) (1892), núm. 9429, 9 de julio.

[448] *Las Provincias* (Valencia) (1892), núm. 9436, 16 de julio.

[449] *Las Provincias* (Valencia) (1892), núm. 9443, 23 de julio.

[450] *Las Provincias* (Valencia) (1892), núm. 9455, 4 de agosto.

[451] *Las Provincias* (Valencia) (1892), núm. 9468, 17 de agosto.

[452] *Las Provincias* (Valencia) (1892), núm. 9466, 4 de septiembre.

[453] *Las Provincias* (Valencia) (1892), núm. 9526, 14 de octubre.

[454] *Las Provincias* (Valencia) (1892), núm. 9538, 26 de octubre.

[455] *Las Provincias* (Valencia) (1892), núm. 9539, 27 de octubre.

[456] *Las Provincias* (Valencia) (1892), núm. 9548, 5 de noviembre.

[457] *Las Provincias* (Valencia) (1892), núm. 9559, 16 de noviembre.

[458] *Las Provincias* (Valencia) (1892), núm. 9579, 6 de diciembre.

[459] *Las Provincias* (Valencia) (1893), núm. 9636, 3 de febrero.

[460] *Las Provincias* (Valencia) (1893), núm. 9648, 15 de febrero.

[461] *Las Provincias* (Valencia) (1893), núm. 9654, 21 de febrero.

[462] *Las Provincias* (Valencia) (1893), núm. 9706, 14 de abril.

[463] *Las Provincias* (Valencia) (1893), núm. 9757, 4 de junio.

[464] *Las Provincias* (Valencia) (1893), núm. 9766, 14 de junio.

[465] *Las Provincias* (Valencia) (1893), núm. 9778, 25 de junio.

[466] *Cádiz-San Fernando* (Cádiz) (1915), núm. 40, 10 de octubre.

[467] *El Último* (Sevilla) (1912), núm. 540, 18 de diciembre.

[468] *Barcelona Cómica* (1894), núm. 20, p. 12.

El fragmento de texto de *Doña Milagros* (cap. 1) apareció publicado en ese mismo año de 1894 así:

"Respecto a los celos de Ilda, mi ejemplar conducta, mi fidelidad a prueba, el empeño que ponía en desvanecer y calmar sus aprensiones, habían impedido que llegase a adquirir carácter perturbador de nuestra tranquilidad".

Sobre la grafología ya había escrito en: "Grafología", *El Imparcial* (1892), 7 de marzo, y "Una nueva ciencia", *La Ilustración Artística* (1892), núm. 531.

"La figura literaria de doña Emilia Pardo Bazán me parece destinada a ir aventajándose en el recuerdo y en el estudio. Empezará a comprenderse su valor el día en que se precise su carácter. Para ello, lo reconozco, la crítica lúcida tropezará con un obstáculo inicial. Tropezará con la calificación de *novelista* [...]. Pero, en lo íntimo y esencial de su mente y de su producción, no fue la Pardo Bazán *novelista*. Fue *periodista*. Periodista, el más distinguido, en el más excelente sentido del término. Agitadora de ideas, más que imaginadora de fábulas; comentadora de actualidades del espíritu, más que narradora de peripecias de la acción... ¡Si hasta cuando se encara con figuras del pasado, como la de San Francisco, su labor parece ser, en suma, la de un reportazgo de altura! Si hasta la copiosa serie de sus narraciones parece producida, antes que nada, como vulgarizadores demostración y ejemplo de una de las novedades intelectuales de la hora. [...] !Y también la estatua de doña Emilia [escribe a propósito de la instalación del monumento en Madrid] **se parece a la estatua de Diderot...! Y también ella, después de todo, se parece a Diderot —otro periodista."**

Eugenio D'Ors
"Emilia Pardo Bazán periodista", *ABC* (1926), 1 de julio
Reproducido en *Las Subsistencias* III (1926), núm. 50, 3 de julio

EDICIÓN NO VENAL